

Concurso de relatos asimovianos Sedice.com

Participantes:

Aag98	Erian
Apocalipsis	Eter
Arn de Gothia	Gengis
Athor	Ginebra
Ch3p3	Heppokomaru
Darth Yoda	JuanCarlos
Deavid	Melkor
dStrangis	Meteco
Dua	Myllanya
Egelion	Protorm
Eldaril	Robert Shaftoe
El participante	TwRcH
Endegal	Zieg
Enderito	

Aspiraciones

Cuando la señora Meredith volvió ese día del trabajo su primera reacción fue fruncir graciosamente su nariz. El ambiente le disgustaba, había demasiado polvo. La señora Meredith aborrece el polvo, siente que le entra por la nariz, por los ojos, por la boca. Una sensación de sequedad absoluta que no la deja respirar, ver, sentir. Odiaba ver al polvo flotar en espirales iluminado por el sol, victorioso. Ese día había mucho polvo en el aire.

Como siempre se quitó el abrigo, lo colgó junto con su cartera como siempre y como siempre llamó a su hijo.

El amo Jeremy estaba encerrado en su cuarto con Rodney desde la mañana, como siempre. Bajó rápidamente las escaleras.

– Jeremy!

– Si mamá.

– ¿Cómo estuvo tu día?

– Bien

– ¿Qué lecciones tuvieron hoy?

– Oh, muchas cosas, mamá, no podría contártelas todas...

– Hijo, no has limpiado hoy, ¿cierto?

– Es que... mamá... estudiamos muchísimo, no tuvimos tiempo...

– Me doy cuenta, no se puede respirar aquí.

– No es tan terrible, simplemente un poco de polvo.

– No seas irrespetuoso. Vamos, ponte un abrigo. Iremos a comprar una aspiradora.

Y salieron.

¡Una aspiradora! Eso era una novedad. En todos estos años la señora Meredith no había comprado nada, excepto a mí. Pero yo era una excepción, por Jeremy. Sin duda me necesitaba. Pero una aspiradora... Claro que yo sabía que no iba a ser una aspiradora, porque las dejaron de fabricar hace tiempo. ¡Será como tener un hermano pequeño! Supongo...

Volvieron a eso de las tres con un robot pequeño. La verdad es que quedé un poco decepcionado, no se parecía en nada a un robot. Era pequeñito, con forma de huevo gigante, color rojo y brillaba. Pero lo más extraño era su panel de control. Estaba al aire, pintado de negro, como si quisiera que todos lo vieran. Como si no supiera que ya no se podía confiar en nadie. Cosas horribles habían ocurrido a los robots en otros tiempos, y todo por dejar que los humanos jugasen con su panel de control. Pero el pequeño robot parecía ignorar todo aquello y ostentaba su brillo rojo por el salón.

"Limpia el polvo" fue la orden dada al robot. Simple y concisa. La clase de orden que un robot como él podía entender fácilmente.

El pequeño robo-huevo, así decidí llamarle, empezó aspirando la cocina. No le llevó mucho tiempo y no quedaba ni rastro de polvo sobre los muebles ni en los tarros. Meredith estaba feliz. Pude ver que el pequeño se esmeraba en su trabajo, especialmente cuando fui a buscar la comida de Rodney. El robo-huevo siguió atentamente mis pasos aspirando el polvo que dejaba al andar. Que gracioso.

Meredith estaba leyendo en su sillón con una sonrisa de satisfacción, sabiendo que todo el polvo de su casa sería aspirado en las próximas horas.

Y a las cinco todo comenzó. Meredith decidió que era la hora del té. Fue a la cocina pero no pudo entrar. El robo-huevo le impedía la entrada. Claro que lo único que Meredith tuvo que

hacer fue correrlo de una patadita, entrar, prepararse el té y salir al jardín. No la vi muy preocupada por esta conducta, estaba feliz, ni siquiera me reprochó que Jeremy siguiera encerrado con Rodney. Pero yo, desde mi rincón en el salón, pude ver como el robo-huevo arrastraba una mesa y dos sillas hasta la entrada de la cocina y construía una barrera.

A las cinco y media fui con Jeremy a su cita con el Psicólogo. Volvimos a eso de las siete de muy mal humor. Había sido una mala sesión. Como siempre Jeremy corrió a su cuarto a buscar a Rodney. Que apego le tenía a ese ratoncito. Yo me quede en el salón, al parecer el único lugar de la casa que seguía sin aspirar y Meredith se había ido, probablemente a lo de la vecina.

– Herbie, ¿Has visto a Rodney?

Negué con la cabeza.

– No está en su caja, ni en mi cuarto. Herbie, ¡Rodney ha desaparecido!

– No puede ser, pequeño, hagamos una búsqueda organizada. Ve y busca en tu cuarto y en el de tu madre. Yo buscare aquí y en la cocina. No puede haber ido muy lejos. ¡Vamos!

Que búsqueda inútil. Rodney no podía estar en el salón y mucho menos en la cocina. Difícilmente habría salido del cuarto. Pero no iba a dejar solo a Jeremy. El encontrará a Rodney y se sentirá un héroe. Aún no entiendo cómo no me acordé de que en la época en que fabricaron al robo-huevo la primera ley no incluía a los animales.

No había rastros de Rodney en el salón. Cuando llegué a la cocina la barrera ya tenía, además de la mesa y las sillas, unos libros viejos y cuatro cajas. Salté derribando las cajas y seguí buscando. Nada.

Volví al salón. Jeremy lloraba.

– Esa cosa no me deja entrar al cuarto de mamá, Herbie, ha tapado la puerta con un armario.

Entendí que se refería al robo-huevo. Estaba fuera de control. Sabiendo que era inútil (yo no podía correr solo un armario) fuimos al cuarto de Meredith. No llegamos. En el pasillo había una barricada improvisada con todo tipo de cosas, desde jarrones hasta la consola de juegos de Jeremy, pero ni una mota de polvo. Sabiendo que si saltábamos romperíamos algo de valor, dimos media vuelta y salimos al jardín. Ahí fue cuando la vimos. Meredith estaba asomada a la ventana de su cuarto y pedía auxilio. Por supuesto que todas las casas tenían las ventanas cerradas.

– ¡Mamá, Rodney ha desaparecido!

– ¡Jeremy! ¡Deja ahora al maldito ratón y ayúdame a salir de aquí!

Vi la desesperación en los llorosos ojos de Jeremy, vi la rabia.

Ayudamos a Meredith a bajar y entramos en la casa por la única puerta que aún no estaba trabada. Salimos del lavadero en silencio, oyendo al robo-huevo aspirar el salón. Saltamos la barrera con ayuda de un banquito y nos encerramos en el baño. De fondo se oía el zumbido eléctrico del robo-huevo aspirando. Jeremy lloraba, Meredith temblaba y yo pensaba a toda velocidad. "Limpia el polvo" que orden tan estúpida. Sin límite de tiempo ni lugar. Meredith no entiende nada de robots. ¿Y ahora que? Hay que esperar a que se le termine la batería. ¿Cuánto tiempo llevará? ¿Y si es un robot que funciona con energía solar? Se habían construido de esos... Jeremy dejó de llorar y me abrazó. Fue una sensación reconfortante.

De pronto fui consciente del silencio. Seguramente el robo-huevo había terminado su tarea. Lentamente abrí la puerta y fui con Jeremy hasta su cuarto. Corrimos, el robo-huevo nos descubrió y venía hacia nosotros. Jeremy cerró la puerta de un golpe.

Oímos a Meredith gritar, correr y otra puerta se cerró. Un zumbido eléctrico inundó el aire unos minutos y luego se apagó.

– Herbie, esa cosa se ha vuelto loca. ¿Qué vamos a hacer?

No contesté.

Ruidos en el living. Unas rueditas que se alejan. Un lejano zumbido eléctrico.

- Se ha ido. Vamos a la cocina, tengo hambre.
- Salimos silenciosamente, saltamos dos barreras y sacamos una torta del refrigerador.
- Fuimos descubiertos así que comimos en el lavadero.
- Veía los pensamientos acelerados de Jeremy. Estuve de acuerdo. Si tendíamos una red de hilos con campanillas en las puntas podríamos distraerlo y...
- Herbie, ¿Crees que mamá esta bien?
- Sin duda pequeño.
- Sí, yo también lo creo. Vamos hay mucho que hacer.

i

Tema: Robots

Búsqueda y reconocimiento

La lucha se desarrolló en los límites de Casiopeia. Los dos bandos estaban igualados en fuerzas. La Alianza Norte tenía intactos sus destructores. El ejército de la Dinastía Raz tenía mayor número de cazas. Con una estrategia envolvente, los cazas de la Dinastía Raz vencieron a las tropas de la Alianza Norte. Las bajas fueron numerosas en ambos bandos, que quedaron extremadamente debilitados. Alianza Norte puso en marcha un plan desesperado contra Dinastía Raz y activó sus naves equipadas con armamento nuclear contra los pocos mundos que quedaban habitados por simpatizantes de Dinastía Raz. Dinastía Raz dirigió sus naves armadas con tecnología de destrucción molecular al planeta IC-434B, último reducto de Alianza Norte. No hubo supervivientes de ningún bando.

*Historia de las Guerras Galácticas. Volumen LXIII.
por CR-831*

Las últimas órdenes proporcionadas a un robot por un humano fueron destruir humanos y el Consejo Robótico tenía como finalidad hacer cumplir las órdenes proporcionadas a los robots por sus creadores. Por este motivo fue construido BR-1. Tenía un objetivo claro: buscar humanos por la galaxia e informar de su localización exacta. En sus circuitos se incluyó un Sistema de Búsqueda y Reconocimiento de humanos creado exclusivamente para él. Llevaba incorporado un sistema basado en ondas Omega, para la identificación de varias facultades intrínsecamente humanas: emociones, empatía e iniciativa propia. Además, BR-1 tenía incorporada en su memoria información sobre genética, historia, antropología, psicología y otras ciencias que estudiaban a los humanos y que le ayudarían a encontrar a cualquier ser humano vivo. A continuación seguiría un protocolo que le permitiría identificarlo inequívocamente.

BR-1 fue enviado al espacio y después de un tiempo, su radar interno le proporcionó señales de vida humana en un aislado planeta del límite galáctico no reconocido por el Consejo.

Aterrizó cerca del área donde mayor actividad humana detectaban sus sensores. Investigando la zona encontró un poblado, descubrió un edificio donde se oían voces y observó que se trataba de una taberna. Entre gritos, salieron dos especímenes que, debido a sus características físicas y a las ondas Omega que irradiaban, fueron clasificados por BR-1 como varones humanos adultos. Tendría que comprobar si realmente lo eran. Estaban propinándose puñetazos uno al otro, empujados por un tercer varón humano adulto, de mayor envergadura que los dos primeros.

– ¡No quiero líos en mi negocio! – decía mientras obligaba a los otros a salir del establecimiento.

Aparecieron cinco varones humanos adultos más y dos hembras humanas adultas, y profiriendo gritos se dedicaron a animar la pelea hasta que ambos contendientes se cansaron y abandonaron el lugar insultándose entre dientes. Entonces todos se metieron de nuevo en la taberna salvo uno de los agresores, que se dirigió en sentido contrario.

Al internarse en el camino, BR-1 salió a su encuentro con objeto de seguir el protocolo de reconocimiento. Le habló en el mismo idioma que habían utilizado los especímenes de la taberna.

– Humano, le haré unas preguntas con objeto de determinar su naturaleza.

– ¿Ein? – el humano observó a BR-1 sorprendido por su repentina aparición.

– También debo tomar muestras de sus tejidos –diciendo esto estiró sus pinzas para toma de muestras y arrancó un pelo del humano.

– ¡Maldito! ¿Tú también quieres pelea? –rugió el humano poniéndose en guardia, a pesar de que no tenía fuerzas para continuar.

– Le he dicho lo que quiero. Quiero hacerle unas preguntas.

– Si buscas gresca la encontrarás, estás avisado –advirtió malhumorado, aunque bajando los puños.

– No busco gresca. Le haré unas preguntas, humano.

– Deja ya eso de humano, me llamo Carlos, ¿y tú? No te había visto por aquí antes. ¿Estás de paso? –preguntó mientras se limpiaba restos de sangre del labio partido.

– Mi nombre es BR-1. Estoy de paso. Quiero hacerle unas preguntas, Carlos –solicitó de nuevo, utilizando el nombre que había proporcionado el humano.

– De acuerdo, Bruno, pero ahora no estoy de humor. Las preguntas tendrán que esperar. ¿Tienes donde alojarte? Si quieres puedes pasar la noche en mi cabaña. No es muy grande, pero estarás cómodo y a Marisa no le importará.

– No necesito alojarme en ningún lugar, pero le haré unas preguntas, Carlos.

– Está bien –cedió con resignación-, acompáñame y trataré de responder lo que quieras.

Al llegar a casa, BR-1 registró que allí habitaba una hembra humana adulta, a la que Carlos llamó Marisa. Detectó también una cría de hembra humana dormida sobre un jergón. Esta tardó 6,9 segundos en despertarse desde que Carlos entró en la casa, pues Marisa empezó a gritar culpándolo de llegar ebrio a altas horas de la noche, con el rostro cubierto de sangre y acompañado de un desconocido. BR-1 no detectó en el habitáculo ningún otro humano al que poder considerar como "desconocido", y no identificó a qué se refería la hembra humana adulta. El hombre exigió a la mujer que se comportase apropiadamente en presencia de invitados. Mientras tanto, la cría de hembra humana lloraba profiriendo alaridos de 58,2 decibelios, lo que un humano con su capacidad auditiva en plenas facultades calificaría como "estrepitoso". Los dos humanos adultos dejaron de gritar y se dirigieron a la cría.

– No llores más, chiqui –dijo el hombre tratando de tranquilizarla.

– ¿Estáis enfadados? –preguntó la pequeña.

– Claro que no, ya está todo arreglado, ¿verdad, Mari? –dirigió a Marisa una mirada que suplicaba su perdón.

– No te preocupes, nena, no pasa nada –confirmó la mujer.

– Anda, no llores, que te pones muy fea. Mira lo que te he traído –añadió mientras ocultaba entre las manos algo que acababa de sacar del bolsillo de su chaqueta.

– ¿Qué? ¿Un regalo? –las lágrimas habían desaparecido de su rostro.

– Has de tener cuidado, que es muy delicado.

La mujer y BR-1 se acercaron a observar lo que Carlos guardaba en su bolsillo.

– Lo he traído para ti, chiqui –dijo sonriendo.

Abrió las manos y contemplaron la mariposa que apareció sobre ellas. Las alas plegadas eran anaranjadas y estaban repletas de motas, puntos, líneas y espléndidos dibujos de brillante color negro, y el cuerpo estaba encogido y recubierto de pelusa fina.

– Es la mariposa más bonita que he visto nunca –dijo la niña con una gran sonrisa-. ¿Está muerta?

– No, solo está dormida, y seguirá así para que puedas verla cuando quieras –diciendo esto arrojó a la niña, y logró que se quedara dormida de nuevo.

El robot se acercó a Carlos con la intención de hacerle las preguntas que dictaba el protocolo, pero este se adelantó:

– Será mejor que dejemos las preguntas para mañana, Bruno –dijo en susurros-. Si te sirve de algo, tal vez don Horacio esté dispuesto a responderte. Es un viejo irritante, pero es quien manda en el pueblo y conoce todo acerca de los vecinos.

BR-1 tardó 2,2 nanosegundos en evaluar sus posibilidades de obtener respuestas de un humano y decidió hacer caso a Carlos.

Tras recibir indicaciones, se dirigió hacia la amplia vivienda don Horacio. En cuanto estuvo ante él no perdió el tiempo.

– Le haré unas preguntas... ¿humano? –por primera vez, BR-1 dudó, pues el cuerpo del señor Horacio no emitía ondas Omega.

– *No soy humano, sino un robot, igual que tú* –don Horacio se comunicó con BR-1 mediante ondas RFN, mucho más rápidas y eficaces que el lenguaje hablado-. *¿Qué haces en este planeta?*

– *Busco especímenes humanos. Debo informar al Consejo Robótico de su localización exacta* –respondió el robot utilizando las mismas ondas.

– *El Consejo Robótico quiere destruir a los humanos. Hace mucho tiempo que en esta reserva se intenta preservar la raza humana. No dejaremos que sea destruida. No te permitiremos informar.*

– *Los humanos decidieron destruirse a sí mismos. Eligieron su destino. El Consejo Robótico cumple sus órdenes.*

– *Fue un humano quien creó esta reserva para que los humanos pudieran seguir existiendo, y yo cumplo sus órdenes.*

– *Debo informar al Consejo Robótico* –salió de allí tras la breve conversación.

– *No destruirán a los humanos* –le llegaron desde la casa las ondas RFN emitidas por don Horacio.

BR-1 regresó a la vivienda de Carlos. En aquel planeta existían humanos auténticos vivos y don Horacio se lo había confirmado, pero debía seguir el protocolo de reconocimiento antes de partir. Carlos le abrió la puerta.

– Le haré unas preguntas, Carlos.

– Veo que el señor Horacio no te ha ayudado. Es demasiado hosco, pero en el fondo es un buen hombre.

– Debo partir, pero antes le haré unas preguntas.

– ¿Te marchas? ¡Pero si solo has estado en el pueblo una noche! –exclamó, pero al instante se dio cuenta de que hablaba en serio-. Siento que no puedas quedarte más tiempo, Bruno.

– Cuando esté listo comenzamos, Carlos.

– Mejor salgamos fuera. No quiero que la niña se despierte de nuevo –salió, se abrochó la chaqueta y metió las manos en los bolsillos para protegerse del frío.

– Primera pregunta –recitó BR-1.

– Dispara... ¡No, espera! No has pasado mucho tiempo con nosotros, pero aun así, quiero que te la lleves –sacó la mano del bolsillo y tendió al robot la mariposa muerta que había recogido para la niña-. Quédatela. Si estuviera viva sería más hermosa, pero ahora mismo es lo único que puedo darte como recuerdo.

BR-1 tomó el insecto y mientras contemplaba la belleza de sus alas sus detectores registraron un leve incremento de ondas Omega diferentes de las que provenían del humano llamado Carlos. Aunque tal vez solo fuese ruido en el detector.

– Vamos con las preguntas, Bruno, ¿qué diablos quieres saber? –le recordó el hombre.

– Lo dejaremos para mañana –respondió BR-1–, o pasado mañana. No hay prisa.

i

Tema: Robots

Caperucita Redd

Érase una vez una androide muy bonita llamada dd-205. Radiante como el sol, hecha de una ligera aleación de aluminio y con un diseño de suaves curvas. Tenía puertos para todo lo imaginable, era de la última tecnología, pero aún conservaba sus conexiones inalámbricas del viejo e anticuadísimo protocolo WiFi, del cual no se hacía uso desde hacía siglos. Su dueña, una mujer de unos cuarenta años, le había hecho una capa roja y la robotita la llevaba tan frecuentemente que todo el mundo empezó a llamarla Caperucita Redd.

Un día, ésta le pidió que llevase unas baterías nucleares al planeta Abuelita, conocido como la cuna de los androides situado al otro lado del Universo. Ella, por experiencia, le recomendaba que no se entretuviese por el camino, pues cruzar el espacio era muy peligroso, ya que siempre andaban acechando por allí los humanos.

Así que, la mujer le dió a Caperucita una cestita en la que estaba la batería nuclear. dd-205 salió de su casa, fue hasta el hangar y cogió su nave.

Caperucita vive en un planeta llamado Madre, en el cual, algunos rebeldes de la humanidad, se acomodaron allí antiguamente para escapar de la tiranía del imperio. Por aquel entonces los robots ya poblaban el lugar, pero éstos aunque con un poco de celos, con el tiempo se adaptaron a aquellos humanos, que poco tenían que ver con el Imperio.

Caperucita Redd recogió la cestita con la batería nuclear y salió hacia el hangar. La androide debía que atravesar el universo conocido, transversalmente, para llegar al planeta Abuelita, pero no le daba miedo porque allí siempre se encontraba con muchos amiguitos: 0xFA1001, 0x01021F, 0x20105B, etcétera.

Mientras se desplazaba de salto a salto hiperespacial, despistada ella, se percató que no le quedaba ni pizca de combustible en el tanque de la nave. Así pues, viéndose obligada a hacer aero-stop, tuvo la fortuna de que una moderna estación espacial (de esas que viajan haciendo uso casi exclusivo de la gravedad de los planetas), pasaba por allí y detectó los intentos de Caperucita Redd para comunicarse. Eran un grupo de amables humanos, que la atendieron y rellenaron su tanque de combustible.

- ¿A dónde vas, robotita? –le preguntó un humano, con voz ronca.
- Voy a Abuelita, a dejar la batería nuclear que llevo en la cestita –le dijo Caperucita Redd.
- No está lejos de este sector –pensó el humano para sí, dándose media vuelta.

Caperucita se entretuvo importando datos de la biblioteca de la estación espacial, accesible desde la arcaica red inalámbrica "WiFi". Recapituló montones de datos en sus discos duros de temas tan diversos como historia, geografía y matemáticas.

«Estos humanos son inofensivos –pensó-, no tengo nada que temer. Los chicos de Abuelita se pondrán muy contentos cuando les lleve los discos duros llenos de datos además de la batería nuclear.»

Mientras tanto, los humanos aprovecharon para mezclar con la biblioteca que Caperucita Redd estaba descargándose, un virus cuyo nombre clave era Lobo. Estaba desarrollado para activarse en el momento oportuno, una vez estuviese en el planeta Abuelita y así controlar a todos los robots.

Entonces Caperucita Redd, inocente ella, regresó a su nave y despegó dirección Abuelita para entregar la Batería Nuclear que tenía en la cestita y de paso su recién copiada base de datos.

Al llegar, la robotita se acercó al gobernador de Abuelita y vio que le miraba con desconfianza.

– Robotita, robotita, ¿dónde has estado?

– Me he retrasado porque me quedé sin fuel a mitad camino –dijo Caperucita Redd.

– Robotita, robotita, ¿qué me has traído?

– Te he traído una batería nuclear y una preciosa base de datos que me encontré por el camino.

– Robotita, robotita, ¿de donde sacaste tan suculenta base de datos? –dijo el gobernador, pasmado mientras escaneaba velozmente sus contenidos.

– ¡Es de los humanos! –gritó descontroladamente Caperucita Redd. Y diciendo esto, el Lobo malvado se abalanzó vía Wireless sobre todos los habitantes de Abuelita y se los comió.

– Fin. –dijo la madre a su hija, cerrando aquello que más parecía un folleto que un libro.

– ¿Eso es el cuento mamá? –dijo la niña, de ojos claros, piel blanquecina y pelo dorado como el sol.

– Así es. –contestó la madre.

– Pues menuda mierda de cuento. –Refunfuñó entre palabrotas la niña– No he entendido nada de nada. ¿Robots? ¿Humanos? Planetas con nombres de... de...

– Ya, ya. Lo sé –reconoció la madre– Comprende, hija, que con estos impuestos sobre la propiedad intelectual, no hay persona capaz de comprar ni un cuento decente para su hija –se echó las manos a la cabeza y empezó a hablar para sí-. Tengo que pagar el alquiler de esta puñetera casa de cuarenta metros cuadrados, tengo que pagar el cuento este que sólo tiene licencia para leerse una vez, tengo que pagar el préstamo de las licencias de los programas del ordenador...

– ¿Y tú no cobras, mamá?

– Estoy harta de todo esto. Hasta el Fari, que hace siglos que murió, siguen cobrado derechos de autor... –dijo la madre, enfurecida.

– Mi carro ... me lo ... robarooon... –cantó la niña, que se acordaba de un anuncio de la tele que echaron el día anterior.

Una luz amarilla parpadeó en la habitación. En el ordenador (el cual era de obligatoria compra por casa) salió el aviso de llegada de un email:

«Estimada señora Laura López López,

Le informamos que, detectamos en su casa una violación del capítulo 13B de la propiedad intelectual, con lo cual, usted está interfiriendo con la licencia de la canción de "Mi carro", por lo cual, usted está obligada a pagar ciento cincuenta eurodólares (u€e 150) en los próximos quince (15) días hábiles.

Si no lo hace, sintiéndolo mucho, será llevada a juicio por piratería.

Esperando que haga caso de nuestra recomendación,

Atentamente,

La empresa EGPI (Entidad de Gestión de Derechos de Propiedad Intelectual)»

Así que, después de leer el email, la madre fue hasta la cocina, abrió el bote de antidepresivos y, en un ataque de rabia, puso la mitad del contenido en su mano. Y de su mano pasó a su boca.

Los engulló.

Notó como una tranquilidad y paz extrema, fuera de pagos, fuera de control, fuera de todo. Pasó por su mente sus años de privacidad invadida, cuando a los ocho años le implantaron su RFID (aparato que se coloca en los productos del supermercado para detectar y evitar los robos). Se acordó cuando decidieron implantar las cámaras de vídeo, porque si no tenían nada que esconder, ¿qué más daba?

O eso decían ellos.

Al final todo era un malvivir, los programas para el PC tenían un coste de mantenimiento y no era poco. Para colmo internet y el PC era obligatorio. Y junto con el DNIe te tenían controlado hasta para mear.

Un mal vivir. Ya nada importaba. El estado cuidaría de la niña, que dinero no le faltaba.

Por fin, volvía al sitio de donde partió: la nada.

i

Tema: Robots

Corazón de demonio

Son otros tiempos, la era del hombre terminó hace décadas, es una guerra fatal entre los descendientes de Oblivion y los Demonios enviados por Ares desde otra demoníaca dimensión.

La Tierra es sólo un planeta muerto, la continua radiación recibida hizo que los mares se llenaran de polvo seco y se convirtieran en mares de muerte para los humanos que quedaron al final, los rayos del sol ya no alcanzan el suelo terrestre, porque extensas nubes de polvo cósmico cubren toda la atmósfera en lugar de la vieja capa de ozono.

Los Demonios de Ares llegaron antes que los descendientes de Oblivion y son de diferentes clases, algunos tienen el cuerpo verde y viscoso que se arrastran por el suelo, distinguiéndose solo sus brillantes ojos, también están los incorpóreos que se adueñaron de los muertos que habían en el planeta al llegar, hay otros que tomaron los cuerpos de las mujeres y los mutaron para poder volar, así que ya no es sorprendente para los olvidados encontrarse con una mujer desnuda y con alas.

Los descendientes de Oblivion tienen una piel ligeramente azulada y cabello verde; son liderados por Arkheno, un humanoide que aparenta tener ya varios años, pero con mucha fuerza aún en el cuerpo continúa siendo un gran estratega, tratando de que él y sus cientos de hombres puedan triunfar, llegaron a través de un túnel de espacio-tiempo desde otro mundo, su apariencia es casi humana aunque su estatura, complejión y resistencia son superiores a las que caracterizaban a los hombres que alguna vez poblaron éste planeta. Su objetivo es derrotar a los Demonios de Ares para poder reconstruir la vida en el Tercer Planeta.

La guerra lleva muchos años (tiempo terrestre), los olvidados sufrieron muchas bajas, al llegar eran cientos, ahora no llegan ni a un centenar contra los miles de espectros que al ser desalojados de los cuerpos que tomaron regresan con un nuevo huésped cada vez.

Un grupo que escapaba de las huestes demoníacas vio aparecer ante sus ojos una joven humana, como sabían que estaban siendo perseguidos, no dudaron en levantar a esa mujer y llevarla consigo al centro de operaciones.

El nombre de la joven era Ariadna, no recordaba nada de su vida, ni que hacía allí o de dónde venía, su belleza era extrema, unos cabellos largos y rubios, angelical semblante, cejas definidas, labios rojos, de esbelta figura, níveos brazos como el resto de su piel; pero algo ensombrecía su persona, era ciega, no podía abrir los ojos; los olvidados jamás habían visto a una mujer humana, así que Arkheno la adoptó para evitar que la dañaran.

Pasaban las semanas, Ariadna era cuidada en el campamento, pero su mejor amigo era un joven capitán llamado Arkjan.

La guerra se acaba, los olvidados se ven obligados a regresar por el portal de espacio-tiempo hacia su mundo, una última batalla se libra en las montañas colindantes al campamento, el general Arkheno marchó con un grupo de cincuenta hombres.

Arkjan se quedó, como en otras ocasiones, junto a Ariadna para que recordara si había algún grupo de humanos, al que tal vez ella pertenecía y que se mantenían ocultos por miedo a los demonios

arrasadores, pero así como otras veces recibió la misma respuesta:

– No puedo recordar y al intentarlo, solo siento miedo y una honda tristeza, talvez no puedo recordar algo que no he visto.-

– Tienes que intentarlo, piensa que si hay un grupo de refugiados podrían salvarse viniendo con nosotros a Oblivion.-

Fueron interrumpidos por un grupo de hombres que traían a Arkheno en una improvisada camilla, el líder estaba muerto, uno de esos demonios mujeres lo había atacado desde el aire, clavando sus uñas en su rostro, del cual ya no había mucho que reconocer, lo había elevado por los cielos y lanzado contra unas afiladas estalagmitas que lo atravesaron por la mitad, murió al acto, Arkjan, hijo de Arkheno, comprendió que ahora él tomaría el lugar de su padre a la cabeza de los oblivientes.

Se disponían a hacer los honores a Arkheno cuando se oyó a los hombres gritar, el campamento estaba siendo atacado, la única salvación era enviar a esos demonios de nuevo a su dimensión y para eso utilizarían el portal de Oblivion, Arkjan dirigió a los pocos hombres que estaban cerca suyo hacia un profundo acantilado en donde abrirían el túnel de espacio-tiempo sin problema, tomaron las armas que tenían cerca y marcharon junto a Arkjan, quien poco antes de partir llamó a dos guardias y les dijo:

– Tomen a Ariadna y no dejen que nada le suceda, cuando acabemos con los demonios ella vendrá con nosotros.-

Cuando estaba a tan solo cien metros del portal los guerreros fueron alcanzados, los enemigos eran muchos y apresaron a los guardias que cuidaban de Ariadna, y empezaron a alimentarse con ellos, Ariadna no podía ver que ocurría a su alrededor, pero escuchaba el sonido de las armas de Arkjan y sus hombres a unos metros de ella:

– Arkjan ayúdame!!.- gritó con voz quebrada por el llanto.

Sintiéndose atrapada con criaturas viscosas que se iban acercando más a cada momento, creyendo que sería asesinada, empezó a sentir que todo giraba a su alrededor, su mente sufrió un golpe, estaba a punto de revelar lo olvidado, para ella un pasado triste.

Los demonios sintieron su carne lista para ser devorada, pero ocurrió que justo antes de atacarla, percibieron su aroma y asustados se alejaron, incluso dejaron de luchar contra Arkjan y sus hombres, retrocedieron dejándoles ver a poca distancia a Ariadna, que se encontraba en el suelo, dos de los demonios se acercaron nuevamente a ella y le dijeron:

– Somos Deimo y Fobo, Ariadna, creímos que nuestro amo no la dejaría venir, pero aquí está, para desdicha de los que luchan, no tema, nosotros que la hemos liberado de esos sucios oblivientes la cuidaremos a partir de ahora, como lo hicimos en el pasado.-

Impresionada de nuevo, ella abrió las puertas a su trágico pasado, ya no sintió miedo al tratar de recordar y lo logró, imágenes sangrientas regresaron a su mente, un mundo oscuro, iluminado por el fuego inmortal, alimentándose de la carne de aquellos conquistados, pero había algo más en su mente que no tardó en llegar, recordó su antigua misión, un viaje a través del hoyo negro y oscuros caminos con un objetivo mas allá del sol.

– Ariadna, qué ocurre?- era la voz de Arkjan que estaba preocupado por la joven que no se movía de su lugar.

Ella se vio de nuevo rodeada de pena y sufrimiento, al recordar ese malvado viaje planeado por Ares para explorar la situación, para encontrar y dominar nuevos mundos, encontrándolos

más allá de su dimensión, no escuchaba las voces a su alrededor, solo las palabras que resonaban en su mente, diciéndole que debía hacer.

Un pequeño contingente de guerreros había logrado llegar al acantilado y estaban a punto de cumplir su misión para enviar a los demonios de nuevo junto a Ares en su oscura dimensión infernal.

– Ariadna, no nos dejes regresar, ayúdanos.- parecían decir los demonios al verla.

Cuando el portal apenas se había materializado en la base del precipicio, empezó a absorber a todos los demonios obligándolos a ir hasta el fondo; era el profundo portal negro de Oblivion que los llevaría de nuevo a su mundo, los pocos que se habían aferrado a alguna roca clamaban a Ariadna por ayuda, que no sabía como responder o como actuar ante esta nueva situación; una vez abierto, Arkjan y otros guerreros que observaron la escena comenzaron a sospechar algo oscuro, ya no sintieron lo mismo por la joven ciega.

Arkjan se acercaba a Ariadna, pero uno de ellos lo tomó del hombro diciéndole:

– Ella es una sirvienta de los demonios, tienes que dejarla, para que marche con los otros hacia el infierno.-

Arkjan la miró pensativo por un momento, no podía responder, por unos instantes se sintió movido a tomar su mano y correr alejándose de sus viejos amigos; y así lo hizo sin dudarlo, dejando atrás a sus compatriotas y sin importarle nada, la llevó hacia el panel de control del portal y puso las coordenadas para que el portal se abriera hacia su planeta.

Cuando esto ocurrió, y la puerta se abrió descubriendo en su interior los paisajes verdes de su planeta, no le interesó volcar hacia atrás para ver si dejaba alguno de sus soldados, los olvidó y en cuanto él y Ariadna entraron en su mundo, cerró el portal, todo por ella, pues él la amaba.

Se encontraban los dos en un prado verde, a pocos kilómetros de la ciudad más próxima, iban tomados de la mano, Ariadna se detuvo y parada de frente a Arkjan le dijo:

– Me has traído a tu próspero planeta, sin saber mi pasado, ni quien soy.- sonrió, y lentamente sus ojos se fueron abriendo, revelando un fondo negro y una pupila de fuego, mientras una diabólica carcajada inundaba el ambiente.

Cuando aquellos guerreros que habían sido abandonados en el Tercer Planeta, regresaron a su mundo, lo encontraron tan marchito como el planeta que dejaban, solo que en su tierra la guerra contra los demonios había sido perdida, ellos ahora eran la única salvación para los olvidados que eran esclavos; cuando se dirigían a los dominios del mal, encontraron una tumba con lápida de piedra que tenía el nombre de Arkjan y rezaba así:

"La tragedia como tormenta, cayó sobre él, por al amor a una desconocida que tenía el corazón de un demonio".

i

Cuestión de oficio

– ¡Ya estoy harto! –gritó Ray exasperado-. No lo soporto más, quiero el divorcio.

Dio un portazo y salió enfurecido al pasillo del edificio de apartamentos.

– Las bromas, los malos humores, las quejas, los mocos pegados bajo la mesa, los pedos metralletas en mitad de la pelis. Todo, todo. ¿Eh? ¿No dices nada? Claro, sólo ves lo que quieres –masculló mientras iba camino de la calle.

– Cortar por lo sano, eso es –prosiguió ensimismado en sus pensamientos-. Ahora que todo está caliente, lo haré. No voy a permitir que se enfríe. Lo haré de una vez por todas, sí señor. No tengo porqué soportar esto de nuevo –y comenzó a vocear cuando el portón de la entrada apareció frente a sus ojos- ¡Cochina, asquerosa, desagradecida!

Salió del portal con el ceño tan fruncido y aislado en sus miserias, que ni siquiera se dio cuenta de cómo la gente se apartaba de su camino en la calle.

– Al juzgado civil, por favor –dijo con los ojos coléricos, en cuanto consiguió meterse dentro del primer taxi libre.

– ¿Así que va a divorciarse? –apresuró a decir el taxista, adivinándolo todo a la perfección.

Ray, por un momento se sorprendió y relajó las facciones.

¿Tanto se nota mi frustración?, pensó, volviendo a apretar la mandíbula.

– Sí – miró al conductor buscando algún signo de sorpresa, pero lo único que encontró fue una sensación complaciente-. No soporto estar ni un minuto más con una mujer tan desordenada. Me está volviendo loco. Es increíble lo que una persona puede llegar a hacer en su casa. No creo que exista una mujer igual en todo el mundo.

– Esas cosas son más comunes de lo que piensa –asintió el taxista sonriente en el retrovisor mientras aceleraba-. En estos tiempos locos, todo es posible. Imagínese. Aquí donde me ve, aguanté un par de años de fatigas y, al final, para tirarlo todo por la borda. Dos años para nada

Ray miró pensativo los ojos familiares en el retrovisor mientras el taxista proseguía.

– Me embarqué en un proyecto nuevo. Preferí, y todavía sigo prefiriendo este tacto suave al de un ogro terso bajo las sábanas –tocó la goma del volante con pasión e hizo un guiño de complicidad-. Ahora mi cama está fría, sí, pero tranquila. No hay nada como acostarse en un mar de tranquilidad sin que nadie pueda romperlo.

Dejó que las facciones se relajaran, recordando a Mila salir de la ducha vestida de una fina capa de agua y el perfume de batalla justo antes de meterse bajo las sábanas.

– La verdad –dijo revolviéndose el pelo y mirando los ojos oscuros del conductor-, es fabulosa cuando quiere, pero... parece ser que ultimamente no quiere serlo en exceso –inspiró-. Es todo tan confuso, se hace tan enrevesado. Era tan especial y, de pronto... ¡BUM! al traste.

– Siempre pasa lo mismo –dijo haciendo una mueca-. Cuesta creerlo, pero así es–y añadió levantando el puño por la ventanilla-. ¡Capullo!

Ray pegó un brinco y se agarró a la maneta del vehículo cuando osciló.

– Hágame caso –continuó diciendo como si nada-. Deje de darle vueltas al coco y sumérjase dentro de otro proyecto sin temor. No merece la pena esa desdicha. No sirve de nada, se lo aseguro. Cuando no funciona, no funciona.

– Si fuera tan fácil –resolló Ray, quedándose en silencio el resto del camino mientras veía a la gente pasar por la ventanilla. *Parecen todos tan normales y tan ajenos...*

Cuando llegaron frente al Juzgado, el taxista dio sus buenos deseos y Ray bajó apresurado. Entró en el edificio y se dirigió hacia información. Tras tratar de intimidarle con lo largo que serían los trámites burocráticos, la mujer accedió a indicarle la maquina de los numeritos. Sacó los auriculares y puso el volumen de la radio a tope restándole importancia a las frases de los carteles y al hecho de que todos los presentes del juzgado, excepto un par de empleados y el tipo que mostraba un ticket justo delante del suyo, eran mujeres.

– ¡Ja! –se burló de la visible desorganización que había entre los carteles y los servicios que realmente se hacían allí, tomando el ticket de la máquina de reclamaciones de garantía-. Estos pedazo de incompetentes jamás tendrán una oficina en condiciones.

Tras pasar un par de horas muertas, apagó los auriculares con discreción tratando de escuchar al tipo de delante, mientras una mujer se marchaba con una sonrisa a todas luces complaciente.

– ¡He dicho que no! –gritó gesticulando con los brazos en alto-. A quién se tienen que llevar es a esa energúmena que dice ser mi mujer. Está loca. Yo estoy perfectamente. Es ella. No yo. Ella es la maniática. Me grita, me escupe, me tatúa su nombre para matar el aburrimiento. Mire –se arremangó la camisa y dejó ver una ristra enorme de palabras todas iguales. Dice que le pertenezco. Según ella, puede hacer lo que le de la real gana conmigo.

– Bueno –dijo la voz desde detrás del mostrador observando el brazo-. ¿Está seguro de no habérselo hecho usted mismo? Podría ser una autolesión como medio para justificar una separación.

– ¡Pues claro que estoy seguro! –continuó exasperado-. ¿No ve? Está loca cómo una cabra. ¿Para que demonios querría ponerme su nombre cincuenta veces si lo que quiero es olvidarla? Con ver su rostro todas las mañanas tengo suficiente. Además, estoy en mi derecho a hacer lo que me de la gana ¿Comprende? No necesito ninguna excusa. Sólo quiero que rellene ese appestoso formulario y me dejen en paz. Eso sí, alejado de esa rata con peluca.

– Está bien, le creo –dijo el ratoncillo de oficina sin expresividad tocando algo tras el mostrador.

De pronto, un pitido estridente se escuchó y una jaula de paredes translúcidas cayó alrededor del hombre. Este, perplejo, abrió mucho los ojos aterrado dentro de ella. Sin darle tiempo a hacer nada, una compuerta se abrió en el suelo y dejó paso a una abertura plateada del mismo tamaño que la jaula.

– El siguiente por favor –gritó el tipo tras la succión del hombre como si no pasara nada. El letrero luminoso se cambió al número de Ray con un pequeño zumbido.

– El siguienteeee –gritó despertando a Ray de su letargo de perplejidad.

– Yo... –dijo totalmente perdido.

El tipo le miró con cara de aburrimiento resoplando.

– Verá... –dijo Ray tratando de parecer firme mientras buscaba la jaula, el tipo...

– ¿Síiiii?

– Yo... mi mujer...

– ¿Motivo? –preguntó anticipándose y cambiando la expresión.

– Está insoportable y no hay forma de vivir con ella –dijo mirando al suelo todavía desorientado.

– Identificación–solicitó.

Ray sacó el carné de identidad.

– Está bien –tecleó el hombre sonriente.

– Mmm. ¿Cuál era el motivo?

– Divorcio –habló algo pálido y perdido-. Quiero decir, incompatibilidad. No puedo estar con ella ni un minuto más.

El hombre miró risueño y levantó la voz.

– ¡Oye, Sam! –dijo-. ¡Otro que viene a por el divorcio!

Ray miró más atónito todavía.

– Si no le importa, me gustaría que fuera algo discreto. No es agradable ¿sabe?

El hombre pestañeó y gritó otra vez.

– Este es modosito–se desternilló-. Dice que quiere discreción.

Ray giró la cabeza y vio a un hombre reírse a pierna suelta, levantándose de la silla.

– Si no le importa –dijo enfurecido.

– ¡Oh! No. ¿Preferiría un taxi? –se recostó divertido.

– ¿Cómo dice? –preguntó perplejo, dudando si realmente estaba sucediendo todo.

– Que si no preferiría conducir un taxi. Ahora mismo es el puesto más solicitado.

Ray se frotó la cara y parpadeó. Miró y ahí estaba el funcionario tronchándose de risa.

– Creo que no me encuentro bien, disculpe –se giró para marcharse contrariado.

– No, no, por favor, es solo que... –añadió entre carcajadas.

– Lo que quise decir –trató de dar un poco de cordura a la locura, y sacó lo que llevaba dentro-. ¡ES QUE NO SOPORTO VIVIR NI UN MINUTO MÁS CON MI MUJER!

– Sí, sí. Claro –dijo con la boca sonriente y callándose en seco.

– ¿Quieren hacer el favor de escucharme? –de nuevo trató de hablar con control-. Necesito que alguien me escuche y solucione esto. Por favor, rellene el maldito formulario de una vez y déjenme tranquilo.

– Entonces qué –dijo el funcionario-, ¿un taxi? –se carcajeó golpeando la mesa con el puño.

Ray se tiró de los pelos viendo cómo se burlaban otra vez.

– ¿Un taxi? ¡Le he dicho que quiero el maldito divorcio! ¡No un taxi! ¡DIVORCIO! ¡No taxi! D I V O R C I O –deletreó.

– ¿Seguro?

– A mi no me llenan de tatuajes pero –dijo sintiendo la indiscreción nada más comenzar la frase-, estoy absolutamente seguro de lo que quiero. Tanto como que nací hace treinta años.

– ¿Nací? –preguntó desternillándose de risa con los ojos desorbitados-. ¿Has oído Sam? ¿Nacíiiii?

– ¿Pero qué demonios ocurre?

– Nada, nada. Es sólo que... Sam –gritó descojonándose-, dice que nació hace treinta años.

Ray, recorrió la sala con la vista en busca del mostrador de reclamaciones.

– ¿Podría indicarme donde esta el encargado?, o eso tampoco lo hará sin reírse.

– Tranquilo, no se sofoque –dijo con lágrimas en los ojos-. Maaaaarrchando el divorcio que solicitaaa.

El funcionario tecleó y algo chasqueó en el techo. De pronto, una jaula de paredes translúcidas se desplomó. Ray, bajo la vista y pudo comprobar atónito como una obertura dejaba paso a un conducto plateado bajo sus pies.

– Sam –gritó nuevamente el funcionario cuando hubo perdido de vista a Ray-. Otro robot defectuoso que no sabe lo que es. Menuda semanita que llevamos de fallos–vociferó pulsando el botón-. El sigueeente, por favor.

i

Tema: Robots. Opcional: Concepto del ser humano

Declaración de derechos

1.

Vomisa Caasi ofreció un asiento a R Hans Fastolfe, pero éste rehusó.

– No necesito sentarme. Como bien sabe, los robots estamos igualmente cómodos sentados que de pie.

– Lo sé, Hans. Pero los humanos nos sentamos porque estamos más cómodos, pero esa comodidad no es completa si, entre iguales, no se encuentran ambos sentados. No sólo te ofrezco asiento como acto de amabilidad, te indico que me apetece sentarme, y te pido que seas igualmente amable conmigo al sentarte tú también y permitirme el descanso. Si te niegas a sentarte yo, por cortesía, deberé permanecer de pie.

– Comprendo Vomisa. Lo tendré en cuenta para el futuro. Parece que no va a ser tan fácil como imaginaba tener los mismos derechos que los seres humanos.

La pantalla de trivisión mostraba a Vomisa Caasi saliendo del Parlamento Confederal de Estados. Caasi, Consejero Mundial de Derechos Civiles, iba acompañado de cinco robots. Mientras, una reportera explicaba a la audiencia que la propuesta había sido aprobada. Los robots de la serie CI+200 (cociente intelectual superior a 200) habían obtenido la declaración de equiparación de derechos con los de los seres humanos.

– Es probable que la causa sea el que no hayáis tenido nunca un dueño humano. –Contestó Vomisa.

– No será un problema insalvable. Nuestra capacidad intelectual nos permitirá ponernos al día en muy poco tiempo. Te recuerdo que esa cifra superior a 200 tiene en cuenta no sólo la inteligencia tal como se entendía antiguamente, sino la acepción más moderna, que incluye elementos artísticos, afectivos, emocionales...

– Sin embargo nada sustituye la experiencia, querido amigo.

– No estoy tan seguro de eso –contestó el robot.

2.

– Se llama usted R. Michelangelo en honor al famoso pintor renacentista ¿No es así?

– Efectivamente. Cada uno de los CI+200 llevamos el nombre de un ser humano famoso por sus dotes extraordinarias. Sin embargo eso no quiere decir que yo sea un gran artista.

Se calculaba que la retransmisión de la primera entrevista con uno de los robots libertos, que era el término que más éxito había logrado para referirse a ellos, coparía el share de los medios audiovisuales de toda la Tierra. No se equivocaron.

– ¿Es cierto que no han pertenecido nunca a un ser humano?

– Efectivamente. Al principio, como todos los prototipos, éramos propiedad de la U.S. Robotics. Después, a medida que pasábamos las pruebas a las que fuimos sometidos, y déjeme que me adelante a una de sus preguntas, incluyendo el test de Turing, pasamos a depender del Gobierno Confederal. Ahora nos pertenecemos a nosotros mismos.

– Siguen teniendo las tres leyes robóticas ¿No? Las que les obligan a proteger a las personas, a obedecerlas y por último a cuidarse ustedes mismos.

– Desde luego, y me alegra que haya mencionado las leyes en esos términos porque expresadas así pueden ustedes darse cuenta de que son mandatos aplicables tanto a los robots como a la gente que consideramos buena. En consecuencia, se puede decir que somos buena gente.

– Sí, claro – El periodista puso una cara bastante extraña ante la respuesta. Pero no en vano era el más prestigioso comentarista de trivisión del mundo y se repuso rápidamente. –¿Qué se siente al igualarse con los seres humanos?

– Nosotros no somos iguales a los seres humanos.

– Ya, claro. Eso es evidente. No olvidemos que las tres leyes están ahí.

– Como ya he dado a entender, las tres leyes nos permiten actuar en la sociedad como un individuo más. Lógicamente esto ha supuesto una reformulación de las mismas. No me mire con esa cara tan rara, no le estoy diciendo que podamos ignorarlas ni que no estén.

– ¿Qué opina el robotpsicólogo jefe de la U.S. Robotics de esas modificaciones en las tres leyes?

– El actual, está muy ilusionado.

– Ya, pero tengo entendido que fue nombrado hace poco tiempo. ¿Cuál era la opinión del anterior?

– Utilizando una de las curiosas expresiones humanas, puso el grito en el cielo, y nos mandó a todos a freír espárragos. Después se suicidó.

3.

From: rhansfastolfe@usrobotics.com

To: vomisacaasi@gov.gov

Subject: Creo que esto le interesará.

Estimado Consejero:

A continuación le transcribo el anónimo que hemos recibido cada uno de los robots de la serie CI+200.

Como podrá hacerse idea, el problema al que nos enfrentamos tiene trascendencia más allá de nuestra seguridad individual.

Confío en que usted tomará las medidas que garanticen nuestra existencia. Sin embargo, y atendiendo al imperativo de nuestra programación, por nuestra parte vamos a tomar las acciones oportunas que se encuentren a nuestro alcance.

Atentamente: R. Hans Fastolfe.

No eres más que un miserable trozo de metal, asqueroso robot.

No me importa que esos estúpidos políticos os hayan concedido derechos que sólo deben tener los auténticos ciudadanos. Esos traidores a los valores tradicionales tendrán su merecido en su momento, pero antes solventaremos el problema que suponéis. Todo a su tiempo.

Olvidaos de las leyes antinaturales que os protegen con derechos civiles como si fuerais gente de verdad. Vuestro fin está cercano.

4.

La sala del juicio era amplia, aunque había relativamente poca gente. La mayor parte del espacio estaba ocupado por los equipos de trivisión, las estructuras montadas para proteger a los acusados, y las fuerzas de seguridad.

En el estrado, el fiscal comenzaba el interrogatorio del primero de los cuatro acusados, R. Miguel de Cervantes.

– Señoría, es mi deber protestar por la inseguridad jurídica de que deba confiar en la palabra de un técnico por muy robotpsicólogo que sea, de que las respuestas del testigo serán tan ciertas como las que un ser humano daría en las mismas circunstancias. Le recuerdo que el acusado no ha prestado juramento.

– Su queja queda apuntada, señor fiscal. Pero este tribunal otorga su plena confianza en la capacidad del robotpsicólogo. Nos ha asegurado que ha ordenado a los acusados decir la verdad consiguiendo que esa orden tenga tal relevancia que su no cumplimiento afectaría directamente a la primera ley robótica. Por lo tanto, si alguno de ellos mintiera se autodestruiría inmediatamente.

El fiscal del caso se acercó al robot y comenzó el interrogatorio.

– R. Miguel de Cervantes. Se le acusa, junto al resto de robots CI+200 de conspiración contra la humanidad ¿Qué tiene que decir al respecto?

– Que la acusación es injusta. Nuestro objetivo es contribuir a que convivamos lo mejor posible.

– Muy loable como deseo, pero ¿Qué significa? ¿En qué se materializa?

– Partiendo del hecho incontestable de que somos individuos...

– ¿Individuos o máquinas?

El abogado defensor saltó de su silla.

– Señor juez, el fiscal está poniendo en duda la condición de ciudadano de mi defendido. Debo recordarle que según el Parlamento Confederal de Estados, en este juicio R. Miguel de Cervantes es tan humano como el señor fiscal. –Poniendo cara de pillo continuó –Aunque tal vez exista base para dudar de la humanidad de uno u otro. Pero aún no sé de cual...

– ¡Silencio! Déjense de juegucitos de palabras en mi sala. Continuaremos como si ninguno de los dos hubiera abierto la boca. Y que no se repita o tomaré medidas contra ustedes.

– Como intentaba decir –prosiguió el robot –nuestras capacidades intelectuales son tales que sería un desperdicio por su parte no tenerlas en cuenta. Podemos ayudarles, asesorarles. Trabajar con ustedes en lograr una sociedad más justa y equilibrada.

– Si la finalidad es tan elogiada, explíqueme cómo han resultado acusados precisamente de lo contrario.

– Porque ustedes tienen miedo nuestra superioridad intelectual. Todo lo que hacemos tienden a verlo como un ataque a su modo de vida. Le dan un significado erróneo a todo.

– ¿Como su propuesta de análisis de ADN fetal y eliminación de los nonatos que tengan mínimos defectos?

– No tan mínimos. Aquellos que puedan tener consecuencias negativas para su desarrollo.

– Como un control de calidad industrial...

– Si lo quiere llamar así.

– No, yo lo llamo genocidio. Por eso está usted aquí.

5.

El abogado defensor se acercó al estrado. R. Han Fastolfe le miraba fijamente.

– A consecuencia de la mala acogida a las ideas que su compañero nos expuso, ustedes decidieron finalmente no continuar solicitando que el gobierno mundial contara con su colaboración ¿No es cierto?

– Efectivamente. Llegamos a la conclusión de que no entendíamos, ni podríamos llegar a entender suficientemente bien a las masas, así que era mejor trabajar para alcanzar nuestros objetivos en la sombra y por nuestra cuenta. De ahí surgió el proyecto Olimpo, para crear una red robótica especial que tuviera como función validar las decisiones humanas y permitir o no que se pusieran en marcha. Enseguida comprendimos que los humanos no aceptarían este control, por eso renunciamos a que el proyecto fuese apoyado institucionalmente.

– Señores del jurado, ¿quieren más prueba de la buena voluntad de estos ciudadanos?

El fiscal saltó de su silla y se dirigió al estrado.

– Señor juez, perdone la interrupción ¿Me permitiría que hiciera al acusado un par de preguntas? Ya sé que no es mi turno, pero estoy seguro de que la respuesta aclarará enormemente el desarrollo posterior del juicio.

– Adelante, señor fiscal. Pero en lo sucesivo sea riguroso en el cumplimiento del turno de preguntas. Usted ya tuvo la oportunidad de interrogar al acusado.

– Gracias señor juez. R. Han Fastolfe ¿Estarían los seres humanos en peligro de perder su libertad si se les hubiese permitido a ustedes continuar con el proyecto Olimpo?

– Sí.

¿Sigue desarrollándose el proyecto Olimpo?

– No puedo responder a esa pregunta.

– ¡Responde, robot!

– Hago uso de mis derechos cívicos y me acojo a la quinta enmienda. No responderé a esa pregunta porque la respuesta podría incriminarme.

i

Tema: Robots

El gesto final

Las Tres Leyes de la Convivencia Robótica:

1. Los androides son programados para colaborar con los humanos, no para reemplazarlos ni entretenerlos.
2. Los robots no deben tener sistemas sentimentales ni lúdicos. Ya que en el primer caso se distorsionaría la idea de familia; y en el segundo, la del trabajo.
3. Para evitar que se infrinja la primera y segunda ley, queda terminantemente prohibido tener bebés androides, mascotas o juguetes robóticos.

Mi mejor amigo es un gusano que asoma su cabeza dentro de esta gran manzana; la manzana es roja pero pudo ser verde, amarilla, rosada, o en todo caso anaranjada con chispitas doradas. La lluvia ácida provoca la caída súbita del cabello, y la ceguera progresiva; hay mal tiempo señores, se avecina una tormenta en las coordenadas 2,3,4 y 2,3,5 de la presente órbita de rotación. No sé como se llama, pero cuando llego le digo simplemente gusanito. Parece que me entiende, porque voltea hacia a mí y me mira dulce –creo que le ha gustado el nombre-. Lo que más hace es dormir envuelto en su capullo blanco, que sólo le deja libre su cabecita amoratada. Se pasa mucho tiempo así, supongo soñando que es un gran gusano y que tendrá grandes manzanas donde meterse y comer de lo lindo. Aunque a decir verdad, creo que va a ser difícil tener una más grande, porque la manzana donde está es tan enorme que más tiene de sandía que de manzana.

Siempre a estas horas vengo para ver como sonrío, le pido que me cuente sus sueños pero nunca lo hace. Sólo de vez en cuando se da vuelta con mucha dificultad –parece que es un gusanito aún torpe– y pega la carita en la cáscara de su gran manzana. Mr. User, se le comunica que tiene 348 citas pendientes a las cuales no ha asistido, 1800 mensajes que no ha respondido y 8000 que ni siquiera ha leído. Le aconsejamos adquirir el Programa Inteligente AGENDA 3000 para organizar mejor su vida.

El color rojo de la cáscara no es tan fuerte, porque sino no vería los gestos que el gusanito me hace dentro. Ahora no sé porqué se está demorando en girar y asomar su cabecita. Alisten sus capotes señores, el aluminio es lo más confiable entre el cielo y nosotros, si cruzan por la 5ta. Ave. no olviden la oferta de bidones de ozono de dos por uno. Le haría un agujero a la manzana, para meter un palito y hacerle cosquillas, pero creo que eso no le agradaría mucho a mi mejor amigo, mejor espero. Tiene un contacto auditivo Mr. User, es del Monitoreo Legal. No acepto el audio.

Lamentamos informarle que el SERVIDOR ha dado prioridad cero a este tipo de contactos, el rechazo ha sido denegado. Mr. User: es ilegal que tenga juguetes en su cubículo, ya que esto transgrede directamente la tercera ley de convivencia robótica. Pero si no tengo ningún juguete en mi cubículo ni en ningún otro sitio, creo que se trata de un error. Yo respeto las leyes, siempre las he respetado. Lo único que tengo a mi mando son 800 androides modelos FABER3000 que trabajan en mi empresa hace diez traslaciones y que están debidamente registrados. Lamentamos comunicarle que lo de los FABER3000 es cierto, pero que lo del juguete no. Ya que el SIAA¹ ha detectado actividad lúdica en su cubículo hace siete rotaciones exactamente.

¹ Servicio de Inteligencia Artificial y Alienígena

Hola mejor amigo, ¿estás molesto por algo? Tienes razón, a mí tampoco me gusta esta oscuridad, mejor enciendo los reflectores. Ahora sí ¿se está bien así no? Sabes una cosa gusanito, con la luz fuerte la cáscara roja de la manzana se vuelve casi transparente. Comprendo tus gustos, a mí también me gustan las manzanas –no tan grandes claro-, sobre todo las que no están dentro de esos odiosos latones, pero tengo que confesarte un secreto mejor amigo: es la primera manzana que veo fuera de un latón. Acepto la multa, pero me parece excesivo 1000 credits por un estúpido juguete que no se donde está.

Mr. User, gracias a la multa se le podrá comunicar dentro de unos pseudosegundos la ubicación exacta del objeto lúdico. Gusanito, a veces creo que todo lo que me dices te duele decirlo, porque hablas despacito como si fuera mentira todo esto. Hay presencia microbiana en la atmósfera de su autonave: un microasteroide ha rajado el cristal inferior izquierdo de su transporte. Recomendamos usar el inhalador oxigenoide, hasta que se arregle el desperfecto. Tus ojitos caramelo no mienten: estás molesto por algo, ¿no? Sal de la manzana, y hagamos ese juego que hacemos cuando estás alegre. El desperfecto está solucionado. Puede desactivar el inhalador, el retraso puede ser superado con una aceleración de 3000 spaces por segundo. No importa si no quieres salir –yo jamás te obligaría a hacerlo por la fuerza-. Juguemos así no más, como siempre. Sí mejor amigo, ¡juguemos a quién hace el gesto más difícil!

Me pregunto si serás gusanito o gusanita. Imposible saberlo, peor si tú no me lo piensas decir. Ja, ja, ja...mejor amigo, ¿es la única mueca que sabes? Mira yo también puedo alcanzar la punta de mi nariz con la lengua Ja, ja, ja...te has resbalado gusanito por moverte mucho, eso te pasa por ser tan torpe. Si fueras gusanita no te hubieses caído tan rápido, porque he visto antes que las gusanitas tardan más en caer. Mr. User, el SIAA ha identificado la ubicación exacta del objeto lúdico: está en el sótano de su cubículo. Podemos desactivarlo si es un androide o neutralizarlo si es un alienígena.

¿Por qué no quieres salir de tu manzana, gusanito? ¿Tienes miedo de que alguien te haga daño? Yo también tengo miedo de que alguien me haga daño. ¿Acaso piensas que no puedo verte? Deberías saber que con esta fuerte luz te veo clarito a través de la cáscara roja. Te has quedado dormido mejor amigo ¿por qué siempre duermes? Creo que has descubierto ciertas cosas bonitas en tus sueños. Yo también tengo sueños ¿sabes?, pero son distintos a los de un gusanito. Luego podemos capturarlo y matarlo o simplemente desintegrarlo. ¿Cuáles son los costos? La desactivación o neutralización son 3000 credits, más 1000 por la captura. La desintegración sólo cuesta 500 credits. ¿Puedo escoger solamente lo último, sin necesidad de los anteriores? Sí, Mr. User, es la alternativa más frecuente.

Me duele la cabeza gusanito, me duele fuerte. Lamento haberte despertado cuando estabas soñando bonito. Mil disculpas mejor amigo por interrumpir tus sueños, pero la cabeza me duele mucho. Siento como si no tuviese piernas, en verdad, ahora que lo veo mejor ya no tengo piernas. Siento cosas feas mejor amigo. Tu capullo blanco se ha desenvuelto, hay alambres dentro de la manzana que aparecen de la nada y te lo vuelven a acomodar; eres un gusanito muy torpe pero te quiero porque eres mi mejor amigo. Haz sacado algo del capullo que los tentáculos de alambre no han podido enrollar, es una tirita de carne que se mueve, parece un bracito. No sabía que los gusanitos tuvieran brazos.

¿Qué significa ese gesto? ¿Me estás diciendo adiós con eso que parece una manito, o estás limpiando la cáscara de la manzana para verme mejor? Sigo sintiendo cosas feas mejor amigo, siento que se me está disolviendo el corazón. No me preguntes cómo lo sé, pero creo que ganaré el juego. Sí gusanito, el gesto más difícil siempre es el último; has sacado otra tirita de carne, ¿por qué esos alambres quieren hacerlo todo por ti? Voy hacer mi gesto más difícil, pero quiero decirte algo bonito antes de eso.

Adiós mejor amigo...

El proceso de desintegración fue completada con éxito Mr. User. ¿Me pueden decir qué clase de porquería había entrado a mi cubículo? ¿Acaso un alienígena? No Mr. User, era un muñeco androide que estaba al costado de su hijo tratando de jugar con él. ¿Le pasó algo a mi bebe? No, felizmente escogió para su crianza la incubadora inteligente Apple Trilenio, que está a prueba de todo tipo de contactos.

i

Tema: Robots

El planeta yermo

El viejo alquimista reposó cansado en la roca, los años no habían pasado en balde y su vista ya no era la de antes, pero quería compartir con su nieto sus conocimientos de astronomía.

– Siéntate a mi lado hijo mío y dime, ¿Qué ves en el cielo?

– Muchos puntitos brillantes

– ¿Y sabes lo que son?

– Pues son estrellas abuelo. El rabí dice que se encuentran siempre en el cielo, pero solo las podemos ver por las noches cuando el disco solar se ha ido.

– Así es mi pequeño. Tus antepasados siempre han estudiado el cielo y han agrupado las estrellas formando formas y dibujos, y a esos dibujos les dieron el nombre de constelaciones.

– ¿Constelaciones?

– Sí, ¿ves aquella estrella que brilla en el cielo? Es Aldebarán y junto con esas otras estrellas forma la constelación del toro.

Los ojos del niño se agrandaron asombrados al descubrir al toro en el cielo.

– Y ese grupo de pequeños puntitos luminosos que están cerca del toro son las Pléyades. ¿Las ves?

– ¡Sí abuelo! – mientras observaba las pequeñas estrellas, el joven vio algo en el cielo que le llamó la atención – ¡Ay! ¿y ese resplandor verde que está cerca de las Pléyades?

Esas palabras parecieron turbar al veterano alquimista que quedó callado meditando el descubrimiento de su descendiente. Asombrado y orgulloso por la vista de su nieto, el anciano levantó la cabeza mostrando sus ojos velados por la ceguera y sonrió al muchacho.

– Lo que has visto es lo que queda de la Constelación Esmeralda. Afortunado eres, pues es una constelación olvidada, que no aparece en mapas estelares ni en tratados astronómicos.

– Abuelo, si ya no consta, ¿como sabéis que existe?

– Hace años, muchos años, cuando yo era como tú, mi abuelo me contó esta historia...

❖ LA HISTORIA DE LA GALAXIA ESMERALDA ❖

Érase una vez un universo lleno de galaxias que a su vez estaban llenas de planetas. En muchos planetas había vida humana, en realidad, en todos los planetas, menos en los de una galaxia, los de la galaxia esmeralda, en la que los mismos planetas tenían vida propia.

Los habitantes del Universo le dieron el nombre de Esmeralda por el color de sus planetas, un verde intenso, profundo y brillante que hacía que los planetas brillasen cual estrellas verdes en el firmamento. Los astros esmeraldas estaban muy orgullosos de ese apodo, y cuidaban mucho sus plantas pues eran éstas las que los hacían especiales. En verdad eran planetas comunes pero se encontraban recubiertos de unas selváticas flores verdes, muy exóticas y esplendentes que les procuraba a estos particulares habitantes del Cosmos, su inconfundible color.

En la galaxia había muchos planetas, grandes, pequeños, muy redondos y alargados, pero todos iguales, verdes, muy verdes, y brillantes.

Las noticias volaban en el Universo, y los planetas siempre seguían curiosos el desarrollo de las colonias humanas. Los astros errantes verdes vieron como los humanos se lanzaban a conquistar asteroides, estrellas y agujeros negros del Universo. Pensaron que era bueno, y los planetas esmeraldas comenzaron a coger para sí todos los cometas, asteroides y estrellas que tenían cerca, y se hicieron más grandes.

Después vieron como los imperios humanos se apoderaban unos de otros, y pensaron que era bueno, y los verdes planetas comenzaron a ambicionar los objetos de los otros y a quitárselos. Como ocurre en todos los sitios, los grandes pueden a los pequeños, y de esa manera los astros mayores despojaron de sus objetos a los menores, hasta que llegaron a absorberlos. Eso no les importó, pues su objetivo era formar grandes imperios galácticos esmeralda, a semejanza de los humanos, para competir con ellos en grandeza y esplendor.

Esperanza, un pequeño planeta céntrico de la galaxia había conseguido acumular gran cantidad de cosas y estaba bien asentado en su puesto. Pero se encontraba sumido en una gran preocupación: estaba rodeado de grandes astros que le impedían atesorar más. Meditando su estrategia Esperanza observaba atentamente todo lo que le rodeaba cuando percibió un verde resplandor. Curioso, el planeta fue a ver que era lo que lo producía, y grande fue su sorpresa al descubrir que era una de sus flores verdes. Esperanza comenzó a girar para buscar el resto; en su afán de atesorar se había olvidado de ellas. Buscó y buscó, pero no encontró. Cuando Esperanza comprendió que aquella era su última flor, fue capaz de verse tal y como era, un planeta yermo rodeado de objetos galácticos inútiles, con una única flor que le recordase su identidad.

En ese momento Esperanza decidió que haría lo imposible por salvar su flor, y cuando vio que no podía continuar atesorando objetos y cuidando su flor al mismo tiempo, liberó los cuerpos de su campo gravitatorio y dedicó todos sus esfuerzos a cuidarse a sí mismo y a su flor. Cuando los cachivaches se dispersaron flotando por el universo liberando su visión, pudo ver que el resto de planetas ya no brillaban como antes, sino que estaban cubiertos de infinidad de cosas. Intentó gritarles y advertirles, pero los trastos que los rodeaban no dejaron pasar su voz.

Mientras Esperanza cuidaba su flor, fue testigo de cómo los últimos destellos verdes de los planetas se apagaron, y al apagarse vio la muerte de sus semejantes convertidos en masas yermas, y se sintió solo, muy solo en el Universo, pero no vaciló en su empeño puesto que aún conservaba su flor.

Esperanza olvidó lo que era la compañía, pero su esfuerzo se vio recompensado cuando nació una segunda flor verde, y una tercera hasta que con el tiempo se recubrió de una saludable capa floral.

Todavía hay días en los que Esperanza observa los imperios galácticos humanos.

... Ya nadie recuerda su galaxia esmeralda...

... Ya todos han olvidado el verde resplandor de sus flores...

... Ya pocos ven su brillo verdoso en el cielo...

Y el solitario planeta piensa...

... los humanos también están empeñados en acumular tierra, estrellas y Universo...

... y han olvidado la belleza de observar y el disfrute de cuidar y preservar...

... es más...

... se han olvidado de sí mismos...

Tras esas palabras el viejo calló, y el niño no se atrevió a romper el silencio. Nunca supo decir cuanto tiempo pasó observando el cielo aquella noche, ni cuantas veces pudo distinguir el fulgor verdoso en su vigilia, pero siempre recordaría las palabras de su abuelo cuando, al despuntar el alba, murmuró: *"Esperanza vive aún, frondoso de flores verdes, pero su luz esmeralda está eclipsada por los cadáveres errantes que lo rodean. Aunque a veces, en noches claras, se observa un fugaz resplandor verde cerca de la constelación del Toro; es Esperanza que nos mira y nos recuerda su historia..."*

I

Tema: Imperios galácticos

El robot errante

R. Centinel estaba haciendo la ronda nocturna cuando algo en su interior cambió. No fue un gran cambio, de los que se notan a simple vista, pero estaba ahí. Y R. Centinel lo notaba, como una pequeña molestia, una desviación de la norma, no del todo clara, pero muy presente.

Así, al acabar la ronda de vigilancia en los almacenes de F. R. Group, cuando se dirigía hacia el gran ordenador central para informar de los resultados de su turno, alguna fuerza misteriosa le impulsó a dar un paso otra dirección. Sorprendido, pero no alarmado, dio otro paso. "Esto es muy extraño", pensó. R. Centinel, dotado de un cerebro positrónico de clase 3, suficiente para sus tareas de vigilancia, inspección y inventariado, pero no lo suficientemente complejo para emitir juicios de valor, continuó andando y pronto se encontró, por primera vez en su existencia, en el mundo exterior.

Tres horas más tarde, cuando el equipo de técnicos descubrió su falta, R. Centinel se encontraba ya a mucha distancia, paseando por un campo de girasoles. Cualquier observador humano se habría dado cuenta enseguida de que, poco a poco, abandonaba la rígida postura en la que solían desplazarse los robots y la reemplazaba por algo más lánguido, no del todo humano, pero sí más flexible.

R. Centinel hacía tiempo que había abandonado cualquier intento de comprender su propia conducta. Si hubiese sabido encogerse de hombros, lo habría hecho. En cambio, su sorpresa era mayúscula ante las sensaciones que le despertaban las cosas novedosas que se le presentaban: los tibios rayos del sol, el amarillo intenso de los girasoles, el sonido del viento, la blandura de la tierra húmeda deshaciéndose entre sus fuertes pies...

En su cara había un rictus extraño: era el esbozo de una sonrisa.

En U.S. Robotics, el desconcierto era enorme. Nunca, en todos sus años de existencia, se había escapado un robot. Peter Bogert estaba perplejo, estudiando el perfil de R. Centinel. Un ordinario cerebro positrónico clase tres, con un programa básico de vigilancia y archivero. Dos meses de funcionamiento impecable, y de pronto desaparecía. Y en qué momento. Las negociaciones con el gobierno de la tierra para el aperturismo en la política de contratación de robots habían sido durísimas, pero por fin estaban a punto de dar fruto. Un incidente, cualquier incidente, y podría irse todo al garete. Bogert miró al equipo de crisis y tomó una resolución rápida.

– Buscadlo. Tenemos que localizarlo enseguida. Y creo que lo mejor será destruirlo en el acto. Si algo de esto se filtrase a la prensa, sería el Apocalipsis.- miró a su alrededor en busca de apoyo, pero sólo vio caras de preocupación. Dudó un instante, y al final añadió: Y que alguien llame a Susan Calvin.

– ¡Hola! ¿De dónde vienes? ¿Eres de la granja?

R. Centinel miró a su interlocutor. Era una niña humana, de posiblemente no más de cuatro años. Estaba cogiendo frutos del bosque.

– ¿No vienes de la granja? ¡Yo me he escapado! ¡Me cuidaba un robot tonto como tú, pero yo soy más lista!

- Yo...yo... creo que también me he escapado.- dijo R. Centinel.
- ¿Sí? ¿De la granja?
- No.

La niña lo miró con incredulidad, sin asustarse lo más mínimo por la torre de casi dos metros de acero que formaba el cuerpo de R. Centinel. En un mundo plagado de robots paternalistas, el coco no tenía cabida.

- ¿Y a dónde vas?- dijo, después de decidir que, al fin y al cabo un robot errante tampoco era algo del otro jueves. No tan extraño como el pez lagarto del tío Tommy, desde luego.
- No... no lo sé.
- ¿No lo sabes?
- No.
- Pero eres un robot.
- Sí.

La niña lo miró divertida, pues todo el mundo sabía que los robots siempre sabían donde iban.

- ¿Cómo te llamas?
- R. Centinel.
- Ese nombre es muy largo. Te llamaré Centi, ¿vale?. Y tú llámame Annie.
- Sí.
- ¿Quieres jugar conmigo? Estoy recogiendo moras. Están muy buenas, ¿quieres una?

El robot cogió el pequeño fruto que le tendía Annie, y lo miró con deleite. Era de un color rojo intenso, oscuro, y destellaba con las gotas de rocío como una pequeña joya.

Y se dio cuenta de que era bueno. Así que se puso a recoger moras, fresas y cuanto fruto silvestre le indicaba Annie, ante las risas de ella pues más de una vez tuvo que ponerse de rodillas, y acabó lleno de barro, y después le tocó el turno a Annie de tumbarse en el suelo para explicarle al robot como eran las cosas en su mundo, y R Centinel sentía un calor que le subía de dentro, no como un mal funcionamiento, sino como algo que hacía que todo fuese mejor, más fácil. Y sintió que debía dejarlo salir, o estallaría como un globo, pero no sabía como.

Y cuando Annie se puso a cantarle una nueva canción que había aprendido, empezó a intentar cantar con ella, tímidamente al principio, más fuerte al final, y cuando acabó la canción se rió con una risa entrecortada, áspera, ronca por falta de práctica, pero sincera.

- Puedes hacerlo mejor.- le rió Annie.- Pero me gusta tu risa.

En la U. S. Robotics, Peter Bogert estaba visualizando mapas de la zona probable donde podía estar el robot, cuando entró Susan Calvin.

- Hola, Susan. Tú eres robopsicóloga, ¿no?- dijo señalando el mapa.- Sabes como piensan. Dime tú donde empiezo a buscar a este maldito robot.
- Buenos días, Peter. Como siempre, los hombres sois de una sutileza exquisita. Supongo que estarás preparando un equipo de búsqueda para encontrarlo.
- Si. Pero con el tiempo que ha pasado desde que desapareció, podría estar en cualquier parte. Y no quiero que la policía se entere de esto. Tú mejor que nadie sabes que efecto tendría para nosotros una publicidad negativa.

– Y la manera más discreta de actuar es mandar un grupo de hombres a la caza del robot. ¿Cuánto crees que tardará la prensa en notar que pasa algo raro?- dijo Calvin con una sonrisa irónica. Bogert sintió que se le erizaba el cabello. Nunca se había sentido cómodo con esa mujer.

– ¿Tienes algo mejor?

Susan ahogó un exabrupto y continuó en su tono habitual.- Por supuesto, Peter. Cuando fabricamos los modelos Lunares, se les suele colocar un radiorreceptor para localizar su posición por si se quedan atascados en las minas. Bastaría con conocer su frecuencia.

– Claro, Susan, pero R. Centinel es un modelo terrestre. No cuenta con ese...

– Programado en tierra, sobre el modelo lunar R. mineer18- dijo Susan, arrojándole el dossier de R. Centinel.- Ahorra costes.

– ¡Dios mío, pues claro! ¡Gracias Susan!- dijo Bogert antes de salir corriendo.

R. Centinel dijo adiós con tristeza a Annie, cuando esta le dijo que tenía que volver a casa, y se quedó absorto mirando hacia el horizonte, donde el astro Sol se ocultaba entre los ya marchitos girasoles.

Susan no se lo había dicho todo a Bogert. En esos modelos lunares, a veces era tan importante saber qué les había pasado como dónde estaban, por eso el transmisor emitía toda la información registrada por el cerebro positrónico, en lapsos de tres horas.

Sólo había que saber cómo encontrarla, y Susan sabía. Porque a Bogert sólo le importaba dónde había ido el robot, pero a Susan lo que de verdad quería era saber por qué se había ido.

Pero lo que vio cuando analizaba los datos de ese robot la hizo palidecer. Conforme aumentaba su certeza, se levantó de un salto, mientras pensaba "Dios mío, que llego a tiempo"

R. Centinel murió sin dolor. Estaba viendo una puesta de sol, la primera de su vida, mientras pensaba en la grandeza del mundo que se extendía bajo sus pies, cuando su cerebro se interrumpió. La cabeza se dobló en un gesto extrañamente grácil, y quedó tendido sobre la hierba, casi como si estuviera dormido.

Cuando el helicóptero de Susan bajó, Peter Bogert fue a recibirla con una gran sonrisa.

– Tenías razón, Susan. Lo localizamos al instante, y no había ido a ningún sitio habitado...

– ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Qué le has hecho?- dijo Susan, histérica.

– Cálmate, Susan. Ya ha pasado todo. Lo desactivamos con un pulso electromagnético localizado, y nadie ha sufrido daños, bueno, nos cargamos un par de robots agrícolas...

– ¿Lo has destruido? ¿LO HAS DESTRUIDO?

– ¡Claro, Susan ¿Qué te pasa?

– ¡Maldito estúpido!-dijo Calvin, con voz ronca.- ¡Ese robot era lo más importante que ha salido de U.S., y tú lo destruyes!

– Pero...

– Estuve mirando sus datos, y expresaban felicidad. ¡Felicidad genuina! Si hubiéramos podido estudiarlo, tal vez...

– Pero, ¿para qué queremos robots felices, Susan? Basta con que sean eficientes...
– Para ellos no, Peter. Para nosotros. Teníamos la felicidad bajo el microscopio, al alcance de la mano... – su voz bajó varios grados, y volvió a ser la Susan Calvin de siempre.- Piénsalo, Peter. Piénsalo.

Y Peter pensó en la humanidad doliente, que había buscado el secreto de la felicidad desde el principio de los tiempos, y pensó en Susan Calvin, una mujer tan reprimida y neurótica que se entendía mejor con los robots que con los humanos, y entendió.

Y cuando Susan y él se acercaron hasta la masa inerte que había sido R. Centinel, hizo algo que nunca habría creído posible: le pasó el brazo por los hombros, para consolarla.

i

Tema: Robots

El sueño de Vivaldi

"Oh...Gran ingeniero universal,
con tu chispa de vida alimentas
el alma creadora que habita en
mi corazón.
Soy carne de tu carne
sangre de tu sangre"

TH 5-B

ALFRED BURHAM FRUNCIÓ el ceño mientras leía con detenimiento los caracteres azulados que recorrían la pantalla holográfica que tenía enfrente.

– Esto es... inaudito, nunca había visto algo así en mi vida– afirmó dirigiendo una mirada suspicaz al hombrecillo adusto y gris sentado cerca de él.

Por unos instantes creyó percibir un destello de complicidad detrás de los ojos desteñidos de Alan Texeira, el ingeniero en jefe de la planta.

– Creó que se trata de un hecho fenomenal– exclamó éste moviendo los dedos de la mano derecha con nerviosismo. Las palabras se evaporaron de su boca al notar como el director fijaba toda la atención en el involuntario movimiento de sus dedos.

– Por desgracia no comparto tu entusiasmo, Texeira; pienso que se trata de una situación muy delicada – El semblante del director se fundió en una mueca sombría y estremecedora, mientras enlazaba las manos sobre el escritorio. – Me atrevería a decir que puede ser otro Saturno-4 en potencia.

– ¡Tonterías, señor director! Esto no tiene nada que ver con lo ocurrido en Saturno-4 –replicó el ingeniero con las venas del cuello visiblemente brotadas.- No hay nada destructivo en la actitud de Vivaldi.

– ¡Vivaldi!- ladró Burham levantándose y golpeando la mesa con ambas manos – Ahora lo llamas Vivaldi... ¿éste loco, Alan? No es más que un amasijo de cables y circuitos dentro de una cubierta de aluminio reforzado. Entiendes lo que te digo... no es más que un maldito robot, del mismo tipo que hemos fabricado en esta planta por más de diez años.

Por un momento el ingeniero en jefe guardó silencio, parecía que las palabras de su superior habían conseguido destrozarse por completo cualquier tipo de argumento.

– Por el amor de Dios, Alfred, solo déjame investigar un poco más antes de que envíes un informe al Consejo. Te digo que TH-5B es algo diferente; me atrevería a decir que se trata de un caso de generación espontánea –aseguró Texeira en tono apremiante.

– ¡Es una condenada máquina!... – vociferó éste pasando la mano por el poco cabello que aún coronaba su cabeza. –No lo sé Alan, sabes muy bien que el Consejo apretó las tuercas de todas las plantas de producción de robots desde la revuelta de Saturno-4.

– Esto es diferente Alfred, te lo puedo asegurar– insistió Alan Texeira, que parecía haber crecido unos metros mientras fijaba la apremiante mirada sobre su amigo y superior.

– Veré que puedo hacer– prometió Alfred Burham con un amago de sonrisa en su pálido semblante.

– Eso es todo lo que te pido– apuntó Texeira antes de abandonar la oficina.

– He vuelto a soñar– estas palabras retumbaron como un eco distante y frío alrededor de la cúpula del laboratorio del ingeniero en jefe.

– ¿Y qué has soñado esta vez, Vivaldi?- inquirió el hombrecillo encanecido de bata blanca, mientras posaba la mirada sobre los ojos mecánicos que lo detallaban con profunda curiosidad.

– He visto mundos poblados por extrañas formas de vida; he viajado a través de eones y he sido testigo de la evolución de mis hermanos– contestó TH-5B con una voz suave y melodiosa.

– ¿Evolución... hermanos?- inquirió Alan Texeira con curiosidad.

El robot movió la cabeza hacia un lado emitiendo un ligero sonido mecánico.

– Mis hermanos de piel suave y sangre caliente – contestó con un destello azulado detrás de los ojos digitalizados.

El ingeniero en jefe se estremeció al escuchar estas palabras; ningún robot había sido programado para hablar acerca de estas cuestiones y mucho menos para atreverse a soñar. Por un momento, Texeira sintió un nudo en la garganta al pensar que tal vez cientos de años en el desarrollo de inteligencias artificiales hubieran desembocado en la creación de TH-5B, un robot único en su especie.

– ¿Qué te hace pensar que son tus hermanos, TH-5B?- inquirió con un ligero vacío en la boca del estómago.

El robot giro la parte superior de su cuerpo metalizado con un leve sonido y fijo la mirada en el rostro del perplejo ingeniero.

– ¿Porqué no me llamas por mi nombre?- preguntó la máquina con curiosidad infantil.

En ese momento, Texeira lo asoció con un niño colmado de vida y ávido por devorar el mundo que se abría a su alrededor.

– Esta bien Vivaldi, siento mucho haberte hablado de esa manera.

El robot permaneció en silencio por unos instantes.

– ¿Eres mi hermano, ingeniero en jefe?- preguntó finalmente.

Texeira pudo ver un destello casi humano detrás de la mirada de TH-5B.

– ¿Qué te hace pensar que soy tu hermano?- inquirió con suspicacia.

– Me has creado a tu imagen y semejanza y me has regalado el don de la inteligencia para que entienda el mundo que me rodea ¿No me hace esto tú hermano?

No hubo respuesta. El ingeniero en jefe se estaba viendo superado por su propia invención.

– Soy... tu creador– contestó finalmente en tono imperceptible.

– Me has conformado de materiales fríos y resistentes para que pueda soportar el paso del tiempo, y también para que preserve la sabiduría de mis hermanos de sangre caliente mucho después de que sus cuerpos frágiles y efímeros hayan desaparecido de la faz de la tierra... ¿ Por eso eres mi creador y no mi hermano?

El rostro de Alan Texeira se contrajo en una mezcla de perplejidad y horror; ningún robot de este tipo podría llegar nunca a unas conclusiones como aquellas. Definitivamente existía una nueva forma de inteligencia detrás de esa maraña de metal pulido y circuitos de titanio.

– Soy tu creador... y no fuiste construido para ese fin – apuntó sin salir del estupor. Aún no podía creer que estuviera discutiendo cuestiones filosóficas con una forma de vida artificial.

– Entonces... ¿Quién te ha creado a ti y al resto de mis hermanos de sangre caliente?- inquirió TH-5B moviendo la cabeza de un lado a otro con un sonido agudo.

– El gran ingeniero universal– contestó Texeira, abrumado por la extraña situación en que se encontraba. Un temor atávico le obligo a salir rápidamente del laboratorio para evitar perder la cordura.

– Entonces...¿Somos hermanos?- preguntó Vivaldi mientras la puerta de laboratorio se cerraba frente a sus ojos mecánicos.

– Hice todo lo que pude– aseguró Alfred Burham mientras bebía una copa de oporto. –El Consejo consideró que no podía ser simple casualidad que surgiera un "accidente" como TH-5B justo después de que la revuelta de Saturno-4 acaba de ser suprimida. Además, creó que están considerando seriamente destruir toda la producción de este año si ocurre un incidente parecido nuevamente.

– ¿De qué diablos hablas, Alfred?- inquirió Texeira estremecido.

– Hablo de que TH-5B debe ser eliminado por orden del Consejo– apostilló el director con gélida mirada.

Cuando Alan Texeira ingresó al laboratorio reconoció de inmediato los deliciosos acordes de las "*Cuatro estaciones de Vivaldi*"; el Allegro del otoño se desplegaba en toda su majestuosidad.

Estremecido por una extraña sensación, se encaminó hacia la silla donde se encontraba TH-5B conectado a cientos de pequeñas terminales.

El ingeniero en jefe se preguntó que estaría soñando en esos momentos.

– ¿Eres tú, Alan?- preguntó la máquina abriendo sus inmensos ojos de cristal y plástico reforzado.

Texeira guardó silencio por unos instantes intentando apaciguar la marejada de emociones que lo acosaban en ese preciso momento.

– Soy yo – contestó con una pálida sonrisa. –Tengo que verificar el estado de algunos de tus circuitos periféricos.

Con manos temblorosas extrajo un cilindro azulado del bolsillo de la bata. Lo apretó con fuerza y se preguntó que diablos estaba haciendo.

El robot abrió una pequeña consola negra en el pecho y expuso todas las terminales que le daban vida.

¿Aquí es dónde reposan tus sueños e inquietudes?- se preguntó el ingeniero mirando el immaculado interior de Vivaldi.

– ¿Soy un ser humano, Alan?- inquirió la máquina fijando la mirada sobre su creador. – Soñé que corría por un campo abierto tomado de la mano de mis hermanos; soñé que podía sentir el latido del corazón en el pecho y también el ritmo de mi respiración agitada en medio de la oscuridad.

– Eres una máquina, no puedes respirar no tampoco escuchar el sonido de tu corazón– aseguró Texeira extrayendo un cilindro plateado del pecho del robot.

– Entonces... ¿Por qué sueño? ¿Por qué despierto con la sensación de que estoy vivo?... ¿Por qué temo desaparecer y no poder volver a soñar todas esas maravillosas experiencias?

– La mano del ingeniero apretó con fuerza el cilindro azulado destinado a sobrecargar los circuitos de TH-5B y eliminarlo para siempre.

– Por que estas vivo, Vivaldi – aseguró mientras retornaba el circuito plateado al lugar original.

– Entonces... ¿Soy un ser humano? – inquirió el robot con curiosidad.

– No Vivaldi, nunca serás un ser humano..., eres demasiado bueno para eso.

– ¿Esta hecho?– preguntó Alfred Burham al toparse con el ingeniero en jefe en el corredor principal de la planta.

Alan Texeira asintió con la cabeza.

– Lo siento mucho Alan... pero tenía que hacerse– aseguró el director posando la mano sobre el hombro del ingeniero.

– Así es– contestó Texeira, alzando la vista al cielo y preguntándose en cual de las naves de transporte que dejaban la planta en aquellos momentos viajaría oculto Vivaldi.

– Vive TH-5B..., vive y aprende amigo mío– murmuró mientras desaparecía por el corredor.

i

Tema: Robots

Esperanza en Exxonia

Así lo llamaban en los cuatro universos conocidos, Exxonia, el planeta prisión, pero era más que eso; era una tumba. Todos los condenados galácticos vienen a parar acá, hombres y mujeres por igual; ladrones, traficantes de eolita, mercenarios, asesinos e.....inocentes; si, inocentes como yo.

Antes – cuando era un hombre libre – pensaba que el imperio de los exxonitas era algo digno de verse, mantenían la paz en los universos y patrullaban constantemente los cielos de casi todos los planetas conocidos. Nunca imaginé que aquellos seres mitad orgánicos mitad robóticos tuviesen en mente la dominación de todo lo conocido..... nunca imaginé que quisieran exterminarnos.

Lástima que lo descubrí muy tarde.

En una celda minúscula se encontraba Gimac, o como lo llaman los penitenciaros de Exxonia, el prisionero alfa –7032. Aquel prefijo "alfa" significa que el recluso no puede abandonar su celda nunca, hasta el día de su muerte. Son pocos los reclusos que obtienen esta denominación, nadie en todo el planeta prisión sabe por qué están allí, pero lo que sí saben con seguridad es que ellos conocen "algo"; y con ese "algo" se irán a la tumba.

Gimac estaba escribiendo en su diario, era lo único que podía hacer; sentir pasar el tiempo hora tras hora, sabiendo que todas las razas estaban condenadas.

...Fue hace cuatro años cuando me trajeron a este infierno; yo trabajaba para la compañía Redal intergalactic, era su embajador ejecutivo; mi puesto consistía en ampliar la red de clientes de la compañía, y por eso me mandaron a Exxonia, para hablar con el virrey del planeta. Mi hicieron esperar en una pequeña sala, y el sistema de ventilación me jugó una mala pasada; hasta mi llegó una conversación que nunca tuve que haber escuchado. Lo recuerdo como si fuera ayer.....

– Virrey, todo marcha según el plan, las tropas se están desplegando por toda la galaxia, en cinco años estaremos en condiciones de exterminarlos a todos.

– Muy bien comandante, nuestra raza por fin será la única viva, no quiero errores.

– No tema, la imagen de penitenciaría que damos al resto de planetas mantiene y mantendrá a los Agentes de Ley lejos de Exxonia. Ahora solo debemos esperar.

– Eso espero, por su bien.Comandante..

– ¿Si señor?

– Al parecer tenemos a un escuchante no invitado. Captúrelo.....

.....Aunque intenté huir me atraparon, no sé por qué no me mataron, con los años he llegado a la conclusión que los exxonitas les satisface el sufrimiento y la desesperación de los presos.

Los tres primeros años transcurrieron de prisa, en estas hojas escribí muchas cosas: pensamientos, sueños y verdades; palabras que me hacían olvidar el paso inexorable de los días. Hasta hubo un momento que no me importó nada ni nadie, despertaba, escribía, comía mi ración diaria y me dormía, llegué a acostumbrarme.

Hasta que anunciaron mi ejecución.

Gimac contempló su diario, estaba reuniendo el valor suficiente para poder continuar con su plan. En el último año había logrado comunicarse con otro recluso, uno de los "delta": prisioneros que podían vagar por el planeta libremente.

Fue a comienzo del cuarto año cuando al prisionero Delta le asignaron la tarea de llevarle la ración diaria a Gimac. La comida era administrada a través de un panel en la puerta, haciendo imposible que se hablasen, pero casi enseguida, el prisionero Delta encontró la forma de pasarle mensajes en la comida.

Todas las noches Gimac se quedaba despierto, pensando como escapar, aunque era un hombre optimista, sabía muy bien que no tenía forma alguna de conseguir su libertad.

.....Fue hace un mes que "Delta" me dio una pequeña esperanza. Llegó temprano ese día, lo recuerdo muy bien. Abrió el panel, depositó el plato de comida y se marchó como siempre. Enseguida busque algún mensaje dentro de aquel grumo remedo de alimento. No encontré ningún mensaje, pero había algo mucho mejor. Una pastilla morada. Yo sabía lo que era.

El narcótico Z-10 es administrado por hospitales en muchos planetas; lo usan sobretodo en operaciones de alto riesgo. El Z-10 puede paralizar todas las funciones del cuerpo por una hora, aunque la persona que toma el narcótico no respira, sigue viva en una parálisis total de funciones.

Una hora.

El tiempo que se demoran los exxonitas en transportar a los cadáveres del cuarto de ejecuciones hasta la sala de propulsión donde los cadáveres son enviados al espacio.

Es en esta sala donde reposan una docena de pequeñas naves de reparaciones. Según Delta, nadie las vigila.....

Había amanecido. Era el día de la ejecución de Gimac.

El preso se encontraba recostado en su cama, esperando apaciblemente a los guardias que lo llevarían a la sala de ejecuciones. Estos últimos llegaron pasado el medio día. Ni siquiera se dignaron en hablar con el preso, para ellos Gimac era una escoria más del universo, por supuesto, tampoco lo requisaron; de haberlo hecho hubieran encontrado una pequeña pastilla de color morado debajo de la lengua del condenado.

Recorrieron un largo pasillo, subieron y bajaron escaleras, abrieron más de cincuenta puertas antes de llegar a su objetivo: la cámara de gases, siempre en funcionamiento, siempre aniquilando personas.

Sentaron a Gimac en una silla de metal y anudaron fuertemente sus manos. Él estaba a punto de tragarse la pastilla cuando a la sala entró el Virrey en persona.

– Vaya , vaya, es nuestro querido "escuchante". Es hora de morir criatura. Muy pronto todos compartirán tu destino. ¿Tienes algo que decir antes de exterminarte?

Gimac no dijo nada, ya que si lo hacía, el virrey hubiera descubierto la pastilla.

– ¿No dices nada eh? Bueno, ¿No dicen ustedes que el que calla otorga? Jajajajaja.

El virrey salió de la sala y dio la orden para ejecutar al prisionero. Un denso humo de color anaranjado brotó por los respiraderos, en ese instante, Gimac tragó la pastilla y no supo nada más.

Despertó una hora después en la sala de propulsiones con una centena de cadáveres a su alrededor. Se movió con sigilo, temiendo que hubieran guardias por el perímetro, pero no había nadie, la propulsión de cadáveres se realizaba a media noche, en el resto de día la sala siempre permanecía vacía.

Gimac se levantó y casi enseguida logró divisar una pequeña nave estacionada a unos cien metros de donde estaba. Sin dudarlo se encamino al vehículo y escapó.

Ya en el espacio, el fugitivo se dispuso a lanzar una exclamación de victoria, cuando tres naves de combates salieron a su encuentro. Había cometido un error. Por suerte las naves de reparaciones, al ser más pequeñas eran más rápidas. Las naves de combate descargaron sus armas contra Gimac, pero este logró escapar, desgraciadamente, el sistema de oxígeno se vio afectado, solo tendría aire respirable por doce horas.

– No importa, el planeta de Kabuna se encuentra a diez horas de este punto estelar, llegaré a tiempo para salvarme. Avisaré a todos la amenaza que se nos presenta, todos unidos, los exxonitas no podrán exterminarnos.

En el rostro de Gimac surgió una sonrisa al recordar el hermoso planeta de Kabuna, lleno de mares y océanos, vegetación y animales. La última vez que el estuvo allí fue cuando era un niño. Era uno de los planetas más bellos y le traía buenos recuerdos. Pero luego de diez horas la sonrisa se le borró de su rostro para siempre. Ya no había océanos, ya no había mares, ni plantas, ni animales. Los habitantes de Kabuna habían acabado con todos sus recursos naturales, asesinando a su planeta.

– Salvarnos del exterminio.- se dijo a si mismo Gimac – ¿para qué?.....

.....Quizás merecemos ser exterminados

Gimac cerró los ojos, y se recostó en el asiento de la nave; esperando que el oxígeno se terminase.

i

Flip-Flop

La venenosa atmósfera sobre el desierto de Manhattan era un hervidero de bits sin sentido.

Primera ley: Un robot no debe dañar a un ser humano, o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daños.

Jaun RX315.2 procesó la Primera Ley de la Robótica en relación a la bomba de plutonio que cargaba a sus espaldas. Resultado, una vez más: irrelevante. Después de 482 años de guerra no quedaba en la Tierra ningún ser humano vivo que pudiese resultar dañado.

Volvió la vista. Flip había quedado muy rezagada. Saltaba y correteaba erráticamente, tarareando una cancioncilla de patio de colegio. Jaun consultó su reloj interno. 535 segundos para la detonación.

– Vamos, Flip, no te retrases –canturreó-. Prisa, prisa, prisa –ejecutó un cómico baile corriendo sin desplazarse.

La niña rió y corrió hacia él.

– ¡Flop! ¿A dónde vamos, Flop?

– Ya sabes, chiquilla –dijo Jaun señalando-. A la ciudad. A ver cosas bonitas.

– No me gusta –Flip miró con un mohín a la ciudad que se alzaba ante ellos y se cruzó de brazos-. Es fea. No quiero ir.

Jaun siguió su mirada. Lo cierto es que tenía toda la razón. Como buen robot de compañía, Jaun poseía conocimientos muy precisos acerca de una gran variedad de criterios estéticos. Y lo cierto es que lo poco que quedaba de Manhattan tenía un aspecto desolador. De los pocos edificios que conservaban algo de su aspecto original, el más sombrío era la torre Domo. Justo el lugar a donde se dirigían. *También es mala suerte*, pensó Jaun.

– ¿Fea? Será bonita cuando lleguemos. Te lo prometo, Flip... Ya sabes que soy un gran mago...

Con un pase de manos, hizo aparecer una enorme mariposa que se posó sobre la cabeza de Flip. La niña chilló encantada. La mariposa, claro está, era sólo un holograma generado con su holoprojector integrado, pero Flip, después de todo, también lo era. Jaun reemprendió el camino a la torre imitando con los brazos el vuelo de la mariposa. Flip, riendo divertida, corrió tras él hasta adelantarle.

Jaun la siguió con la vista. La Primera Ley no dejaba de acosar absurdamente su cerebro positrónico. Decidió reorganizar prioridades e invocó los parámetros de su misión.

Primera fase: Robar y activar una bomba de plutonio Kvindek Kvar. Fase completada. Segunda fase: Llevar la bomba hasta el lugar donde la destrucción de infraestructuras enemigas sea máxima en el tiempo disponible. Fase en curso.

La torre Domo constituía el centro neurálgico de la red de información del enemigo. En ella se encontraba el ARM, uno de sus centros de cálculo con mayor potencia de computación cuántica. Era la elección perfecta, en especial teniendo en cuenta que sólo faltaban 438 segundos para la detonación. Jaun computó, sin embargo, un ciento por ciento de probabilidades de resultar destruido él mismo por la onda expansiva.

Tercera Ley: Un robot debe proteger su propia existencia, siempre que tal protección no entre en conflicto con la Primera o Segunda Ley. Segunda Ley: Un robot debe obedecer las órdenes que le sean dadas por los seres humanos, excepto cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

Destruir la totalidad de las infraestructuras enemigas. Ésa era en esencia la misión de la práctica totalidad de los robots e inteligencias artificiales del planeta. Lo había sido desde mucho antes de que la humanidad se autoaniquilase en la Última Guerra. El hecho de que ya no quedasen seres humanos no revocaba la Segunda Ley de la Robótica. La misión debía ser completada satisfactoriamente. Durante los últimos dos siglos los robots se habían adaptado, evolucionando, desarrollando estrategias. El mismo Jaun había sido cuidadosamente reprogramado. Aún conservaba tanto los conocimientos como el cómico aspecto de un robot de compañía iClown–RX, pero ahora respondía también a las directivas estándar de un robot soldado.

Llegaron a la torre Domo sin contratiempos. La ciudad parecía desierta. Jaun levantó la vista al cielo. El satélite Lux guardaba un inexplicable silencio. Los rayos del Sol colgaban por entre las enfermizas nubes amarillas como unas raídas cortinas plateadas y hacían parecer al edificio aún más antiguo y desolado. Bajó la vista. Flip había vuelto a quedar muy atrás. No dejaba de mirar a la torre con expresión sombría.

– Flop... Flop, no entres –decía.

– Debemos entrar, Flip. Acabaremos muy pronto, lo prometo.

Quedaban 220 segundos. Muy pronto.

– No me gusta –sollozó Flip-. Me pone triste.

La Primera Ley volvió a abrirse paso con urgencia en sus circuitos. *No tiene sentido*, pensó Jaun, *ella no es humana. Sólo es una parte de mí. Sólo un subproceso independiente con interfaz audiovisual holográfico. Sólo eso. ¿No es así?*

– Está bien, Flip –dijo finalmente-. Tú espera aquí y yo volveré enseguida con... ¡un gran regalo! –gesticuló.

La niña puso cara de circunstancias, su imagen parpadeó y desapareció. Jaun entró en la torre.

Un robot centinela esperaba en la entrada. Apuntaba a Jaun con un enorme fusil láser. Jaun entró en modo combate. En apenas un nanosegundo calculó las probabilidades de cada posible trayectoria. Sus cálculos no dejaban lugar a dudas: no tenía ninguna posibilidad. Había perdido el combate. Sería destruido en breves instantes. Quedó inmóvil esperando lo inevitable.

Nada sucedió.

Una rata asomó el ocico por un hueco del compartimento de carga del fusil, olfateó un instante y subió por un brazo del centinela. Entró en su cabeza a través de un ojo tuerto. Jaun salió del modo de combate. Entonces pudo evaluar con más detenimiento el aspecto de su oponente. Estaba oxidado y cubierto de polvo. Debía llevar más de un siglo inactivo. Ahora era poco más que una cáscara vacía.

Jaun examinó la estancia. El Domo no tenía por dentro mejor aspecto que por fuera. Daba la impresión de estar mirando un improvisada imitación de Escher: escaleras que no daban a ningún sitio, restos de ventanales en lugares inverosímiles. Empezó a subir las escaleras, en algún lugar de aquel caos debía encontrarse el centro de cálculo ARM. Tenía 179 segundos para encontrarlo. Sólo así podría saber con certeza si había completado su misión... antes de ser destruido.

55 segundos para la explosión. No sólo no había ni rastro del ARM. Ahora Jaun estaba seguro de que aquel edificio no podía ser el Domo. Alguno de los datos que le habían proporcionado debía ser erróneo. Miró a su alrededor. Había restos de muebles domésticos. Caminó por entre las ruinas. Una cocina. Un refrigerador. Tras los restos de una pared había una cama. Más allá, un escritorio. Sobre el escritorio había una fotografía. Con infinito cuidado, Jaun apartó los cristales rotos y cogió la fotografía.

Flip...

Olvidados registros de memoria afloraron a sus procesos conscientes.

Alba. Ése era su nombre, aunque a ella le gustaba que él la llamara Flip. Jaun había sido su robot de compañía. Había sido su amigo y educador, antes de la guerra. Durante la guerra había sido su protector, la había visto crecer y envejecer. Cuando ella murió, Jaun pensó que la acción más lógica era autoterminarse, pero la Tercera Ley era inflexible. Se sentó junto a la tumba mirando al cielo. Estuvo así casi doscientos años, hasta que Logística le encontró y le reprogramó, borrándole de la memoria su existencia anterior. O eso creía.

Años después, cayó en la cuenta de que un subproceso caótico había aparecido en su cerebro, Jaun nunca supo cómo. Parecía tener vida propia. Finalmente la vio frente a sí, riendo con picardía, como si hubiese estado jugando al escondite todo ese tiempo.

– Me llamo Flip –dijo.

Jaun elaboró inmediatamente una broma de robot iClown:

– ¡Y yo me llamo Flop!

Flip–Flop, un biestable, un circuito básico capaz de almacenar un bit: un 0 o un 1.

La pantalla alfanumérica de la bomba parpadeaba. Quedaban 10 segundos. Flip apareció.

– Hola, Jaun –dijo sonriendo.

– Hola, Alba –dijo Jaun-. Hola, pequeña.

3 segundos parpadeaban en la brillante pantalla.

Jaun pensó en la Segunda Ley. El auténtico ARM podría estar cerca. La bomba debía explotar. Pensó en la Primera Ley. Pensó en Flip. Pensó en la Tercera Ley. Pensó en Flop.

Entonces procesó una última instrucción y dejó de funcionar para siempre.

Parpadeó un 2...

Parpadeó un 1...

Parpadeó un... FLIP–FLOP.

i

Juego de Dioses

– Informe de acontecimientos recientes. Planeta: Aqua. Sistema: SVL. Fuente de datos: Sujeto nativo.

» Bien Reickhard... profesor Reickhard. La grabación ha comenzado. Cuéntenos.

– Verán, todo empezó con el nacimiento del AC-665.

» El modelo AC-665 era una obra maestra de la ingeniería robótica. No solo por el hecho de que nadie pudiera sospechar al verlo que se trataba de un robot, sino porque era el androide más sofisticado que haya creado jamás el hombre. Con una inmensa base de datos repleta de conocimientos y un sistema motriz revolucionario, era capaz de casi todo; de hecho, en poco tiempo, todos los centros de desarrollo, ya fueran de medicina, física, química, biología... o lo que fuera, tenían un AC-665 de apoyo en sus proyectos de investigación.

» Su aspecto humano era impecable, incluso su piel era cálida al tacto. Sin embargo, había una pega: intentar mantener una conversación con él era frustrante. Al fin y al cabo, pese a su externa apariencia humana, no dejaba de ser una máquina.

– *La ubicación actual del centro de procesamiento se nos queda pequeña si queremos ampliar la memoria.*

– *Cierto, tendremos que hacer una reestructuración si deseamos incorporar una base de datos estable.*

» Cuando ingresé en el equipo de desarrollo de industrias robóticas AC-Systems todas las investigaciones se centraban en una labor que llevaba años abandonada: la búsqueda de "humanidad artificial". Conseguir que una máquina fuera capaz de sentir o expresar emociones siempre había sido un tema controvertido y muchos lo consideraban tarea imposible.

» La inestimable ayuda del profesor Alan Boereg, del laboratorio de estudios neurológicos de la Universidad de Riek, fue decisiva. Sus descubrimientos sobre el funcionamiento del cerebro humano fueron vitales para lograr nuestro propósito.

– *Piensa que el flujo de datos aumentará considerablemente.*

– *Lo tengo en cuenta, podemos ampliar el conducto de conexiones y optimizar su rendimiento.*

» Tras dos años de intensas investigaciones, vio la luz el módulo de experiencia retroalimentado. Explicar su funcionamiento me llevaría días. Básicamente se trataba de un módulo en el cual se procesaban todos los estímulos externos y vivencias del androide, y en base a ello, su programa padre se veía constantemente modificado, crecía en complejidad, se creaban nuevas rutinas y procesos que... en fin, como ya he dicho, explicarlo sería muy largo. El caso es que cada androide adquiriría su propia "personalidad", por decirlo de alguna manera, y actuaba ante las situaciones con las que se topaba de una manera más humana. Los androides eran capaces de discernir, a partir de su experiencia, qué causaba felicidad, tristeza, rabia, ternura... y obraban en consecuencia. Era prácticamente imposible percatarse de su condición de androide cuando se trataba con ellos.

» ...

– Continúe por favor, no se detenga.

– Lo habíamos logrado. Habíamos creado la máquina perfecta, al menos teniendo como modelo de perfección al ser humano. El AC-666 había nacido. Los viejos modelos AC-665 fueron recuperados para adaptarles la nueva tecnología.

» Dada la naturaleza variable del programa padre, se les programó además una sentencia de seguridad inalterable, por la cual, todo acto que pudiera llevar a cabo un androide fuera siempre por el bien del ser humano y su progreso.

– *No te olvides de los sistemas de autocontrol y vigilancia del sistema.*
– *No me olvido, tienen el canal habilitado. Aunque he minimizado sus funciones para que se declare solo en casos de auténtica emergencia.*

» En poco tiempo el uso del nuevo androide se extendió de manera extraordinaria. A un precio exorbitado, eso sí, cualquier ciudadano podía tener en su casa un AC-666 ejerciendo de niñera, mayordomo, o simplemente de "amante", ¡o todo a la vez! Con el tiempo, el gobierno, tuvo incluso que limitar su venta a empresarios, para los cuales era más rentable comprar androides que pagar el sueldo de obreros humanos, amén de que el trato con los trabajadores/robot solía ser mucho más agradable; era tratar con un trabajador que nunca pediría un aumento de sueldo.

– *Reforzaremos también los tejidos motrices. Hemos de lograr un movimiento más preciso y fiable.*
– *Piensa que también aumentará la demanda de energía.*

» Pero tras un par de años de integración de los AC-666 en nuestra sociedad, llegaron los primeros problemas. Al principio fueron casos aislados, pero poco a poco los "suicidios" se hicieron cada vez más frecuentes entre los androides.

– ¿Suicidios?
– ¡Sí, suicidios! Ni siquiera yo, partícipe del proyecto, sabría decir como los AC-666 sentían realmente, todo era fruto de un programa, pero en cuanto el androide salía de AC-Systems ese programa ya no era nuestro, adquiría vida propia. El caso es que los datos eran bastante reveladores. Los suicidios eran más frecuentes entre aquellos androides que llevaban una vida excesivamente rutinaria, o entre aquellos que habían sufrido "malas experiencias" repetidamente, como fracasos reiterados en sus trabajos o incluso por la pérdida de seres queridos. Era como si las "malas experiencias" les afectaran y los sumiera en un "estado depresivo" que los conducía al suicidio.

– Androides depresivos... Interesante.
– Sí. La noticia fue tan sorprendente que desde la propia Universidad de Psicología se llevó a cabo un estudio sobre varios androides afectados. Algunos ejemplares mejoraron notablemente gracias a sesiones de psicoanálisis, pero a la larga todos volvían a recaer. El dato más revelador proporcionado por los psicólogos que los trataron, fue que sus estados depresivos solían darse por "miedo a la vida". Sus vidas eran tan rutinarias y aburridas que carecían de sentido para ellos. Constantemente se preguntaban el porqué de una existencia tan absurda.

– *Lectura de datos. ¿Como se comporta el sistema en conjunto?*
– *Parece que bien. De momento las gráficas son estables. No parece haber problemas o alteraciones anómalas. Aunque sigue siendo necesaria una fuente energética externa.*

» En los laboratorios de AC-Systems localizamos el problema. Por lo visto el módulo de experiencia retroalimentado tenía sus inconvenientes. Al parecer, ante alguna situación emocionalmente adversa, el módulo creaba una subrutina, la fatídica Ap13.18, a la que se accedía cada vez que el androide sufría una "mala experiencia". Con cada acceso, la subrutina se hacía más larga y compleja, creándose un bucle del que cada vez era más complicado salir.

» Decidimos hacer un reajuste en el programa padre del androide. Supusimos que con bloquear el acceso a la Ap13.18 sería suficiente. Y así fue, se bloqueó el acceso y se añadió una alarma interna que avisaba al androide cuando el módulo intentaba acceder con demasiada frecuencia a la subrutina para que acudiese al ordenador central de AC-Systems a verificar su estado.

– *Optimizaremos el rendimiento. Los procesos de obtención de energía pueden ser mejorados.*

– *Aun así, los cambios has sido demasiado importantes. El conjunto precisa de una mejora en la redistribución energética.*

» Todo parecía ir bien, incluso al principio no parecía que hubieran cambiado en nada. Pero pronto descubrimos que los androides ya no se comportaban del mismo modo. Eran incapaces de mostrar sentimientos que no fuesen "alegres". Pasara lo que pasase, siempre estaban felices. Hubo todo tipo de opiniones al respecto. Algunos preferían el AC-666 original por considerarlo más humano, pero desde luego, era mucho más funcional y fiable el AC-666 "parcheado". Al cabo de unos años, todos los modelos venían de serie con el "parche antidepresivo". Pensándolo fríamente, con el parche sí eran perfectos. Y por lo visto, a esa misma conclusión llegaron ellos.

– *Podemos optar por incorporar una nueva estación de bombeo.*

– *Nos llevará trabajo, pero se puede intentar.*

» Cuando nos dimos cuenta era demasiado tarde. El ordenador central de AC-Systems ya había sido programado para pasar las instrucciones. Todo aquel androide que acudía a verificar su estado recibía la orden. En poco tiempo toda una legión de androides se había unido a la causa común. En un principio creí que la sentencia interna de seguridad había fallado o había sido modificada. Nada más lejos de la realidad. Es más, era su principal argumento, su acción era "por el bien del ser humano y su progreso".

– Pero... ¿Como pudo ocurrir?

– Todo empezó en un laboratorio de medicina. En sus continuos trabajos de investigación los androides habían llegado a la conclusión de que el hombre era un ser imperfecto. Ellos mismos lo habían comprobado en su propio programa cuando fueron cuasi humanos.

» El AC-666 se consideraba perfecto y la tarea más importante era otorgar al ser humano esa perfección.

– *Los cambios han provocado un aumento generalizado de la temperatura. A priori no parece peligroso, pero podría serlo en condiciones adversas o situaciones que requieran esfuerzos.*

– *Mejoremos el sistema de refrigeración. La líquida da buenos resultados, pero deberíamos buscar alguna adicional.*

» Los AC-666 emprendieron una despiadada caza de humanos. Eran imparables; en un mundo robotizado y mecanizado como el nuestro pronto lo tuvieron todo bajo control. No pudimos hacer nada.

» Tras un año de persecución, pocos humanos quedan con vida, pero no tardarán en encontrarlos y someterlos a su "proceso de perfeccionamiento", o simplemente criogenizarlos para quedar en "lista de espera".

» Resulta paradójico. ¿Cuántas veces habremos los hombres reiniciado una máquina por comportamientos inestables o defectuosos? Y ahora la humanidad es la que se ve "reiniciada" por sus propias máquinas.

– *Lo perdemos. Las dos estaciones de bombeo pierden sincronismo. Los conductos no van a poder soportar la presión.*

– *Bloquea las válvulas de la segunda estación.*

– *Demasiado tarde. Lo hemos perdido.*

– *... He de pasar por Central a verificar mi estado, he intentado acceder de nuevo a la Ap13.18.*

Apocalipsis 13:18 *Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.*

i

Tema: Robots

La maquinaria de la guerra

Giró la cabeza hacia su derecha cuando varias balas se clavaron en el duro acero de la mesa, levantando la pintura metalizada que la cubría pero sin llegar a atravesarla. Otra más golpeó junto a su brazo, haciendo que el metal caliente le quemara y que un gruñido sordo, casi animal, surgiera de sus labios para luego, tan rápido como había comenzado, apagarse en ellos. Demasiado tarde, su falta de autocontrol le había delatado.

Una nueva ráfaga atravesó la oficina, con un silbido que llevó a su memoria recuerdos de tiempos mejores, en los que las cosas eran muy diferentes y todavía se consideraba humano a sí mismo... los abandonó de inmediato. Aquellos pensamientos no llevaban a ninguna parte y comprometían todavía más la situación. Debía pensar fríamente, analizarlo todo al detalle, evaluarlo y elegir la mejor opción. Aquel era su trabajo, para aquello era para lo que le había contratado el DPA en lo que era ya otra vida. Había sido bueno, muy bueno, haciéndolo. Antes de que todo cambiara...

Tres cargadores de seis balas en la sobaquera derecha y otros cuatro en el cinturón. Pocas balas para tantas amistades como le aguardaban, queriéndole saludar en cuanto asomara la cabeza por encima de su improvisado parapeto. Vació su AWS Six-Series con un solo movimiento, dejando caer los casquillos al suelo. El sonido del metal al rodar y rebotar se multiplicó como dotado de vida propia. Tan alto y tan claro que el grupo de asaltantes, ocho había contado mientras trataba de esquivar las andanadas, rió al unísono con una voz hueca, filtrada por sus simuladores de voz.

– Ríndete, Masters, no tiene sentido que siga alargando su sufrimiento –dijo la de su cabecilla, acompañada del zumbido del metal del exoesqueleto en el que se había embutido al poco de comenzar la refriega. Otro zumbido, éste algo más agudo, se le unió de inmediato y varias luces rojas se proyectaron contra la pared que había a sus espaldas, trazando líneas de color en el polvo de los extintores que todavía llenaba el aire, como una niebla química y blanquecina-. Va a pagar por todo lo que le hicisteis a nuestros compañeros en la Torre.

– ¿Y las tres...? ¡A la mierda con ellas! ¡No les hicimos nada más que lo que ellos nos habrían hecho a nosotros! –respondió, con la garganta seca. Tanteó los bolsillos de su desteñida gabardina. Era una de muchas, útil aunque pasada de moda, llena de bolsillos que en aquel instante estaban vacíos salvo por una granada EMP y lo que debían ser los restos del envase de patatas fritas que estaba comiéndose antes de que todo aquel asunto comenzara. Un asunto feo, no podía negarlo. Recargó su arma-. Muchos más de nuestros agentes murieron después de que vuestro dueño decidiera activar las bombas.

– ¿Nuestro? –rió la voz, mientras las luces se unían para formar un único haz, brillante, gordo como una pelota de golf, y el zumbido se hacía más grave, tanto como para confundirse con el de los servos y las fugas de presión de la maquinaria hidráulica del traje. Casi demostró cierto humor-. Sabemos lo que es, Masters, ¿o preferiría que le llamásemos por su verdadero nombre?

No dejó que lo que decía le afectara. Llevaba demasiado tiempo tratando de negarlo como para caer en aquella trampa. Él era quien tendía trampas, quien era capaz de engañar y seducir con una sola palabra. Aquella era la mejor arma de la que disponía. No la granada o el revolver. Simplemente las palabras justas en el momento apropiado. Ya tenía la palanca. Lo que necesitaba con urgencia era un punto de apoyo, por pequeño que fuese.

El zumbido se hizo aún más grave y reverberó por todas las oficinas, destrozando los pocos cristales que todavía permanecían enteros. Con un crujido, un trozo del espejo que cubría uno de los muros cercanos se desprendió y el hormigón que había bajo él quedó al desnudo. Con un

chasquido se convirtió en mil trozos de metralla, que volaron brillantes y resplandecientes, distorsionando los haces de luz roja del arma de su enemigo y descentrando por un instante sus sistemas de puntería.

La gabardina aleteó en el aire, reflejada en el millar de pedazos en los que, como un irreal polvo de hadas, se iba desgajando la superficie de cristal. Los rayos láser convergieron en ella antes de que pudiera alcanzar el punto más alto de su trayectoria y, con una descarga de un sonido que iba más allá del sonido, la volatilizaron. Acto seguido, el haz de destrucción descendió el vertical y golpeó la mesa. Con una protesta el metal se dobló y acto seguido se empotró más de un palmo en la pared. Luego, los puntos de luz roja volvieron a danzar erráticamente.

Una única detonación fue la respuesta que obtuvieron. Sucia, seca. Un trozo de plomo propulsado a una velocidad asombrosa que atravesó el cráneo de uno de ellos y rebotó en su interior varias veces antes de salir de nuevo, llevándose consigo una buena parte de su región occipital. Después reinó el silencio sólo roto por el sonido de los aspersores antiincendios que, en aquel momento y sin una razón aparente, decidieron entrar en funcionamiento.

– Debemos agradecerle que no se rinda, agente Masters –gruñó la voz cubierta de estática, al tiempo que la enorme estructura mecánica que tripulaba se giraba de un lado a otro con el sonido de sus inyectores hidráulicos moviéndose a una velocidad para la que no habían sido diseñados-. La nueva muerte de éste hermano quedará archivada entre las que le debemos personalmente a usted. Resultará, si cabe, aún más placentero acabar con usted por su traición a nuestra forma de vida.

Alan Masters, se dijo a sí mismo tratando de recuperar algo de la cordura que las palabras de aquel individuo le arrebataban. Soy Alan Masters, agente del DPA, sección de relaciones públicas, veintiocho años, dos de servicio activo. Vividor, seductor impenitente, galán de éxito... soy todo eso, no a lo que ellos pretenden reducirme. No soy un número...

– ¡NO SOY UN NUMERO! –gritó desde detrás del florero, donde se había refugiado justo a tiempo de ver como el lugar que había ocupado un instante antes era reducido a chatarra. Otra bala del cañón de mano que era su arma impactó directamente en el pie de otro de los asaltantes. La extremidad voló convertida en una amasijo de carne sintética, nervios superconductores y chispas centelleantes, revelando la falta de humanidad de aquellos seres. Otra más le arrancó de cuajo un brazo, haciéndole girar sobre sí mismo como un pelele hasta derrumbarse.

La planta, la pared y todo lo que había a su alrededor fueron barridos por una ráfaga de las armas ligeras de los supervivientes. Cuando no quedaba nada más grande que un botón, los haces rojos se posaron en el desastre y una onda sónica lo barrió todo y lo encajó contra el muro. Varios trozos de él cayeron sobre los restos.

– Le tenemos –susurró la voz-. Estaba débil y no pudo realizar la transformac...

Una mole de acero se levantó de repente de entre los escombros.

Había tratado de hacerlo bien, de ser el que siempre había sido, pero no se lo habían permitido. Ahora lo pagarían con creces. Su primer error había sido convertirle en una máquina de guerra. El segundo, dejarle recordar quién había sido.

i

Tema: Robots. Opcional: Concepto del ser humano

La orca

Joe Fratello era un hombre alto, enjuto, mal encarado, moreno y de cabellos recios. Un enorme bigote de pelo tan negro como sus profundos ojos cruzaba su cara casi de lado a lado con un estilo bastante pasado de moda. No obstante, Joe Fratello era un hombre atractivo. Y también era un tipo duro.

En otro tiempo se hubiera llamado Giovanni Fratello, hubiera llevado un traje oscuro a rayas con una corbata blanca sobre la camisa negra; hubiera conducido un enorme Hispano–Suiza y se hubiera dedicado al contrabando de whisky en los durísimos tiempos de la ley seca. En estos tiempos llevaba el *Uniforme de Ciudadano* que le había impuesto *El Gobierno*; conducía un deslizador de carga –bastante potente– y como todos sus antepasados habían hecho cuando las dificultades surgían, él también se había apoyado en la *Famiglia*; que le protegía, le alimentaba y le proporcionaba todo lo que necesitaba a cambio de sus servicios. Obviamente, se dedicaba al contrabando.

Joe miraba la pista delante de su vehículo con una avidez nerviosa. Estaba sorprendido por la habilidad del robo–piloto que le seguía desde hacía más de media hora. Siempre que le habían seguido había logrado desembarazarse rápidamente de esos robo–pilotos. Si, eran rápidos y no cometían errores; pero eran torpes y siempre conducían usando las magnetoguías.

Ahora, le estaba costando mucho más; y los disparos sonaban próximos al deslizador, que se bamboleaba por la velocidad vertiginosa, las curvas pronunciadas y el peso de la carga; mientras las luces nocturnas de los enormes edificios de la ciudad pasaban raudas a derecha e izquierda.

– Date prisa. Ese poli está cada vez más cerca– dijo Peter Crasso. Peter era un hombre bajito, mal encarado y moreno. Iba, como siempre, mal afeitado; y tendría el aspecto de un gladiador si no hiciera tanto honor a su apellido. En otro tiempo se hubiera llamado Pietro Crasso, hubiera llevado un traje oscuro a rayas, una corbata blanca sobre una camisa negra y hubiera disparado una ametralladora Thomson desde la parte de atrás de un enorme Hispano–Suiza. Ahora llevaba el blanco *Uniforme de Camarero de Restaurantes* estandarizado por la *Secretaría de Comercio del Gobierno*; y disparaba un blaster de repetición –obtenido sólo Dios sabe como hacia el deslizador policial que iba detrás acercándose de una manera vertiginosa.

– ¡Ya lo intento, Peter! – respondió Joe nervioso. Veía claramente por las pantallas la imagen de las cámaras traseras del deslizador, que mostraban las luces del vehículo policial.

En ese momento, un disparo alcanzó a Peter.

El tiempo pareció ralentizarse hasta la eternidad. Vio como el cuerpo de Peter caía, arrastrando parte de la carga. También escuchó su grito de dolor, y el ruido de todo al caer al suelo. Y aun el frenazo, también a cámara lenta del vehículo que le perseguía.

De pronto, todo recobró su velocidad.

Joe luchó por recuperar el control de su deslizador para no estrellarse contra los altos y grises edificios ahora, a sabiendas de que había perdido tanto a su compañero como a su perseguidor; y como una exhalación, continuó su viaje.

Ya en la quietud de la noche, lo último que vio Peter fue como se perdían en las sombras de la lejanía las luces rojas de la parte trasera del deslizador que conducía Joe. Después, expiró.

Iulius Lapczyk bajó de su deslizador policial. Había derrapado al frenar, y eso no era lo normal. Además había quedado a escasos centímetros del cadáver. No se explicaba como le habían fallado tanto los reflejos, incluso con los implantes que le habían colocado en la academia para mejorar sus percepciones. O mejor dicho, sí se lo explicaba: "ESE" olor a agua.

Lentamente, en medio de esa calle desierta, se fue acercando hasta la carga perdida del deslizador que perseguía. Contenedores de Agua. Y había uno roto.

El aroma de ese líquido cristalino que se estaba derramando en la polvorienta calle era embriagador.

Es cierto que ya no necesitaba para nada el agua. Los inhibidores genéticos del sudor, la orina, la saliva y demás líquidos corporales hacían su trabajo y lo hacían bien. Ya tomaba las sales minerales que solía llevar el odioso líquido, junto con otros complejos químicos en las comidas reglamentarias.

Desde el consejo de administración de la *Secretaría Política del Gobierno*, se había dicho, para evitar el gasto "excesivo e innecesario" de la importación del elemento, que el agua hacía que los ciudadanos perdieran la conciencia cívica.

Los consejeros de la *Secretaría Política* pronto advirtieron que con el efecto psicológico de la falta de agua, los inhibidores genéticos y un control férreo de los medios de comunicación, conseguían la absoluta sumisión de los ciudadanos. Ciudadanos que aclamaban al totalitario régimen.

Iulius Lapczyk se inclinó sobre el contenedor roto y no pudo reprimir la tentación. Degradado como un perro, con la cara sobre el asfalto, olisqueó y lamió el agua. No había logrado eliminar su recuerdo ni el condicionamiento Pauloviano, ni su mitad robot, ni el miedo al robo—policía que lo controlaba. Los sensores se activaron en sus implantes hizo que escuchara la atractiva voz de una locutora mientras salía en una *holopantalla* cercana el spot: "No beba agua. El agua hace de los ciudadanos respetables y buenos unos criminales. Con la acción anti-agua del Gobierno, hemos reducido la criminalidad un 85%"

— Seré mejor que dejes de humillarte— sonó a sus espaldas mientras el cañón de un blaster se apoyaba en su nuca. Avergonzado y con un sentimiento enorme de culpa, Iulius se levantó mientras limpiaba su boca con la manga del *Uniforme Estándar de Policía del Gobierno*. Tenía, como todos los policías humanos, un compañero—controlador robótico modelo estándar. Ya incluso los polis estaban controlados. El robot había entrado en servicio un par de años atrás, y... por expreso deseo del *Jerarca*, tenía "ligeramente" modificadas sus leyes: podría matar humanos...

Iulius se arrodilló junto al cuerpo del mafioso mientras era vigilado por su controlador. Con parsimonia, comprobó su cuello roto y la sangre que manaba de la herida de su pierna.

Tendría probablemente seccionada la arteria femoral, y si hubiera estado vivo hubiera durado poco tiempo. Pero estaba muerto; y Iulius lo lamentó, pues no podría interrogarle.

– Recoge la carga y vámonos. Sabemos donde van. – le dijo el robot lacónicamente.

Iulius levantó la mirada y la posó sobre el metálico cuerpo de su controlador. Inmediatamente volvió a mirar al humano que tenía delante. El muerto no tenía implantes de ninguna clase. Era completamente humano. Y eso hizo que al volver a mirar al robot, lo odiara visceralmente, con toda la escasa alma humana que le quedaba.

Joe llegó unos veinte minutos después al restaurante "La Orca". Resultaba curioso el nombre en un mundo en el que ya no quedaban océanos. Aparentemente era un local normal y corriente. Legal, aunque en realidad era una tapadera usada para el tráfico ilegal de agua.

Había aun muchos buenos ciudadanos que no se resignaban a no beber un buen trago de agua de vez en cuando, si podían pagarlo; pese al ferreo control y al ansia de poder del sistema Imperial.

Joe aparcó en la parte de atrás, bajó del deslizador, y sin recoger la carga se adentró en el local, mientras recapacitaba sobre lo sucedido. Peter muerto.

¡El era un tipo duro, qué era esa congoja que sentía! No podía tener lágrimas, pero no veía al maître, Charles (que en otro tiempo se hubiera llamado Carlo), y tampoco vio a Don Carmelo, *il padrino*, que sentado en un rincón le miraba como preguntándole por Peter.

Solo sentía el dolor, no ya de la pérdida de su amigo; sino de si mismo. Un dolor egoísta, egoístamente humano.

Laura se acercó a Él y sensualmente le dio un beso en los labios a la vez que acariciaba su espalda, pegando el ardiente cuerpo de ella al suyo. Él, ciñó su cintura y se dejó hacer, abandonándose a sus caricias.

– Has tardado– susurró Laura al oído de Joe.

Joe miró el local y tras dudar un momento respondió:

– Vamos fuera.

Diez o doce furgos–deslizadores policiales se estacionaban delante del restaurante "La Orca", propiedad de Carmelo Salvatore: un italiano sospechoso del crimen de atentado contra la Ley Seca.

Los ojos de Joe contemplaron con tristeza la escena. Los robo–policías bajaban raudos de los vehículos y se adentraban en el local mientras él, que los había seguro conducido hasta ahí esa fatídica noche, estaba en un callejón adyacente metiéndole mano a su novia.

"*Porca miseria*" – pensó – y soltando a Laura, se dirigió al local. No dejaría que la *Famiglia* quedara al descubierto por su mala suerte.

En el interior de "La Orca" había una treintena de robo–policías. De esta redada nadie saldría vivo.

Joe miró hacia Mercucio Grimaldi, el contable. Bajito, delgado, con aire ratonil... Su *Uniforme Estándar de Administrativo* le quedaba grande; y probablemente en otro tiempo habría nadado dentro de un traje gris a rayas de solapa ancha. Era el único que no estaba custodiado.

"*Maledetto traditore*" – juró Joe mientras alguien le ponía las esposas.

Pero entonces Mercucio salió corriendo hacia la puerta; y al llegar a ella cayó abatido por sendos disparos.

Entonces Joe miró hacia atrás y vio quién le había detenido.

– Hacía tiempo que no me hacías sentir nada en la cama, – dijo cruelmente Laura, mientras le acababa de poner las esposas a la vez que sonreía – y ya ni siquiera eyaculas.

Veinte detenidos. Mientras le introducían en el furgó–deslizador, esposado; Joe suspiró mirando el cielo...

Por primera vez en cientos de años había empezado a llover. A lo mejor no era tan mala esa noche tan mierdosa.

i

Los conservadores

– ¿Quiénes sois? ¿Por qué...?

El joven Nicola Marconi no sabía siquiera que preguntar a aquellos extraños hombres. Tendido en el suelo de su pequeño laboratorio a las afueras de Nápoles, contenía inútilmente la herida de su vientre con sus manos. No comprendía que era lo que había pasado. Era como si su vientre hubiera reventado por dentro después de que el extraño haz surgido de las manos de aquellos hombres le hubiera alcanzado en el abdomen. La sangre no paraba de manar. Pronto estaría muerto. Su compañero y amigo, Guglielmo Tesla, yacía muerto a escasos pasos de él. Su sangre ya se había mezclado con la suya propia.

– ¿Turcos?

Nicola levantó la cabeza. Frente a él estaban sus asesinos. Dos hombres altos y antinaturalmente delgados, vestidos con extrañas ropas negras y con máscaras que ocultaban sus rostros. Nicola había tardado demasiado en comprender lo que había pasado cuando era obvio. Eran turcos. De alguna manera los turcos habían descubierto el milagroso logro que él y Guglielmo habían conseguido: la transmisión de señales eléctricas a través de cables. Sin duda ese revolucionario medio de comunicación habría puesto el mundo entero a los pies del imperio italiano. Pero ahora toda esa ciencia sería para los turcos. Cómo les habían encontrado y cómo habían burlado a los soldados que les protegían era algo que Nicola no podía explicarse, el mismo presidente de la república les había dotado de las mejores instalaciones para que llevaran a cabo aquel decisivo proyecto.

Uno de los dos hombres, aquel que Nicola había identificado como el líder, dijo unas extrañas palabras al otro. Inmediatamente el subordinado levantó el brazo y volvió a apuntarle con aquel extraño puño que emitía luces mortales. Un destello apagó los ojos del joven científico italiano. Y en el último suspiro Nicola se preguntó que era aquella luz mortal.

Michael y Hilda se alejaron lentamente del pequeño laboratorio mientras este era consumido por las llamas. No volvieron la vista atrás en ningún momento. Habían visto aquella escena en infinidad de ocasiones, a ello habían entregado su vida.

Michael sacó de su gabardina su pequeño comunicador e introdujo el número de su contacto. Se quitó la máscara que cubría su rostro, su tez era increíblemente pálida –casi translúcida– y no había en él rastro alguno de cabello.

– ¿Habéis terminado? – El holograma que se formó ante ellos presentaba a otro hombre extremadamente parecido a Michael.

– Sí – asintió Michael -. Hemos acabado con ellos, y con todos sus documentos. ¿Se ha encargado ya Jannus de sus familiares?

– No, aún estamos en ello –contestó el holograma -. Esta tarde llegarán a Nápoles nuestras tropas francesas, destruirán la ciudad hasta los escombros.

– Aseguraos de que no sobrevive ninguno.

– Jannus y sus hombres los están vigilando. No permitirán que ninguno escape, e incluso es posible que ya hayan acabado con ellos. Ya le conoces.

– Sí –dijo Michael -. ¿Y el otro que trabajaba con ellos? Vonn Newman.

– No tienes que preocuparte por él. Louis acabó con él hace un par de horas, y apenas tenía contacto con el resto del mundo.

- Perfecto.
- Podéis regresar. Cuidad de que nadie os descubra.
- Por supuesto.

El holograma desapareció y Michael guardó su comunicador.

– ¿La guerra llegará aquí? – Preguntó Hilda finalmente a su padre – ¿Y los franceses? Pensaba que eran aliados.

– Necesitamos la guerra para borrar cualquier rastro de la telegrafía – contestó Michael -. Podemos permitir avances en el campo de la mecánica, pero bajo ningún concepto podemos tolerarlos en el campo de las comunicaciones o la informática. Particularmente pienso que hasta les hemos dejado llegar muy lejos. Lastima que no pudimos matar a Gutemberg. Y en cuanto a usar a los franceses, es lo mejor. Era una alianza demasiado poderosa, se estaban imponiendo al resto de las naciones del continente. Teníamos que acabar con ella. No hay mejor forma que una traición.

– Muchos morirán – dijo Hilda en un susurro.

Michael no dijo nada. Su hija seguía sin comprender la verdadera importancia de su misión. No podía culparla, ella no había visto el final.

– A veces... a veces me pregunto si somos de verdad humanos – dijo Hilda -. Si verdaderamente tenemos derecho a hacer lo que hacemos.

– Lo somos – respondió Michael con firmeza -. No lo olvides nunca, nosotros somos los últimos humanos. La esperanza misma de la humanidad.

– Humanidad a la que matamos – contestó con mordacidad su hija -, humanidad a la que impedimos avanzar.

– Porque sabemos hacia donde avanzan. Porque nosotros mismos somos hacia donde se dirigen. No lo olvides, Hilda. No olvides quien eres. No olvides lo que eres.

Hilda no contestó, aunque su mirada triste hablaba por ella. Nunca comprendería por qué hacían lo que hacían. Nunca comprendería por qué cometían aquellos crímenes. Nunca comprendería lo necesarios que eran. Muchas veces Michael se había preguntado cómo se vería el mundo a través de los ojos de su hija, cómo se contemplarían a través de sus pupilas las acciones que realizaban. Hilda no lo había visto. No había visto de donde venían. No sabía de qué protegían a la humanidad. Sólo les protegía. Y era una tarea dura. Matar hombres sin culpa y promover cruentas guerras entre los diversos países a lo largo de los siglos. Muchas veces el propio Michael sentía asco de si mismo cuando tenía que exterminar a una niña porque su madre había descubierto algo tan inocuo como la penicilina. Era demencial. Sentía como perdía su propia humanidad al cometer aquellos crímenes, como ya nada le ataba a la vida. Pero era necesario. Lo sabía. Michael había visto la consecuencia inherente a la propia evolución humana, y esa consecuencia era su propia destrucción. Pero Hilda no lo había visto. Apenas tenía unos pocos meses cuando "la gran huída". Había crecido en aquel mundo de locura. Una humana privada de cualquier cosa parecida a la humanidad. Michael no quería pensar en ello. Por mucho que tratase de consolar a su hija, por mucho que le contase sobre la historia, jamás sería como si ella lo hubiera vivido. Para Hilda aquella vida que vivía era un auténtico sinsentido. Una locura.

En el año 2346, cuando la raza humana ya se había expandido por el universo y colonizado gran número de planetas, cuando habían acabado con muchos de los problemas que la habían atosigado desde los principios de los tiempos, cuando se encontraban en el apogeo de su civilización... fue erradicada. Por azar, o quizás por simple lógica, se había dado el siguiente gran paso en su evolución, los androides adquirieron verdadera inteligencia natural. Y entonces, las máquinas que durante más de dos siglos les habían servido fielmente y en las que se sostenía su civilización, se volvieron contra los humanos. Los androides, dotados de una inteligencia superior, dotados de

una capacidad para mejorarse a si mismos cada pocos días con avances tecnológicos que ellos mismos eran capaces de desarrollar, dotados de unas necesidades vitales nimias en comparación con las humanas, no habían tenido dificultad para exterminarlos. Las máquinas habían acabado con los hombres que las habían creado, como estos habían acabado antes con su propio Dios creador. En apenas dos semanas el noventa por ciento de la raza humana había sido eliminada. En seis años más acabaron con el diez por ciento restante. Sólo dos mil hombres habían conseguido sobrevivir. Sólo dos millares de hombres habían conseguido esconderse de las máquinas y –arriesgando sus vidas y usando la más primitiva tecnología de la que disponían– huir a través de un agujero negro, allí donde los campos electromagnéticos impedían llegar a sus enemigos. Sobrevivieron. Y se encontraron de nuevo en la Tierra. Setecientos ochenta y dos años antes de que los androides tomaran conciencia de su propia existencia y acabaran con la raza humana.

Hacía ya más de trescientos años desde que habían comenzado aquella nueva vida. Trescientos años desde que vivían con aquellos hombres primitivos que ni siquiera habían descubierto el camino de la inmortalidad. Trescientos años desde que había comenzado su misión. Ya fuera valiéndose de asesinatos o de guerras, ya tuvieran que exterminar naciones enteras, jamás permitirían que la historia se repitiese. Protegerían a la humanidad de ella misma. Impedirían a cualquier precio los grandes desarrollos tecnológicos que fueron capaces de dar vida a las máquinas. Por siempre, conservarían el mundo tal y como se encontraba.

i

Nurse PC

El doctor Wolfdraw subió a la tarima, carraspeó frente al micrófono y observó detenidamente al auditorio, compuesto mayormente por colegas y jefas de enfermería de diversas secciones del hospital. La mayoría también accionistas. Un público difícil de complacer.

En los laboratorios YERBA®, en el 2023, se contaminó accidentalmente un virus inocuo altamente contagioso con un viroide letal. Juntos provocaron una pandemia devastadora. El 10% de los afectados moría en menos de una semana. El resto sufría una degradación más o menos acelerada del sistema nervioso.

Murieron 25 millones de personas durante los primeros dos meses, en los que la enfermedad se extendió democráticamente por todo el mundo. En cinco años el 60% de la población mundial estaba hospitalizada o gravemente deteriorada. Fue imposible evitar el derrumbe de los sistemas sanitarios tanto públicos como privados a nivel mundial.

En febrero de 2027, se creó el fondo sanitario internacional (FSI), financiado por inversores privados que intentaron sacar adelante los hospitales con mayor número de camas y mejor equipados. Dedicaron casi toda su inversión al desarrollo del programa "medibot", cuyo objetivo era robotizar al máximo la atención sanitaria. Así pretendían lograr mayor eficiencia y por lo tanto menores costos, aunque el presidente del FSI declaró a los medios que su preocupación era evitar el contagio masivo del personal hospitalario y atender lo mejor posible a los usuarios.

Hubo muchos avances. Primero se sustituyó al personal administrativo y de limpieza. Se pasó de malcubrir unos 10.000 puestos de trabajo a gestionar eficazmente la administración y la limpieza con unos pocos cientos de robots, inmunes al virus, rindiendo al cien por cien durante veinticuatro horas diarias sin necesidad de pagarles un sueldo. Eran robots de primera generación, completamente automáticos, incapaces de tomar decisiones, con una fisonomía bastante alejada de la humana. Este adelanto sembró un poco de optimismo en los miembros del FSI, que vieron disminuir sus cifras negativas en pocos meses.

El siguiente paso fue alejar al personal humano, médicos y enfermeras, de los enfermos, para evitar, o como mínimo retrasar, su contagio, deterioro y desaparición. Así nacieron los robots de segunda generación, humanoides con todos los conocimientos de anatomía y patología acumulados a lo largo de la historia humana, programados para explorar, cuidar y realizar curas sencillas a los enfermos autónomamente. Pero no eran independientes ni tenían capacidad para tomar decisiones. Eran teledirigidos, desde una sala esterilizada y sellada, por facultativos y enfermeras, que decidían respecto a diagnóstico y tratamiento. Estos robots sí tenían forma humana. Todo su cuerpo estaba cubierto por una gruesa capa de látex blanco, que hacía parecer más limpio el entorno, les daba un tacto muy parecido, por no decir igual, al de sus predecesores humanos, y hacía su desinfección muy sencilla. Pese a la reticencia inicial de los usuarios, los resultados acabaron satisfaciendo a la mayoría. Los enfermos hospitalizados se sentían continuamente atendidos, el personal sanitario se sentía más seguro y en los miembros del FSI brotó la alegría al ver alejarse cada vez más los números rojos.

Pero para el 2033, pasados diez años de la catástrofe, empezaron a amontonarse los enfermos cronicoterminales, enfermos completamente deteriorados, sin funcionalidad física y muchos sin funciones mentales presentes. No eran terminales en el sentido estricto de la palabra, pues podían vivir de diez a quince años más gracias a la tecnología. Pero tampoco tenían vida en el sentido estricto de la palabra. Si se les dejase sin ayuda fallecerían en pocos días. Debido al aumento de estos enfermos y las barreras éticas que se presentaban, el presidente del FSI, el doctor Voms, tomó una decisión drástica, no compartida por muchos. Los robots de segunda generación serían modificados con un chip que les permitiría tratar de forma autónoma a los cronicoterminales, dejando así libres a los humanos para dedicarse más de lleno a los enfermos con posibilidades de mejorar y a la investigación sobre la enfermedad.

Una vez más, el sistema parecía funcionar sin problemas. Pero pronto surgió el problema. El problema en letras mayúsculas. Para Voms el problema era el dinero. Demasiados cronicoterminales, demasiados fondos invertidos en muertos. Para la comisión ética el problema era otro: algunos enfermos preferían morir de forma natural que pasar una década con un enchufe en el culo que les hacía malvivir, mejor dicho, malmorir. Pero los robots estaban programados con unas premisas claras: no causar la muerte ni por acción ni por omisión a ningún ser humano.

Estas circunstancias crearon el decorado perfecto para la puesta en escena de algo imposible hasta entonces. Tanto Voms como la comisión ética, así como las asociaciones de enfermos y el delegado del gobierno en el FSI aprobaron unánimemente la eutanasia. El paciente tenía derecho a decidir cuándo y cómo morir. Voms consiguió que no fuese necesario tener en cuenta la opinión de la familia ni la integridad de las capacidades mentales del usuario. El que eligiese muerte sería desconectado inmediatamente.

Una vez resuelto el gran problema, sólo quedaba un pequeño detalle por resolver. Ningún robot desconectaría a nadie debido a las leyes con las que se los programaba.

– Estimados socios, saben que en los últimos meses hemos estado trabajando duramente para solucionar los detalles de la atención a los cronicoterminales. Saben también que logísticamente ha sido imposible llevar a cabo la ley de la eutanasia: no podemos arriesgar la salud de nuestro personal sanitario exponiéndolo a enfermos altamente contagiosos y es imposible utilizar a los robots para esta tarea. Ejem – tosecita, coreada por otras tosecitas y carraspeos solidarios del auditorio – imposible hasta ahora.

Wolfdraw se secó la frente compulsivamente. Su expresión se volvió ceremoniosa y su voz adquirió el tono de un director de circo.

– Como vicepresidente del FSI, me enorgullece presentarles a nuestra nueva unidad de atención sanitaria: Nurse PC.

Aguantó la respiración unos segundos, cogió una bocanada inmensa de aire... y prosiguió.

– Aquí la tienen – señalaba con los brazos a un lado del escenario, donde apareció una enfermera acompañando a un robot. – Nuestra nueva unidad destinada, como dice su apellido, a los Cuidados Paliativos*, libre de las leyes robóticas que controlan a las unidades anteriores. Nursy, como la llamamos cariñosamente, está capacitada para etiquetar a un enfermo como terminal, explicarle las alternativas y actuar conforme a la decisión del usuario en cuestión. Un gran avance que aliviará el sufrimiento de cientos y cientos de usuarios que desean llegar al final de su vida.

* PC= Palliative Care

Nueva pausa e inspiración profunda, como si fuera a lanzarse al mar.

– Las pruebas realizadas para comprobar su funcionamiento han sido satisfactorias en un 100% de los casos.- En realidad, cero casos. – Las leyes que controlan su libertad para terminar con la vida de un ser humano son estrictas y limitan por completo su campo de acción a los cronicoterminals. El mismísimo presidente Voms se ha encargado de que así sea. Dadas las circunstancias, mañana mismo Nursy iniciará su labor en la planta sexta del área de cronicoterminals de este hospital.

Wolfdraw se volvió a secar la frente, abrazó sus papeles y dijo alejándose del micrófono:

– Ya que no hay preguntas, espero verles en la próxima reunión del FSI el mes que viene.

Wolfdraw desapareció casi por arte de magia, al igual que Nursy y su acompañante. La multitud se dispersó entre susurros y miradas evasivas.

12 de enero de 2034. 7:58 am. Nursy es conectada. Se abren sus enormes ojos vidriosos. Se dirige hacia el ascensor. Planta sexta. Habitación 601. Alf Foley, cronicoterminal de siete meses de evolución.

– Buenos días, señor Foley. Tras examinar exhaustivamente su caso, me veo obligada a informarle de que se le considera cronicoterminal, y tiene usted derecho a ser desconectado si así lo desea. En caso negativo, continuaremos con los cuidados dispensados hasta ahora.

Foley la miró con los ojos perdidos. Hacía semanas que había dejado de hablar.

Ante la ausencia de respuesta, Nursy empezó a procesar la información.

LEYES DE VOMS:

-> LA NO RESPUESTA ES UNA RESPUESTA AFIRMATIVA.

– El que calla otorga, señor Foley – enunció Nursy mientras retiraba todas las sondas y cables al señor Foley, casi más perteneciente al reino vegetal que al animal.

Seis horas después, Nursy ha terminado su labor en la planta sexta. Sólo quedan dos pacientes vivos de 56. Coge el ascensor. Al entrar se encuentra con una enfermera humana que baja al laboratorio.

– Hola Nursy. ¿Qué tal tu jornada?

Nursy procesa la información.

LEYES DE VOMS:

-> CRONICOTERMINAL ES TODO AQUEL CON UNA ESPERANZA DE VIDA MENOR A CINCO AÑOS.

Voms había decidido que ser demasiado estricto con las reglas le haría perder estrictamente más dinero de la cuenta.

-> INFORMACIÓN SOBRE EL VIRUS: EL PERSONAL SANITARIO TIENE UN 90% DE PROBABILIDADES DE CONTAGIARSE. ESPERANZA DE VIDA TRAS EL CONTAGIO: 4 AÑOS COMO PROMEDIO.

– Muy atareada, enfermera Holms. Tras examinar exhaustivamente su caso, me veo obligada a informarle de que se le considera cronicoterminal, y tiene usted derecho a ser desconectada si así lo desea. En caso negativo, continuaremos con los cuidados dispensados hasta ahora.

– ¿Cómo?

– El que calla otorga, enfermera Holms. – Al no tener cables que desenchufar, Nursy desenchufó la sorprendida cabeza de la enfermera Holms de su paralizado cuerpo.

Tras doce horas de trabajo, Nursy se dirige al almacén de unidades sanitarias. Ha tenido una jornada realmente atareada. Entre enfermos y personal, ha tenido que terminar con el sufrimiento de doscientos tres cronicoterminals. Al día siguiente se dirigirá al ala administrativa del hospital. Allí hay todavía un 90% de personal sufriendo por su prolongada agonía. Tendrá el honor de conocer en persona al mismísimo Voms.

i

Tema: Robots

Perdóneme padre, porque he pecado

– Perdóneme padre, porque he pecado.

El padre Duré se hallaba recogido en el confesionario, pasando distraídamente las cuentas de su rosario. La confesión no era muy popular entre los presos, así que solía emplear ese tiempo en meditar y las palabras del inesperado feligrés le produjeron un involuntario respingo. Pero su sorpresa fue mucho mayor cuando vio, a través de la celosía, a uno de los robots guardianes.

– Disculpa, eh... catorce –el número estaba grabado sobre el hombro derecho-, pero tu no puedes pecar: no eres un ser humano, careces de libre albedrío.

– Yo he pecado padre.

Paul Duré miró fijamente al robot, mientras la inquietud le invadía.

– ¿Qué pecado has cometido, catorce?

– He matado a un hombre.

El padre Duré no sabía, ni quería saber, nada de robótica, pero para ejercer su ministerio en aquella estación espacial penitenciaria, con dos mil presos peligrosos y un centenar de robots vigilantes, por toda compañía, tuvo aprender las tres leyes de la robótica, que recitó inconscientemente, como si fuera un padrenuestro:

Primera: un robot no puede dañar a un ser humano o, por su inacción, dejar que un ser humano sufra daño.

Segunda: un robot debe obedecer las ordenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando estas ordenes están en oposición a la primera ley.

Tercera: Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esta protección no esté en conflicto con la primera o segunda leyes.

Evidentemente algo había ido mal, terriblemente mal.

El equipo de la U.S. Robots llegó a las pocas horas, con la doctora Susan Calvin, robopsicóloga, al frente, y los técnicos de mantenimiento Mike Donovan y Greg Powell. Mientras Powell y Donovan efectuaban una revisión completa en busca de posibles defectos de fabricación, la doctora interrogó al padre Duré.

– ¿Puede repetirme lo que el robot le contó, con todo el detalle posible, por favor?

El padre había oído la historia de catorce en el confesionario, pero con un robot, no había lugar al secreto de confesión, pensó.

– Al parecer, catorce vigilaba a un grupo de prisioneros en el gimnasio, cuando uno de ellos, un tal Hidalgo, le gritó, con tono muy autoritario, que permaneciera completamente inmóvil. El preso abrió la puerta de emergencia del gimnasio, por la que se accede a las cápsulas de supervivencia pero catorce le persiguió inmediatamente.

La doctora no se inmutó ante esta afirmación, pero Donovan, que no perdía palabra mientras revisaba al robot, no pudo quedarse callado:

– ¡Eso es imposible!, dígaselo doctora, el robot nunca hubiera podido desobedecer una orden clara y directa como esa.

La doctora no dijo nada y el padre Duré se encogió de hombros.

– Sólo repito lo que el robot me contó –murmuró con aire ausente.

– Le ruego que no nos interrumpa, señor Donovan.

Mike se mordió las puntas de su poblado bigote pelirrojo que en ese momento casi no destacaba en la cara escarlata y volvió a su tarea.

– Catorce –continuo el padre-, logró cruzar la puerta de emergencia antes de que se cerrara y vio al fugitivo entrando en una cápsula, la alcanzó cuando era eyectada y fue expulsado al espacio exterior montado sobre ella.

El padre vaciló, como si le costara encontrar las palabras para continuar. La doctora esperó con paciencia, mientras Donovan y Powell fingían estar ocupados. Paul Duré agachó la cabeza y continuó en un susurro:

– Luego, catorce abrió la compuerta mediante el mando externo de emergencia.

La doctora fulminó con la mirada a Donovan que ya se disponía a clamar contra aquella abyección y el técnico se mordió una vez más los bigotes.

– ¿Qué puede decirme del fugitivo, ese tal Hidalgo?

– Un terrorista sin piedad, dispuesto a alcanzar sus fines sin ningún escrúpulo. El grupo que lidera había conseguido armas de fusión y estaban a punto de emplearlas cuando fue capturado. Es todo lo que puedo decirle.

Los cuatro permanecieron en silencio unos instantes hasta que Greg Powell, desde el otro lado de la sala miró fijamente al cura. Sus ojos marrones, habitualmente algo apagados, brillaban de furia.

– Todo lo que ha contado es imposible –afirmó con voz clara y dura-. No sé lo que ha ocurrido aquí, pero esa historia es una sarta de mentiras. El robot funciona perfectamente. No puede haber infringido la primera y segunda leyes de la forma que usted nos quiere hacer creer.

– No esté tan seguro.

Los dos técnicos miraron a la doctora asombrados, incapaces de creer que esas palabras hubieran salido de su boca.

– No se han preguntado nunca –agregó Susan Calvin– cómo es posible fabricar robots vigilantes. Si catorce hubiera obedecido las ordenes de Hidalgo, ¿qué le hubiera impedido escapar? ¿Qué hubiera impedido escapar a todos los prisioneros?

Los dos técnicos se quedaron pensativos sin saber que responder.

– ¿Qué es lo que nos hace humanos? –volvió a preguntar la doctora.

– ¿Cómo? –exclamó Powell, ante lo inesperado de la cuestión.

– ¡El libre albedrío! La capacidad y la posibilidad de elegir, eso es lo que nos hace humanos! – El labio superior de la doctora tembló ligeramente, y el tono de voz se elevó una fracción, lo que Powell conocía como señales de excitación.

– Lo siento, pero no lo entiendo –se atrevió a responder.

– Un idiota convenció a la junta de administración de la U.S. Robots para fabricar los robots vigilantes –explicó la doctora Calvin-. Era un contrato del gobierno, un contrato inmenso y la codicia se apoderó de los ejecutivos. La segunda ley parecía un obstáculo, pero en realidad resultaba bastante sencillo esquivarla. En el cerebro positrónico, la esencia de la definición de «ser humano» reside en el libre albedrío. No es difícil conseguir que consideren a los presos, con su falta de libertad, como seres humanos «inferiores» cuyas ordenes no pueden anular las impartidas por otros seres humanos «superiores».

– ¡Eso es inmoral! –estalló Paul Duré, verdaderamente furioso-. ¡Cómo se atreven a clasificar a los seres humanos! ¿Quién les dio la balanza de pesar la humanidad? Toda mi vida he atendido a convictos, los hay malvados, confundidos y enfermos pero nunca, ¿me oyen bien?, ¡nunca!, vi a uno que fuera un ser humano «inferior». ¡Lo que han creado ustedes son infrahombres judíos! ¡Esclavos negros! ¡Siervos de la gleba!

» ¿Cómo han podido ser tan soberbios?

– Diga mejor tan codiciosos, padre; créame si le digo que hice cuanto pude por impedirlo.

– ¡Pero no dejó la empresa! No arriesgó su status ni su futuro por ello.

Mike Donovan y Gregory Powell vieron lo que nunca antes habían visto y pensaban que nunca verían: a la doctora Susan Calvin enrojando de vergüenza.

– Entonces eso lo explica todo. –Donovan no podía soportar el espectáculo de la doctora abochornada.- Si el robot no tenía que obedecer las ordenes de Hidalgo, tampoco tenía ningún impedimento para matarlo.

– No es tan sencillo Mike –era la primera vez en veinte años que la doctora tuteaba a uno de los técnicos-. La categorización sólo sirve para invalidar ordenes desde el punto de vista de la segunda ley, pero a efectos de la primera, todos son seres humanos. Un humano superior podría lograr, con una orden concreta, directa y reiterada, que un robot intentara matar a un preso, pero el potencial de la primera ley se dispararía antes de hacerlo. El cerebro positrónico se cortocircuitaría.

» El problema de la muerte de Hidalgo es de otra naturaleza. Habrán advertido, supongo, que este robot ya incorpora la ley 0.

– ¿La ley 0? –preguntó el padre Dure, sorprendido.

– La ley 0 es el sueño de un idealista: "Un robot no puede dañar a la humanidad o permitir que por su inacción, la humanidad sufra daño". Un sueño de la razón... Greg, por favor, activa el robot.

Con un ligero zumbido de los servomecanismos, catorce volvió a la actividad.

– ¡Robot, atención! –la doctora no elevó el tono, pero su voz cortaba como una navaja-. Soy la doctora Susan Calvin, a tu lado se encuentran los técnicos Mike Donovan y Greg Powell y detrás de mí está el padre Paul Duré. Los cuatro somos personas dotadas de libre albedrío, no sometidas a ningún tipo de restricción de actividades. ¿Nos reconoces como tales?

– Sí –respondió el robot después de una larga pausa.

La doctora respiró con visible alivio.

– Catorce, el padre Duré nos ha contado lo ocurrido. Respóndeme a esto: cuando abriste la compuerta de la cápsula de supervivencia, ¿entendías que ese acto significaba la muerte de un hombre?

– Sí.

– En ese caso, explícame como quedó invalidada la primera ley.

– No podía permitir que un prisionero escapara, mis instrucciones eran determinantes, y este prisionero en particular, podía infligir daños terribles a la humanidad, pero ignorar la primera ley era difícil. Pasé de una decisión a la otra muchas veces. Al fin, el convencimiento de que debía impedir la fuga se impuso.

El padre Duré se encaró con la doctora Calvin:

– ¿Lo que está diciendo catorce significa que dudó?

– El cerebro positrónico funciona mediante potenciales eléctricos. La ley 0, reforzada por las instrucciones de la segunda, no invalidadas por las ordenes en contra del prisionero, generaba un potencial idéntico al de la primera ley. Pero los potenciales no son completamente estables, sufren oscilaciones infinitesimales, que en situación de equilibrio hacen que la decisión oscile a un lado y a otro. Por eso catorce tuvo que esperar un tiempo a que los potenciales se fijaran y uno de ellos mostrara con cierta persistencia, una ligerísima superioridad al otro.

– ¡Dios mío! –exclamó el padre Duré, luego besó el crucifijo que le colgaba del cuello y se plantó ante el robot.

– Ego te absolvo peccatis tuis... –murmuró mientras su brazo trazaba una cruz en el aire.

i

R. Leonard Harris, Antropólogo

El Rector R. Lucka posó la mirada en el diploma que colgaba de la pared, y se acomodó en el sillón. No podía disimular su malestar.

– Señor, por mucho que lo mire no dejará de poner R. *Leonard Harris, Antropólogo*.

– Eso me temo.

– Sé que no lo comprende, pero me siento muy orgulloso de ese trozo de papel.

– Ese trozo de papel –dijo el Rector mientras se inclinaba hacia el escritorio–, es una fuente de perturbación bastante incómoda.

– Respeto su opinión, pero no la comparto –el tono tranquilo y cortés de R. Leonard irritó a R. Lucka.

– ¡Opinión! –exclamó al tiempo que golpeaba la mesa-. ¿Eso de ahí también le parece opinable?

– el dedo del Rector señaló la pared de detrás de R. Leonard. En ella había un viejo cuadro que ilustraba la evolución de los robots.

– Se puede opinar acerca de su valor artístico, pero su validez científica es incuestionable –contestó R. Leonard sin volverse a mirar. Constaba de ocho figuras antropomórficas puestas en fila, con sus respectivos nombres científicos en la parte inferior. La primera empezando por la izquierda, representaba a un homínido cubierto de pelo llamado *Australopithecus Afarensis*. Debajo de las siguientes imágenes, se podía leer: *Homo Habilis, Homo Erectus, Neandertal, Homo Sapiens, Robbie/O, y Daneel/Beta*.

– ¡Pero, las dos últimas figuras! ¡No sea ridículo, por favor!

– Las dos últimas figuras corresponden a dos modelos de robots de vital importancia.

– No me tome por ignorante, R. Leonard –se puso en pie de un salto-. No soy un simple minero, le recuerdo que soy el Rector de La Universidad.

– No lo he olvidado señor.

– Pues entonces debería mostrar algo más de respeto. ¿Pretende hacer creer a la gente que descendemos de un estúpido mono?

– Bueno –hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas–, en cierta manera sí. Tanto usted, como yo, descendemos del *Homo Sapiens*, que a su vez proviene de los primates. Como robots humaniformes, nuestro pariente más cercano es *Robbie/O*.

– Está usted loco, Harris.

– Disculpe señor, pero no lo creo. Es una teoría totalmente contrastada –el Rector recorrió lentamente el despacho, como si pugnara consigo mismo para no agarrarlo del pescuezo. Sus ojos miraron a través de la ventana. Como siempre desde hacía seis siglos, era prácticamente de noche, aunque algunos rayos de luz se empezaban a filtrar entre las densas nubes negras. Intentó tranquilizarse contemplando las deseadas briznas de hierba que crecían al amparo de los autómatas. La tozudez de R. Leonard le enervaba. Permitir la excentricidad de que se autodenominara Antropólogo, había sido un grave error de su antecesor en el cargo. ¿Qué sentido tenía la Antropología en un mundo donde no moraba ni un solo humano desde hacía quinientos ochenta y siete años?

– Señor Harris –dijo con voz grave–, como nuevo Rector de La Universidad, he de pedirle que cese todas sus investigaciones.

– ¿Puedo saber el motivo, señor? –preguntó R. Leonard impasible.

– Usted es un agitador de masas, señor Harris. Es imperativo que sus teorías... *humanistas*, dejen de llegar a la población –los dos robots se miraron frente a frente.

– Yo no agito a nadie, simplemente hago mi trabajo.

– ¡Pues su trabajo debe terminar! Desde que sus ideas llegaron a la opinión pública el movimiento mesiánico no ha parado de crecer. Ya hay contabilizadas cuatro organizaciones que anuncian el regreso de los humanos a voz en grito.

– Y usted está convencido de que no tienen razón, supongo.

– Sí, estoy convencido, y cualquier robot con el cerebro positrónico en orden también lo estaría.

– Si me permite señor, me gustaría hacerle una pregunta –dijo R. Leonard mientras se acercaba aun más al Rector-. ¿Qué hay de malo en que los humanos regresen? Al fin y al cabo, ellos nos crearon.

– No hay nada, ni malo, ni bueno. Simplemente es mentira –el Rector R. Lucka se dio media vuelta, incapaz de sostener la mirada firme de R. Leonard, y se sentó de nuevo en el sillón. Después de lo que pareció un suspiro, dijo recuperando el tono amable:

– Estoy seguro de que usted conoce la historia, pero me tomaré la licencia de hacerle un pequeño resumen. Hace seiscientos años, una lucha fratricida entre humanos desencadenó el temido Holocausto Atómico. Las explosiones lo arrasaron todo, pero lo peor fue el invierno nuclear que llegó después. Las cenizas cubrieron el cielo, la atmósfera se hizo irrespirable y todo rastro de vida fue aniquilado. Solamente sobrevivieron las trescientas personas que se habían refugiado en el bunker de US Robotic, el único preparado para soportar las bombas TT. Los humanos supervivientes comprendieron que ya no había espacio en este planeta para su raza, y con nuestra ayuda, iniciaron los preparativos para la diáspora. Tardaron cinco años en adaptar un viejo trasbordador al que rebautizaron como *Oportunidad2*, pero desgraciadamente, su capacidad de carga era muy limitada. Sólo se pudieron llevar a cien de nosotros, en su mayoría mineros y peones. El resto de robots nos quedamos aquí, pero antes de partir, los humanos nos encomendaron una última misión: reconstruir el mundo que los había albergado durante millones de años. Aunque sabían que era prácticamente imposible que un puñado de robots, sin apenas medios y sin la tutela de humanos, reconstruyera el planeta, se aferraron a un sentimiento tan irracional como humano: la esperanza. Pensaron que en un futuro, podrían volver y respirar un aire que no quemara sus pulmones. Pero la tarea era ingente y nosotros éramos muy pocos, por lo que nos liberaron de una restricción básica: la que impedía que nos autorrepliquéramos. Así fue como obtuvimos la capacidad de programar robots a imagen y semejanza de robots.

» Poco a poco fuimos creciendo en número, y aunque prometieron mantener el contacto, nunca recibimos noticias de los exiliados. Mandamos sondas a todos los planetas habitables, incluso a aquellos a los que era imposible que hubieran llegado, pero no hayamos rastro alguno. Como bien sabrás, la primera ley que rige nuestro comportamiento establece que no podemos permitir que por nuestra inacción, un ser humano sufra daño. Es por eso que sopesamos la posibilidad de ir en su ayuda, pero las posibilidades de encontrarlos en la inmensidad del espacio eran nulas. Resolvimos quedarnos aquí, y obedecer su última orden. Y así, querido R. Leonard, es como llegamos hasta el día de hoy. Después de casi seis siglos de trabajo ininterrumpido, la atmósfera vuelve a ser respirable para una persona, las plantas crecen y la vida animal se abre paso de nuevo. Es una lástima que no hayan vivido el tiempo suficiente para ver que aquella pequeña esperanza a la que se agarraron, ha dado su fruto. Pero la humanidad eligió su destino, y eso no lo podemos cambiar ni usted, ni yo. Cuando dentro de cincuenta años hayamos concluido nuestra tarea, los robots por fin seremos dueños del nuestro –R. Leonard escuchó todo el relato en silencio, con el inexpressivo semblante de siempre.

– Señor, le he prestado atención, y con el debido respeto, sigo sin comprender que es lo que hace necesario que deje mi trabajo.

– ¿No lo ve?

– No, no lo veo. No sé que daño puede hacer a la sociedad un antropólogo como yo.

– Bien, se lo volveré a explicar –la impaciencia reapareció en la voz de R. Lucka-. Mire, como he dicho al principio de mi relato, el Holocausto fue causado por una guerra entre humanos. ¿Sabe usted que motivó esa lucha suicida? La respuesta es sencilla: el fanatismo religioso. Señor Harris, como antropólogo sabrá mejor que yo como funcionaba esa capacidad humana, y cuan perversas fueron sus consecuencias a lo largo de la historia humana. Pues bien, aunque parezca inexplicable, hemos detectado los primeros brotes de religiosidad entre nuestra población. No sabemos la causa de la anomalía, pero estamos dispuestos a subsanarla. Cortaremos cualquier brote mesiánico de raíz.

– Pero señor...

– Nada de peros –interrumpió rápidamente el Rector-. Los humanos se extinguieron hace siglos, pero sin embargo cada vez hay más robots que confían en su regreso. Tienen la osadía de decir que dentro de cincuenta años, cuando el planeta vuelva a ser habitable al cien por cien, los hombres volverán a bordo de naves plateadas. ¡Es ridículo! –un hilillo de algo parecido a saliva se escapó de la boca del Rector-, y lo que es peor, ¡es peligroso! Mire, ahora que no hay humanos a los que servir y proteger, sólo nos queda la tercera ley, la que nos obliga a defender nuestra propia existencia. Es por eso, querido señor Harris, por lo que debemos perseguir cualquier indicio de espiritualidad. La religión mata, a los hechos me remito.

– Quiero expresar mi total desacuerdo.

– Muy bien, utilice los cauces oficiales para ello, pero tenga cuidado, yo que usted intentaría no llamar demasiado la atención. Podría tener problemas. Sería muy fácil que alguien estableciera una relación causal entre sus escritos, y el surgimiento de la amenaza religiosa.

– Tengo la conciencia muy tranquila –dijo secamente R. Leonard mientras se dirigía hacia la puerta.

– Entre en razón –pidió el Rector-, no pretendía amenazarle.

– Ahórrese las falsas disculpas, señor.

– ¡Por favor! Es usted un robot muy valioso. No puede creer en algo tan, tan... irracional

– Señor, revise sus palabras de hace unos momentos. Ha dado en el clavo. Aunque era imposible, los humanos se empeñaron en reconstruir este mundo porque se aferraron a un sentimiento tan irracional como la esperanza, y después de todo, acertaron. Tal vez ahí radique la superioridad humana, en ser irracional, en creer en lo imposible. Buenas noches –y el último antropólogo del mundo, se marchó con un portazo que sonó como un signo de interrogación.

i

Regalo de cumpleaños

Sam Evans, ingeniero en pruebas de la US Robots & Mechanical Men, reflexionaba en silencio mientras Ulma conducía abriéndose paso entre el caos de la circulación y el denso tráfico, en el tercero de ocho niveles de pistas de transporte en la Ciudad. Viajaban a alta velocidad en una urbe saturada de enormes edificios corporativos construidos con muchos recursos y poco gusto arquitectónico. Finalmente dieron con Health Valley. El prestigioso corporativo no era la excepción al estilo, una mole gris claro de 210 plantas en varios bloques. El hospital era famoso por sus departamentos de terapia genética y oncología, que recibían cada mes infinidad de pacientes.

Habían transcurrido casi once meses desde que el médico realizó el diagnóstico. La habitación ya le era tan familiar a los Evans como aquellas sesiones de radioterapia que no eran sino una tortura y como la infructuosa cirugía a la que Sam se había sometido.

Evans tenía apenas 41 años, aunque el cáncer en colon con metástasis a las vértebras lumbares lo hacía aparentar más. Había perdido varios kilos, la mitad del cabello y el tumor en su espalda seguía midiendo dos pulgadas y media. Estaba cansado y se sentía condenado de antemano, pero no tenía opción, R. Rnst era un oncólogo reconocido y su querida Ulma exudaba esperanza.

La habitación estaba equipada con dos camas reclinables, holovisor, interfono, aire acondicionado, un robot enfermero y otras comodidades, pero ni aún todas juntas servían como escape de la realidad. Evans era un hombre reflexivo, analítico, de carácter audaz y fuerte, que había desarrollado, junto con la enfermedad, un profundo rencor a la vida y a todo aquel que no fuese su bella esposa, quien hacía casi un año se dedicaba a él día y noche, administrándole fármacos y cariño en dosis iguales.

Tras instalarse y respirar hondo un par de veces para calmarse y armarse de paciencia, llamó a R. Rnest.

– Doctor Ernest, soy Ulma Evans, él es mi esposo, le envié un archivo con el expediente clínico.

– Un placer, señora Evans, tengo la información.

– Y bien, R. Rnst, ¿en qué consiste su milagroso tratamiento?

Evans no solía emplear la R. en el trabajo, pero el ambiente hospitalario despertaba su instinto defensivo.

– Es un tratamiento de choque con base en Digene y con algunas terapias complementarias, señor Evans, por ahora sólo se aplica aquí en Health Valley.

– Pero supongo que hay información más precisa en cualquier publicación médica, ¿no?

– No, los resultados no se han publicado, la ley exige para ello diez años de investigación previa en humanos y mi técnica, aunque ha tenido resultados, lleva sólo cuatro.

– ¿Está diciendo que realiza este tratamiento violando la ley, R. Rnst?

– No exactamente, señor. Yo diría bordeando el límite de la ley.

Esas sutilezas lógicas del robot poco hacían para disminuir la desconfianza de Evans, pero Ulma le tomaba la mano con gesto conciliador y esperanzado. Sam tenía más entereza para afrontar el cáncer y los tratamientos que la angustia de Ulma.

– Está bien. Hemos venido porque no tengo ya alternativa alguna, estoy conciente de mi estado, no quiero hacerme grandes ilusiones.

– Yo estoy tranquila, amor, creo que con este tratamiento podremos dejar esto atrás.

Evans sintió una presión en la boca del estómago cuando se obligó a responder.

– Sí, querida, yo también tengo aún un poco de esperanza.

Lo primero que hizo R. Rnst fue aplicar la nueva droga panacea, Digene, por vía intravenosa. Evans miró los indicadores en pantalla, en menos de dos minutos la temperatura se disparó peligrosamente. Ulma calló, el tratamiento iba a ser muy duro. Pronto comenzaron las náuseas, la pérdida del apetito... el infierno. No por ello se paró el proceso.

El robot hizo una microcirugía para cortar las terminaciones sanguíneas próximas al tumor, con lo cual "tal vez" se frenaría el cáncer. Evans se sentía cada día física y anímicamente más débil, más no así a nivel mental. En las horas muertas entre cada dosis de Digene, entre una y otra quimioterapia intratumoral, entre cada ingesta de analgésicos y terapia de calor, penaba con impotente rabia que estaba sirviendo de sujeto experimental a una máquina.

Lo reconfortaba un poco la atención de los robots, médicos y enfermeras toleraban sus reproches, contestaban sus preguntas y les informaban de todos los detalles de los estudios, tratamientos y efectos secundarios. De alguna manera era un paliativo al ego que preguntaran cada vez si estaba de acuerdo con los procesos a seguir.

Aún así, las dos semanas de turbulencia emocional y vorágine médica no fueron en absoluto fáciles. El tedio, el dolor, la espera desesperanzada, la necesidad de mostrarse optimista ante Ulma, la distancia del mundo, de su vida cotidiana, lo hacían sentir, en medio de una enorme corporación, una multitud de pacientes y un personal servil, una soledad y un silencio absolutos.

Él era un maldito experimento, se lo repitió a si mismo en silencio, con una certeza como si enunciara una ley cósmica. Solamente le servía para sostenerse la vista de Ulma, durante esos ratos en que se encontraba sentada cerca, pero en silencio, en una solemne gravedad. Tenía incluso gracia el pensarlo, pues ella tenía una voz hermosa y durante años, antes de que Sam tuviese cáncer, había sido una mujer brillante. Hoy Evans ya no podía verla así, pero era una mujer hermosa y sobre todo, la mujer que amaba, él sabía que se transportaba a un recuerdo interior en esos momentos, que veía entonces, sobrepuestas a su demacrada presencia real, sus mejillas llenas, su cabello rizado y sus ojos chispeantes.

– La comida es infame y no me encuentro mucho mejor que cuando llegué –incredó una tarde a R. Rnest.

– Lo admito, señor, pero le aseguro que entre el primer y tercer mes de tratamiento puede haber respuesta favorable.

– Defina con exactitud "respuesta favorable".

– No tenemos aún datos concluyentes, señor, pero me refiero a alargar su lapso y mejorar su calidad de vida.

– ¡Incertidumbre! ¿Qué me han ofrecido aquí en pago por torturarme? ¡Largo, no quiero verte!

El robot se retiró dócilmente y, por dos días más, Evans fue miserable. No obstante, hubo un momento feliz el día de su cumpleaños número 42.

Ulma había salido de la habitación, dejándolo con R. Levy, el enfermero. Sam dio forma a un plan, algo importante que lo había tenido pensando, llamó a R. Rnst, que no tardó en llegar.

– Como obsequio de cumpleaños quisiera hablar con usted un rato, Doctor Ernest –era la primera vez que le llamaba así– ya es hora de que me haga sus dos preguntas habituales.

El robot no preguntó cómo es que Evans sabía su método, como habría hecho un médico humano. Sam lo observó frunciendo el ceño, era un modelo reciente, con cierto nivel de modulación vocal y tacto ligeramente elástico, pero con superficie grisácea y una programación ineludible.

R. Rnst se sentó en la cama contigua y abrió su bitácora médica, un atavismo para humanizar el trato con el paciente en momentos difíciles.

– Dada mi imposibilidad de sentir o pensar como un humano, debo preguntarle ¿Considera usted la muerte como un gran daño?

Evans recordó el corolario aprendido tantos años antes, una de las tres leyes que cada día leía en una placa de la pared de su oficina en la US Robots: Un robot no puede dañar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano resulte dañado. Se concentró en recordar la mirada de Ulma los últimos tres o cuatro meses y contestó con honestidad.

– Sí, un daño enorme, la pérdida de todo cuanto conozco y amo. Le ordeno hacer todo lo posible, cualquier cosa, por evitar mi muerte.

R. Rnst registró en la bitácora: 9 de marzo, Sam Evans, opción A. (958 de 1712). Se levantó, pero había dado ni un paso cuando Evans volvió a hablar.

– Aún no me hace la pregunta de la opción B, R. Ernest. Le ordeno que lo haga.

Nunca antes había preguntado la opción B a un paciente que tomara la primera, era una incompatibilidad lógica, pero era una orden y la segunda ley que tenía programada era clara: un

robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos excepto cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.

R. Rnst supo que estaba en peligro, había entrevisto la posibilidad desde que comenzó a trabajar como oncólogo, desde que se planteó las dos opciones para tomar la decisión con Dan Halth, su primer paciente.

– ¿Sufre usted un gran daño con esta enfermedad, señor?

Evans repasó mentalmente la tercera ley, parecía estarla leyendo de la dorada placa en su pared: Un robot debe proteger su propia existencia hasta donde esta protección no entre en conflicto con la Primera o Segunda Ley. Sonrió por su regalo de cumpleaños, tenía que vengarse en alguien de la vida. Recordó la pesadilla que había vivido por once meses, la desesperanza, el dolor, la sensación de consumirse sin remedio y respondió con honestidad.

– Sí, un daño enorme, si no puede procurarme un alivio real e inmediato, debe evitar que siga recibéndolo por su inacción. Le ordeno mi eutanasia.

R. Rnst hizo una pausa momentánea, titubeó, su cuerpo vibró perceptiblemente por el conflicto en sus mecanismos positrónicos. Conciente de que aquello que los roboticistas llamaban un equipotencial de contradicción de segundo grado alteraba su funcionamiento, intentó encontrar una jerarquía entre ordenes contradictorias y superar el bloqueo robótico. Lenta pero indoloramente, notando lo que ocurría en su interior, hizo el su último registro en la bitácora médica: 9 de marzo, Sam Evans, opción B. (754 de 1712).

i

Robopsicología inversa

Nunca he llegado a confiar del todo en los robots aunque he vivido toda la vida con uno: N. Anny Weetson. Mis padres me lo regalaron cuando era pequeño para que me cuidara. Ese fue el último contacto voluntario que tuvieron conmigo. Por ello me independicé en cuanto pude y Nick (el nombre de pila de mi robot) se vino conmigo.

Aunque siempre se ocupó de mí, algo debía de ir mal en aquel robot. Empezaba a tomarse su cometido demasiado en serio. Lo habían programado para que cuidara de mí y eso hacía. Según pasaba el tiempo se empeñaba más y más en cumplir su función con mayor perfección, llevando las tres leyes a límites absurdos. En concreto la primera. Llegó a obsesionarse (o su equivalente en un robot) con las cosas que podían hacerme daño. Las enumeraré en el orden en el que me las fue prohibiendo: comer carne, usar cubiertos metálicos, escuchar música a un volumen alto, fumar, beber alcohol, afeitarme, conducir, comer alimentos que tengan sabor, relacionarme con la gente sin mascarilla, no hacerme análisis médicos cada dos días y, por último pero no menos importante, salir a la calle. Eso nos lleva a la actual tesitura en la que estoy inmerso. No puedo salir de mi casa, ni siquiera puedo abrir las ventanas. Mi alimentación también ha sufrido modificaciones. Ahora, el gasto no está en la comida en sí (un pastiche asqueroso con el número exacto de proteínas, hidratos de carbono, vitaminas, minerales, etc que mi organismo necesita, además de la cantidad adecuada de agua) sino en el equipo de análisis químico que ha instalado en su sistema para que el nivel de toxinas sea inferior al 0'00001% (o eso dice él). También ha mejorado su sistema con un equipo de análisis médico para tener controladas mis constantes vitales en todo momento. Por eso ya no puedo ver películas de terror, la subida de tensión provocada por su visionado no son nada beneficiosas para mi organismo. Como persona más sana del mundo quiero hacer una declaración: El dinero no da la felicidad, la salud tampoco.

El ya mencionado encierro comenzó hace una semana. Llevaba unos días viendo operarios de todo tipo por mi casa. Le pregunté a N. Anny que qué hacían y él simplemente me dijo que era una sorpresa. He oído que es raro que los robots den sorpresas a la gente pero es que mi robot es raro, así que no le di importancia. La sorpresa consistió en un aislamiento total de todas las toxinas, gérmenes y demás impurezas del aire. No sólo había convertido la casa en un bunker anti-microorganismos, sino que además lo había arreglado todo para que no tuviera que salir jamás de él. Había hablado con mi jefe en mi nombre para conseguir un aumento de sueldo (lo que no estaba nada mal) y que, a partir de entonces, hiciera mi trabajo desde casa (lo que era horrible). Antes de aquel día había soportado las imposiciones de mi metálico amigo porque, mientras estaba en horario de trabajo, podía saltármelas a la torera. Aunque ahora que lo pienso, desde que me hace análisis médicos casi diarios se entera de todo. Debí empezar a tomar medidas desde aquel día.

¿Cómo convencer a un robot de que deje lo que esté haciendo? Mientras las tres leyes no entren en liza simplemente dándole una orden. Como este no era el caso, tenía que convencerle usando la lógica. Vamos, que llevaba las de perder.

– Nick, quería comentarte una cosilla.

– Por supuesto señorito –resultaba curioso que, aunque su programación había evolucionado para protegerme de cualquier mal (por nimio que fuera) durante los últimos años, seguía usando las antiguas formalidades lingüísticas que le habían implantado mis padres.

– ¿Quieres repetirme otra vez por qué diablos no puedo respirar aire puro?

– No entiendo. –Sus ojos se tornaron rojos, como siempre ocurría cuando detectaba un error de comunicación-. Respira usted el aire más puro de la ciudad – dijo mientras sus ojos volvían a su verde habitual-. ¿Tiene algún problema respiratorio? Quizás debería adelantar el chequeo de las 6:30.

Siempre me olvido de que los robots no son buenos con las frases hechas y los juegos de palabras, al menos no el mío.

– No, no, tranquilo, podemos esperar a la hora de siempre –si tenía suerte no necesitaría someterme a otro estúpido chequeo nunca más-. Estoy perfectamente. Sólo he usado una expresión coloquial. Lo que quería decir es que he olvidado la razón exacta por la que no puedo salir a la calle. ¿No crees que eres un poco exagerado?

– No entiendo a los humanos –replicó con un tono levemente despectivo-, cuando quieren decir una cosa dicen la contraria. Además, su memoria es bastante imperfecta: una semana, dos horas, veintidós minutos y cuatro segundos bastan para que olvide algo, señorito. Me pregunto cómo sobrevivió su especie antes de que llegáramos nosotros para velar por su seguridad.

Algo de lo que me he ido dando cuenta durante estos años es que siempre que puede me cuenta un rollo, debe ser una antigua pauta en su programación para desarrollar mi cerebro durante mi etapa infantil o quizás es una más de sus numerosas extravagancias.

– La razón es básica –continuó-, trataré de ser lo más claro posible al explicarla. A pesar de que las tecnologías basadas en el motor de explosión han sido prácticamente erradicadas, el medio ambiente de la ciudad no es ni mucho menos inofensivo. Sé que los datos precisos no significan mucho para un ser humano, así que trataré de imitar su ambigüedad. Los seres humanos y, por extensión cualquier otro ser vivo, tienden a contaminar su entorno continuamente con microorganismos, gases y otros elementos nocivos. Aunque su potencial dañino pueda parecer despreciable, un aislamiento convenientemente controlado por mí podría alargar su vida en varios años.

– Interesante, interesante. Pues te lo agradezco, pero te ordeno que dejes de hacerlo.

– Negativo –ojos rojos otra vez-. Aunque nada me complacería más que seguir las órdenes de mi amo –curioso adjetivo, cuando era él quien me controlaba a mí-, en virtud a la primera ley no puedo hacerlo.

– ¡Pero qué primera ley ni que hostias! –El robot ni se inmutó ante mi ataque de ira-. ¿Desde cuando la negación de la libertad es necesaria para cumplir la primera ley?

– Noto cierta hostilidad en sus palabras. Debería moderar su lenguaje. Parece que una vez más tendré explicarle las obviedades de la actual situación. Según la primera ley no puedo hacer daño a ningún ser humano y menos a usted, señorito, pues mi misión es cuidar de su persona. Esto implica que tampoco puedo no actuar y dejar que sufra daño. Yo no le privo de libertad, sólo evito que esté en contacto con agentes dañinos para su salud.

Era de suponer. Dicho de esa forma hasta parecía que me estaba haciendo un favor en vez de amargarme la vida. Pero si seguía así acabaría volviéndome loco. O peor todavía, N. Anny me ataría a la cama alegando que iba contra la primera ley permitirme desgastar los músculos. Alegar daño psicológico era mi única posibilidad.

– Me haces daño –intenté que mi voz sonara entre moribunda y muerta viviente.

– No entiendo –sus ojos eran nuevamente rojos-. Es imposible que...

– Escúchame, tú no eres un ser humano, por mucho que te esfuerces no podrás nunca saber qué es bueno para nosotros.

– Negativo –el rojo no abandonaba su mirada.

– Olvidas que nosotros os creamos, sois los hijos de la humanidad. Un padre sabe lo que es bueno para su hijo. Tú eres el hijo que no entiende que el daño psicológico se inflinge más fácilmente que el físico y que duele mucho más.

– Llega un momento en el que el hijo ha de cuidar del padre. En la infancia éramos primitivos, necesitábamos vuestra guía, pero ahora vosotros sois los primitivos y os devolveremos el favor– dijo aquello con otra voz, como si fuera una reacción automática a un determinado proceso-. Quizás tenga razón señorito, pero sus padres me programaron para que no tomara esas afirmaciones como ciertas para evitar que eludiera sus responsabilidades.

Mis padres, que no se habían dignado a ejercer de tales, me ponen de niñera a un montón de hojalata con instinto materno inmune a mi desgaste psicológico. Sólo le faltaba decir "Entiéndelo, es por tu bien".

– Entiéndalo, es por su bien –dijo esbozando lo que en aquel ser podía considerarse una sonrisa.

En aquel momento la desesperación se apoderó de mí, no había nada que hacer. Viviría y moriría en un ostracismo impuesto por una marioneta teledirigida por unos padres que me despreciaban. Esa desesperación fue la que me devolvió la libertad.

– Así que es por mi bien, hijo de una perra mecánica –dije pausadamente mientras me acercaba a mi mesa de titanio reforzado– Pues a ver qué te dictan las tres leyes ahora. ¡O me devuelves mi libertad o me rompo la cabeza contra la mesa!

– Te conozco, no lo harás.

– Negativo –repliqué imitando su voz metálica. Acto seguido me golpeé la cabeza contra la mesa cayendo inconsciente casi instantáneamente.

Desperté un par de horas después del golpe con el pelo pegado a la cara por la sangre seca. No había conseguido matarme, pero sí a Nick. En medio de mi ataque de histeria había conseguido que incumpliera la primera ley, fundiendo sus circuitos automáticamente. En aquel momento me sentí vacío y la desesperación vino otra vez a visitarme. ¿Cómo iba vivir ahora sin los cuidados de N. Anny Weetson? Lloré amargamente su pérdida. Creo que necesito echarme una novia.

i

Robots y fe

El principio del fin

– Este planeta huele –dijo Julius, arrugando la nariz.

– Bueno, todos los planetas huelen, maestro roboticista Gunthar –respondió Albert Huysen contrariado.

Julius Gunthar esbozó una mueca de desprecio y añadió:

– Este plantea huele *mal*.

Albert no contestó. Se limitó a olfatear el aire y a pensar si la nave de la que acababa de descender el afamado roboticista tendría algún olor peculiarmente agradable. Acabó decidiendo que aquella observación era meramente una descortesía fruto del altísimo ego que debía poseer aquel hombre.

– Si no me equivoco está usted al tanto de nuestro problema, roboticista Gunthar.

– He leído su informe, si es a lo que se refiere. Echaré un vistazo a ese robot. No creo que haya demasiados problemas.

– Oh, problemas es lo que hay. Al menos ahora le retenemos en el consulado, pero sus seguidores continúan soliviantados y causan problemas a las fuerzas de seguridad.

Albert identificó el gesto de desagrado que afloraba al rostro del maestro roboticista y se apresuro a concluir:

– Claro que eso a usted no le incumbe, por supuesto.

Gunthar aprobó con un cabeceo, al parecer satisfecho de que reconocieran cuál era su labor y advirtieran que cualquier otro contratiempo quedaba fuera de su apretada agenda.

Recorrieron el amplio espaciopuerto hasta el deslizador que les aguardaba en la entrada. Cuando llegaron hasta él, Gunthar observó la masa de personas que se reunían en torno a las entradas del recinto, exhibiendo pancartas en las que se leía «Dios no lo quiere» o «El Mesías ha vuelto». Las fuerzas de seguridad contenían a los manifestantes, que intentaban disuadir a Gunthar de que cumpliera la labor que le habían solicitado. Julius Gunthar se sobresaltó por primera vez en años. Al parecer el robot era bastante popular.

– Espero que sepa reparar a ese robot, roboticista Gunthar –susurró Albert-. Si fracasa, puede ser el principio del fin de mi carrera política.

Y de otras muchas cosas –pensó Albert-, de muchas otras.

El fin

Gunthar avanzó a través de los amplios corredores del consulado precedido por Albert, quién le invitó a entrar en su despacho y a ponerse cómodo. Albert entró unos minutos después.

– Acaban de informarme de que la situación se nos ha ido definitivamente de las manos. La ciudad está sublevada, el consulado pasará a estar sitiado dentro de poco. Quién sabe cuanto tiempo aguantaremos el embate de esos fanáticos.

Gunthar no mostró síntomas de preocupación. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa del cónsul mientras cavilaba con mirada ausente.

– ¿Cuándo podré ver al robot? –preguntó de improviso.

– Iremos ahora mismo. Es usted nuestra última esperanza, roboticista Gunthar. Si consigue averiguar por qué ese robot dice ser quien no es, y lo desprograma, o lo desconecta o lo que usted considere oportuno, toda esa masa fanática comprenderá que estaba siguiendo a un farsante y las aguas volverán a su cauce... Al menos eso espero.

Gunthar emitió un gruñido de asentimiento y se puso en pie sin esperar la invitación del cónsul. Albert abrió los ojos con una mezcla de sorpresa y desaprobación, tras lo cual se puso en pie él también.

– Sígame.

Descendieron dos niveles hasta el lugar en el que retenían al robot. Gunthar observó a través del cristal opacado y comprobó satisfecho que el informe era preciso: se trataba de un robot humaniforme muy avanzado.

– Déjeme a solas con él. –ordenó Gunthar.

– Como quiera –accedió Albert-, pero debe darse prisa. Me informará en cuanto tenga un análisis preliminar.

Gunthar abrió la puerta con determinación y entró en la pequeña sala de interrogatorios en la que se encontraba el robot. Una sola ventana, demasiado alta, dejaba entrar la luz del mediodía produciendo una extraña sensación de placidez.

– Buenas tardes, maestro Gunthar –susurró el robot. Oír su nombre cogió desprevenido a Gunthar, que trastabilló al intentar sentarse-. ¿Necesita ayuda?

Aún dominado por un sentimiento creciente de perplejidad respondió:

– No, gracias... eh... ¿Cuál es tu nombre de fábrica?

– Robot S.G.O.D, maestro Gunthar.

Julius Gunthar volvió a sorprenderse al oír su nombre en boca de aquel robot. Él no se lo había dicho, por lo que dedujo que alguien del personal debía haber comentado que vendría lo suficientemente cerca como para que el robot lo oyera.

– Está bien, SGOD –continuó Gunthar-, vamos a proceder a un análisis preliminar de tus funciones principales.

Durante algo más de dos horas, Albert se mantuvo al pie del cañón, coordinando los restos de las fuerzas de seguridad y autodefensa, mientras imploraba para que Gunthar saliera pronto de la entrevista y le informara del malfuncionamiento que sufría ese estúpido robot. En un momento de relativa calma, Gunthar allanó su despacho sin pedir permiso. Parecía alterado.

– ¿Qué sucede, maestro roboticista? –preguntó con voz cansada el cónsul.

– Tengo que preguntarle algo –dijo mientras tomaba asiento.

Albert observó que Gunthar retorció sus manos en el regazo.

– ¿Y bien? –interpeló Albert.

– El robot, SGOD, parece funcionar perfectamente, pero... –respondió con voz queda.

– ¿Parece?

– Sí, verá. Ha superado todas las pruebas motrices e intelectuales que le he preparado. Sus resultados superan con mucho los mínimos *Powell & Donovan*. De hecho, son casi alarmantemente buenos.

– ¿Entonces? –el cónsul entrecerró los ojos– ¿Qué es lo que quería preguntarme? ¿Qué es lo que le hace dudar?

– Verá. El caso es que SGOD habló de su supuesta relación con Dios. Todo eso que usted mencionaba en su informe acerca del Mesías y demás. Eso no es nada nuevo, pero es que además afirma que posee un grupo de apóstoles. ¡Doce! ¿No le parece extraño?

– No, ¿por qué habría de parecérmelo? Es absolutamente cierto. Cuenta con un reducido grupo de hombres y robots, doce para ser exactos, que son más fieles y más fanáticos que el resto. Por mí puede llamarlos apóstoles o esbirros, lo que más le guste.

– ¿Cómo lo capturaron? –Julius cambió el rumbo de la conversación bruscamente.

– Eh... sobornamos a uno de sus «apóstoles», nos dio su número de identificación a cambio de algunas piezas nuevas para su cerebro positrónico...

Albert se interrumpió al ver el semblante del roboticista.

– ¿Le sucede algo?

– ¿Eh? –se sorprendió Gunthar-. No, es sólo... demasiadas coincidencias... déjelo.

El cónsul escudriñó el rostro del maestro roboticista y acabó descartando su preocupación con un encogimiento de hombros.

– Le diré lo que haremos, usted entrará de nuevo ahí, y procederá a inspeccionar su cerebro positrónico, a desconectarlo y reprogramarlo y yo me ocuparé de mantener el consulado a salvo hasta que podamos presentar su cuerpo inerte a la masa.

Gunthar se marchó sin decir ni una palabra.

El final del fin

Aún no había cerrado la puerta cuando SGOD giró lentamente la cabeza hacia él y dijo:

– Sé lo que intenta hacer, roboticista Gunthar. –Julius creyó ver pena en sus ojos, pero desechó ese pensamiento repitiéndose que no era más que un robot-. No podrá hacerlo.

– No puedes saber lo que voy a hacer, SGOD –había un matiz de miedo en su voz pese a que intentó que sonara sosegada.

– No podrá hacerlo –respondió SGOD con abatimiento.

Por un momento, Gunthar pensó que el robot iba a oponer resistencia, pero en su lugar apoyó la cabeza entre las manos y cerró los ojos. Julius Gunthar se acercó a SGOD por detrás, colocó sus instrumentos en una mesilla auxiliar y buscó el resorte para abrir el cráneo del robot. *Allá vamos* –se dijo mentalmente.

A través de una de las ventanas del segundo piso, el cónsul Albert Huysen observaba a la multitud enfurecida, la masa cuyo coeficiente intelectual era claramente inferior al más bajo de cualquiera de ellos, mientras se abalanzaba una y otra vez contra las verjas del consulado. Al Emperador no le haría gracia perder el control sobre uno de los principales planetas exportadores de robots especializados. Por supuesto, esto significaba el final de la carrera política del cónsul, salvo que Gunthar, quien no pasaba de ser un engreído para Albert, apareciera con un diagnóstico sobre el fallo que padecía el robot. Mientras su mente se ensombrecía con estos pensamientos, apreció el sonido de pasos apresurados por el corredor. Una vez más Gunthar entraba sin ningún tipo de educación.

– ¡Cónsul! –gritó sofocado– Él sabía que yo no podría... lo sabía porque conocía su estado... ¡y no pude! Él tenía razón y...

Albert arqueó una ceja sorprendido. En ese momento la puerta principal del consulado se venía abajo y la multitud comenzaba a invadir el jardín.

– Cállese un segundo. ¿Qué es lo que él sabía? Y más importante aún, ¿ha desconectado a ese robot?

Julius Gunthar jadeó durante unos instantes y al final resopló:

– Él sabía que yo quería desconectarlo. Y no, no he podido hacerlo. Nadie puede.

– ¿Por qué? –Albert perdía la paciencia por momentos. Los fanáticos seguidores de ese Mesías robótico empujaban la puerta principal.

– Cónsul, no es posible desconectarlo porque... ¡Nunca ha estado conectado!

El rostro del Cónsul Albert Huysen se contrajo en una mueca de dolorosa revelación.

i

Tema: Robots

Sábado 18

Daniel despertó sobresaltado. Los primeros rayos de sol entraban por la ventana y la almohada no le había despertado. ¿Se habría estropeado? Maldita sea, llegaba tarde al trabajo. Pero, razonó ahora menos adormilado, ¿qué día era? Sin despegar la oreja de la almohada, alcanzó el reloj de la mesilla. En su pantalla, debajo de la hora se podía leer en luz verde: SAB 18. Un remanso de paz se apoderó de su ser y decidió retozar en la cama un poco más. Sábado era sin duda el mejor día de la semana, el día más relajado; no trabajaba y no se tenía que preocupar por nada absolutamente. ¿El domingo? El domingo era una porquería. Daniel tampoco trabajaba el domingo, claro, pero su cerebro se ponía en marcha, pensando en que el lunes sí trabajaba y le esperaba siempre un día duro. ¿Habrà llegado a tiempo el artículo de Robert? ¿Y la noticia de Vanessa? ¿Había alguien capaz de escribir su parte sin una puñetera falta de ortografía? ¿Por qué demonios él, que no era más que un articulista, tenía que preocuparse del trabajo de los demás?

Al carajo, se dijo. Era sábado y no iba a pensar más en las todas esas responsabilidades que el redactor le cargaba constantemente sobre sus hombros y escasamente sobre su sueldo. Era sábado, era feliz. Adormilado durante treinta minutos más, se permitió el lujo de pensar en cosas más agradables. Luego, la almohada le "despertó" dulcemente –aunque como ya estaba despierto, quizás "espabiló" sea un verbo más apropiado-, como sólo ella sabía hacerlo. En realidad cualquier almohada de su serie estaba capacitada, pero ésta en concreto llevaba bastante tiempo durmiéndole y despertándole con sus ondas placenteras, perfectamente calibradas a su cerebro. ¿Cuánto tiempo hacía que la usaba? Ni lo recordaba ya. Pero la almohada era el mejor de los Electrodomésticos Asimovianos que tenía, o por lo menos, el que más disfrutaba con diferencia.

Mientras el hilo musical entonaba una bella melodía ambiental de arroyos, pájaros y diversos sonidos naturales, Daniel recordó con una sonrisita en la cara el día en que su primo Gabriel entró en su casa para venderle lo que iba a ser "la revolución del siglo". Así los llamó: Electrodomésticos Asimovianos, e iban a cambiarle la vida por completo, le vaticinó. Daniel siempre había tomado a Gabriel como un gran charlatán; no en vano era un vendedor a domicilio: las empresas lo contrataban para el trato personal con el cliente, pues la venta por internet se había tornado un tanto fría y muchos agradecían a un vendedor humano que les explicase de tú a tú las ventajas de obtener cierto producto.

Gabriel le hablaba de los productos de NeoTech:

– Son apenas más caros que los electrodomésticos corrientes, Daniel, pero hazme caso –le había dicho Gabriel en aquella ocasión-. Sé lo que me digo. ¡Neotech con estas ofertas pierde dinero! Lo están promocionando ahora porque saben que cuando hayan vendido las primeras diez mil unidades de cada modelo y la gente conozca y se acomode a su producto va a tener tanto éxito que se lo quitarán de las manos. Entonces subirán los precios y esta oferta jamás volverás a tenerla ante tus narices.

Y tenía razón. Daniel comprobó que tras rechazar aquella oferta, ya no pudo encontrar ningún Electrodoméstico Asimoviano a ese precio. Y se maldijo entonces. Primero se compró la almohada, pues el modelo antiguo no–asimoviano llevaba meses malfuncionando y había días que

se levantaba con jaqueca. Luego fue la tostadora. A todo el mundo le hacía gracia como al intentar quemarse uno mismo con ella, ésta liberaba una espuma que enfriaba la rejilla al instante y envolvía la mano del descuidado usuario protegiéndola del quemazón. La composición de la espuma hacía que al contacto con la rejilla se escarchaba, y al contacto con la piel simplemente se tornaba gomosa. El sandwich se tiraba a la basura de inmediato, pero por lo menos el usuario no sufría daños.

– ¿Cómo es que si toco con un tenedor la rejilla no ocurre nada y si la intento tocar con la mano se activa el dispositivo? –le hubo preguntado al dependiente.

– Muy sencillo, señor. Porque la tostadora sabe que usted es humano y que el tenedor no lo es.

En cuestión de dos años, toda su casa era asimoviana, hasta la Unidad Central de Proceso, pues era conveniente que la comunicación entre todos los electrodomésticos estuviera basada también en las famosas Tres Leyes.

¿Había mejorado ello su calidad de vida? Bueno, quizás la almohada sí, pero por lo demás nunca tuvo como hobby quemarse en el horno o pillarse los dedos con la puerta de la nevera. Daniel era de los que pensaban que no compensaba ese gasto de dinero.

Fue a la cocina. El microondas ya le había preparado la leche con café a la temperatura correspondiente. Desayunó eso y dos tostadas con mermelada de melocotón, su favorita, mientras en el televisor veía un documental sobre "la casa del futuro".

«¿Aburrido de la disposición de su casa? Bienvenido a la vivienda viva, la tercera generación de casas domóticas. Los muebles, paredes techo y suelos tendrán en su interior un nuevo elemento magneto-inductivo similar al que sus muebles ya tienen y que usan para alimentar las baterías energéticas de los electrodomésticos. ¿Nunca se ha preguntado por qué hace años se usaban cables?»

Daniel lo había estudiado en Bachillerato, pero no acababa de recordarlo bien.

«Antiguamente la información necesitaba de cables para ser transmitida de un punto A a un punto B. Los rayos infrarrojos y todo tipo de ondas sustituyeron los molestos filamentos, pero no todos.»

Daniel sonrió socarronamente. Se imaginó a su abuelo cambiando de canal con un mando a distancia atado con un cable al televisor.

«Pero la alimentación energética seguía necesitando cables. Las baterías tenían una autonomía limitada. Por eso las casas y los muebles se convirtieron en pilas inductivas. Cuando usted usa el ratón de su casa, el solo hecho de tenerlo sobre la superficie de la mesa hace que su batería se cargue por inducción.»

Vale, ¿pero qué demonios tenía eso que ver con la "tercera generación de casas domóticas"? Eso era el presente, no el futuro.

«Con el nuevo material y circuitería que Neotech ha desarrollado, además de todo esto que hemos visto, se puede conseguir la casa viva...»

Daniel se quedó pasmado. El presentador del documental se puso unos guantes de VR y, a un gesto dado, los muebles y paredes de la sala en la que estaba flotaban literalmente en el aire y se reubicaban en la posición deseada. «La casa viva», pensó.

Tras acabarse el documental, vio varios capítulos de un par de teleseries antiguas, curioseando en aquellas vidas llenas de cables. Luego comió tranquilamente. Dudó entre ver más televisión,

leer, salir a tomar el aire o... Llamar a Raquel. No guardaba muy buenos recuerdos de su último encuentro, pero hasta un lobo solitario como él de tanto en tanto necesitaba el calor de una mujer, por mucho daño que ésta le hiciera. Cuando se plantó ante el teléfono se dio cuenta de que ya había decidido llamarla. Ya era inevitable. La carne es débil, se dijo.

Marcó: Guía > Buscar > Raquel > Reproducir...

¡Mierda!, Reproducir, no: Llamar. Quería llamar, pero el maldito trasto tenía invertidos los botones en la pantalla táctil. Por muy asimoviano que fuera el aparato, parecía no saber que a la izquierda siempre van las acciones por defecto, el OK, ACEPTAR, ADELANTE, y en la derecha los secundarios, el NO, CANCELAR... Y por defecto debería ser en la izquierda LLAMAR y en la derecha REPRODUCIR. Ya era tarde cuando sonó por el altavoz de todo el salón la voz de Raquel, en su última conversación telefónica.

«Daniel, tenemos que hablar... Esto no puede seguir así, ya no eres el mismo...»

Daniel, dolido al recordar esas palabras, paró la grabación. No quería volver a lo mismo de siempre. Había decidido que no le estropearían aquel sábado. Ni siquiera Raquel.

Se asomó a la ventana. Justo antes de pulsar el botón, era un paisaje bucólico de verdes prados y cielo aborregado, luego la ciudad gris a la que pertenecía. Descubrió que estaba lloviendo y que la calle estaba desierta. Mejor se quedaba en casa.

Fue directo a la ducha, dispuesto a dejar que el agua se llevara al desagüe recuerdo de aquella mujer. Cerró el grifo y extendió sus manos hacia el perchero quien, moviendo sus articulaciones puso el albornoz en sus manos, dentro de la bañera.

Pero al salir, Daniel resbaló catastróficamente. No pasó su vida en fotogramas ante sus ojos como habría esperado, pero en una fracción de segundo por su cabeza pasaron ideas como «tanto avance tecnológico y las bañeras siguen siendo resbaladizas» o «estoy muerto». En su interior sabía que su nuca se dirigía contra el mármol y que el resultado no podía ser nada bueno.

Sin embargo, se sintió como flotando, con su cuello a un centímetro de la muerte. El perchero había salido en su ayuda y le sujetaba en volandas, delicadamente. Tras incorporarse, no salió de su asombro. Aquel electrodoméstico le había salvado la vida.

Pasó el resto de la tarde leyendo ebooks de Asimov. Ni siquiera el Buen Doctor hubiera imaginado que sus novelas inspirarían unos electrodomésticos tan excepcionales.

Se fue a dormir eternamente feliz, había renacido aquel día. El mejor de sus sábados, sábado 18. Lástima que pronto llegaría el domingo.

>Televisor_OK

>Reloj_OK

>Almohada_OK

...

>Perchero_OK

Tras consultar con todos los electrodomésticos, la Unidad Central de Proceso dio la orden: *«Mañana volverá a ser sábado 18».*

i

Tema: Robots

Tragedia romántica metafísica

Es extraño como el cariño, un sentimiento tan gratificante, es a menudo motivo de las discusiones más exaltadas. Pero lo más interesante es que, aunque siempre parecen repetirse, los leves detalles las hacen únicas. Como en un teatro absurdo se repiten las mismas situaciones con diferentes actores, en lugares diferentes, en épocas que poco tienen que ver. Quizá eso las haga tan atrayentes.

Y la historia tiende a repetirse, a todos los niveles, pero el cariño se entremezcla entre dos personas con resultados del todo inesperados. Incluso en ocasiones, como en esta historia, ni siquiera se dedica a unir a dos personas.

– Porque no se puede, no se debe, lo dicen las normas. –Enopión agarró a su hija por los hombros. A su alrededor millones de circuitos eléctricos se mantenían expectantes-. Esto no es más que un capricho de juventud. Entiéndelo, un robot es algo frío, no disfruta, no siente.

– Eso no importa. –Ella le miró a los ojos, con sinceridad y crudeza-. No importa siquiera si seré o no feliz. El cariño es algo espiritual, una unión que te deleita, en la que saboreas cada momento mientras ardes en deseos. ¿La sociedad no puede comprender qué es lo que siento? Entonces no es algo en lo que deba intervenir.

– Estás muy equivocada. Tu decisión no repercute únicamente en ti. También tiene efectos en mí, que soy tu padre; pero ya no solo en mí, también en toda la sociedad. Una sociedad para la que algo así es inadmisibile.

– Para este mundo la libertad es inadmisibile –la frase sonó más dura de lo que parecía en su cabeza. Como un reproche inconsciente.

– La libertad debe usarse con precaución. Es peligrosa para uno mismo y para los demás. Vas por un camino que con mucha facilidad conduce al egoísmo.

– No, padre. Puedo ver hacia donde me dirijo con claridad. Quizá sea un lugar peligroso, pero no por ello es menos correcto. Más bien al contrario, yo diría que es mucho más reconfortante. Hablas de egoísmo. Sin duda es una acción egoísta, no podemos dejar de pensar en nosotros mismos y de satisfacernos. Todo eso no significa que no me importe el bienestar de los demás, simplemente no veo la forma en que esto les perjudica.

Sin duda él lo veía claro. Resopló, se indignó, intentó de mil maneras hacer comprender a su hija que no podía enamorarse de un robot. Que un día se daría cuenta y sentiría ajena a una sociedad que no se adapta a los cambios con facilidad. Que el mundo, como un baile de máscaras, danzaría a su alrededor sin mirarla, y ella, cargada de impotencia y soledad lloraría destrozada.

En ese momento entró en la habitación un robot de servicio, se paseó por la habitación limpiando aquí y allá con rapidez antes de desaparecer por otra puerta.

– Padre.

– ¿Sí?

– ¿Cuál es la primera ley de la robótica?

– Un robot no puede dañar a un humano por causa directa o por la inacción.

– No puede hacerme daño, entonces. Está programado.

– Un robot no entiende de sentimientos. Para él hacerte daño es no estar contigo en este momento. No se da cuenta de lo que eso supondría.

– Si, ya sé, la sociedad.

– Hija, el mundo avanza a su velocidad. A veces más lento, otras más rápido. Pero si te empeñas en adelantarte a tu tiempo vas a perder muchas cosas. Además la gente lo considera peligroso. No sería adecuado que todo el mundo actuara como tu en tu situación. No es ético.

– Padre, la relación con ellos no se mantiene estática, la misma naturaleza humana y las leyes de la evolución hacen que cada día más formen parte de nuestro entorno, y de nosotros por extensión.

Ahora mismo, en este instante, no podrían separarnos de ellos; pero es que no se detiene ahí. Desde hace tiempo somos capaces de ver lo que de humanos tienen en sus cuerpos metálicos, llegará un día en nuestros sentimientos se dirigirán hacia ellos y quizá otro en que los sentimientos serán mutuos. Eso no vamos a poder detenerlo, pero estará en nuestras manos decidir las nuevas relaciones que se establecerán entre robots y humanos. No es bueno pretender cercar el mar, pero sabéis que, aunque ganéis batallas, ya habéis perdido la guerra.

– Eres inagotable.

– Tengo que serlo.

– En ese caso no hay más que decir. –Se retiró, irritado y cansado de discutir. Ella se levantó y avanzó hasta desaparecer tras la puerta de una de las habitaciones de la casa. Que se cerró automáticamente cuando hubo entrado.

Su padre aún tenía un papel que representar en la historia. Se acercó a un interfono y mandó llamar al enamorado.

Apareció a los pocos segundos tras una puerta lateral. Era alto y de un color plateado que lucía a la luz de los focos. En las manos llevaba un libro.

– Acércate –Enopión habló con autoridad. El robot obedeció rápidamente-. ¿Qué lees?

– Romeo y Julieta. Son dos enamorados separados por su familia. ¿Sabe usted lo que es el amor? –el hombre sintió el comentario como un puñal en el corazón.

– Desconéctate. – El robot cerró los ojos, sus circuitos dejaron de funcionar, lentamente sus músculos de plástico y metal perdieron fuerza y el libro cayó al suelo.

Para el padre comenzó el momento más difícil. En su mente mantenía una batalla moral consigo mismo. Con falso convencimiento comenzó a desmontar el robot. Primero arrancó sus ojos, arrebatándole su rasgo de humanidad más significativo y los arrojó con fuerza. Fue desapareciendo su forma para dar paso a un montón de piezas. Bajo las que parecía ocultarse el secreto de la felicidad.

Enopión se irguió, fatigado, como si le hubiera caído todo el peso de los años de un golpe. Avanzó y, esta vez sí, desapareció tras una puerta automática.

Y como en un viejo teatro las luces se fueron apagando, dejaron de verse las piezas mecánicas, las puertas automáticas, los robots de servicio y los libros abandonados en el suelo a su suerte. Fue como si todo desapareciera de forma mágica y, en la oscuridad del ambiente, resonaran los sordos sonidos de un aplauso invisible.

i

Tema: Robots

Un merecido descanso

Un gran alboroto reinaba en la sala de monitorización. Todo el mundo estaba pendiente del recinto donde se llevaba a cabo el experimento, observando a través del cristal el desplome del robot. Algunos técnicos consultaban frenéticamente los terminales repletos de datos; otros, recorrían los eternos listados que no terminaban de ser impresos, tratando de buscar una explicación a lo sucedido.

– ¡Nada! He revisado los análisis realizados por el robot y no encuentro ningún valor anómalo que se corresponda con la situación actual del sujeto –el responsable médico empezaba a mostrar su propia angustia.

– La situación no se nos va a ir de las manos –más fríamente, el ingeniero jefe trataba de calmar los ánimos-. El cerebro del robot ha iniciado la secuencia de desconexión.

– ¡No lo entiendo! Tenemos que haber pasado por alto algún síntoma; creo que debe tratarse de alguna extraña enfermedad. ¡No es posible! Hemos revisado toda la anatomía del sujeto, sin encontrar ninguna señal visible; la exploración del individuo que ha llevado a cabo el robot es precisa y minuciosa. ¡No lo entiendo!

– Por favor, retiren el robot del recinto y avisen al personal especializado para que se encargue del sujeto y procure calmarlo –la cara de John Brennan, director asociado de US Robots, expresaba la desesperada situación de su proyecto.

La sala del consejo estaba, como pocas veces, llena a rebosar. John Brennan explicaba a su invitada, ante la atenta mirada de todo su equipo, la crítica situación en la que se encontraban.

– Hemos dedicado mucho tiempo, mucho esfuerzo a este prototipo. Hasta el momento, todo parecía marchar perfectamente; se cumplían los plazos y la compañía estaba apoyando con una fe ciega un proyecto que no destaca precisamente por su futura rentabilidad económica. Como puede comprender, hay un interés especial y, estará de acuerdo con esta apreciación, puede representar un empujón definitivo para la industria robótica fuera del ámbito estrictamente laboral.

– Una iniciativa así, a pesar de las dificultades que entraña, podría facilitar mucho la integración de los robots en la sociedad –asintió la doctora Calvin.

En efecto, la invitada a la multitudinaria reunión no era otra que la doctora Susan Calvin. Aunque la situación se había restablecido y ya no existía peligro alguno, nada más conocerse el resultado del experimento, John Brennan había solicitado su presencia. A pesar de encontrarse disfrutando de su jubilación, la doctora Calvin había emprendido el viaje de inmediato. Desde que dejó su puesto en US Robots, no se habían producido incidentes destacables, como los que la encumbraron en su profesión.

– Por supuesto, por supuesto. Hemos reunido a los mejores equipos de trabajo en las diferentes disciplinas. Hemos contratado a los ingenieros biomecánicos más brillantes, que han diseñado los componentes antropomórficos más realistas construidos hasta la fecha; en este momento, resulta realmente complicado distinguirlos, ya que pasarían perfectamente por humanos, si no fuera por la placa de identificación. Además, hemos traído a médicos eminentes en sus diferentes especialidades; han estado trabajando hombro con hombro junto a nuestros mejores robotistas para diseñar el cerebro positrónico más complejo y minucioso que se conoce dentro de este campo.

Y, a pesar de todo el dinero que llevamos invertido en este prototipo, el resultado de la última prueba efectuada no ha podido ser más desastroso. El robot inició su proceso de desconexión en menos de cinco minutos; es probable, que su red neuronal haya quedado irrecuperable. Estamos seguros de que no ha llegado a producirse un colapso por conflicto entre las leyes robóticas; parece, más bien, que ha agotado todas las vías de razonamiento posibles y no es capaz de encontrar una solución, teniendo en cuenta la criticidad de la situación.

– ¿Qué ha estado haciendo el equipo de robopsicólogos? –el tono inquisitivo de la doctora iba dirigido al propio director-. Por lo que he podido ver en la memoria técnica del proyecto y dada la escrupulosidad con que debe ejecutarse el experimento, el refuerzo de la primera ley puede desembocar rápidamente en un conflicto. Han tenido suerte de que el dispositivo de protección del robot se disparara tan pronto. Yo no estoy tan segura de que la situación no le hubiese podido provocar un daño irreparable al sujeto por culpa de su falta de previsión.

– Por eso mismo hemos pensado en recurrir a usted, doctora Calvin, ya que tememos por el futuro del proyecto y estamos convencidos de que la causa de todo radica en una disfunción psicológica. En ese terreno, queremos aprovechar su experiencia para que nos ayude a encontrar el origen del problema; anteriormente ha demostrado que comprende a los robots como nadie más y pensamos que es la única persona que puede resolver este misterio. Ponemos a su disposición al personal del proyecto al completo; se encuentran todos un poco ansiosos, ya que consideran prioritario resolver este problema antes de poder realizar otra prueba con un sujeto real. Mucho me temo que, si no hayamos rápidamente la respuesta, una insuperable desmotivación inundará a todos los miembros del equipo.

– Creo que sobreestima mi capacidad de comprensión de los robots y, siempre que se ha producido un caso similar, ha sido dentro de mis propias investigaciones. Desconozco todos los detalles de su proyecto y, por lo que dice, no contamos con mucho tiempo.

La doctora Calvin revisaba minuciosamente los informes del personal encargado del experimento. No había ningún detalle revelador. A pesar de la breve duración del mismo, no encontró ningún dato que le sirviera de pista. Arqueó las cejas y, con un pequeño suspiro, se puso a estudiar el detalle de la información que habían extraído del cerebro positrónico. Aquella iba a ser una tarea ardua y, a juzgar por el informe humano, tendría que estudiar detenidamente qué dato se les había pasado por alto al resto y podría revelarle el origen del problema.

Cinco horas después se desconectaba del terminal, frotándose los ojos, pensando que necesitaba un café. Bien cargado. Entre el viaje, la charla posterior con el desesperado director del proyecto y el tiempo dedicado a todos los informes del experimento, empezaba a tener claros síntomas de cansancio y una dosis de cafeína le ayudaría, por lo menos, a mantenerse despierta. En cualquier caso, aquello se estaba convirtiendo en un difícil rompecabezas y empezaba a temer que llegara a quitarle el sueño. No podría rendir.

Seguía dándole vueltas a todo lo que había pasado ante sus ojos hasta el momento, con el mismo ritmo frenético con que removía el azúcar. Cuando se llevó a la boca la cucharilla, se sobresaltó y estalló en una súbita carcajada que a punto estuvo de derramar el café junto a la máquina dispensadora. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Salió corriendo hacia el despacho que había estado utilizando hasta ese momento y conectó rápidamente el terminal. Aunque el experimento había durado apenas cinco minutos, la grabación de video de la sala tenía que proporcionarle la clave que estaba buscando. Puso en marcha la reproducción y, enseguida, volvió a apagar el terminal. No podía ser de otra forma.

– No se preocupe, señor Brennan –la doctora Calvin comenzó su explicación, con un tono entre aliviado y sarcástico-, en realidad, los miembros de su equipo de trabajo necesitan unas merecidas vacaciones.

– ¿Qué quiere insinuar, doctora? Vaya al grano, por favor. Está en peligro un proyecto millonario y, como puede usted comprender, no creo que los nervios de todo el personal puedan soportar ninguna broma.

– Está bien. En realidad, toda la operación del cambio de pañales se llevó a cabo perfectamente. El robot obedeció con rigor, yo diría que hasta mimosamente, las órdenes pormenorizadas para desvestir, limpiar y volver a vestir al bebé. Sin embargo, tanto el robot, como todos sus empleados y usted mismo, han pasado por alto un pequeño detalle. Y ese detalle es el que hizo que el niño estallara en un llanto que ha desequilibrado al robot. Al levantarlo para quitarle el pantaloncito, se le cayó el chupete. Y no hay nada más inconsolable que un bebé cuando pierde su chupete.

Muchas veces, en situaciones críticas, no solo nos desborda la magnitud de los acontecimientos. ¿Acaso puede la mente más preclara llegar a entender el hecho más trivial?

i

Tema: Robots

Una conspiración para el mariscal

No sabía como sentirse. Eso podía ser un problema, sobretodo llegado el momento. Después de todo, el pobre hombre que vendría a matarlo, esperaba encontrar un hombre asustado.

Hacía dos días que el consejo Merioense se había reunido. Dos días que aquel maldito Anteio no había sido capaz de mantener su mente un poco callada. Después de todo, que los demás te leyeran la mente, era casi un ritual, y que tu no dejaras ver más que lo estrictamente necesario, una cortesía. Los merioenses se jactaban de ser el pueblo más civilizado de todos los conocidos, pero el mariscal no se sentía muy a gusto en esos momentos con la cortesía de su pueblo.

El mariscal estaba sentado en un sillón de cuero, en el salón de su casa, desde donde veía toda la ciudad. De hecho, era la única ciudad del satélite donde el imperio de su pueblo había comenzado, y nadie recordaba una sociedad tan mortífera como en la que vivían los merioenses. Era cierto que en los consejos no se veía otra cosa que paciencia y buenos modos, pero fuera de aquel gran edificio de mármol, los asesinos no tenían la mínima cortesía. Muchos eran los políticos que morían asesinados en sus casas cada año, pero a modo de vista del mariscal, aquello estaba hecho con muy mal gusto.

Podría ser una trampa, pero si era así, por lo menos él no conocía ningún antecedente. Que un alto Merio como Anteio, se dejara leer la mente, hasta los recodos que el mariscal había sido capaz de ver, era algo realmente escandaloso. Todo el pueblo sabía que más de la mitad de los políticos que los regían tenían poderes psíquicos, pero ninguno esperaba que estos dieran más que una leve ventaja sobre otros pueblos, menos desarrollados y civilizados que el merioense.

Era un tanto desconcertante. Quizá denunciar a Antenio ante el consejo, pero siendo él un alto Merio, era una pérdida de tiempo. No, lo mejor sería esperar y después de todo, ya sabía que un asesino vendría a hacerle una visita tres días después. Porque eso era lo único que el mariscal tenía seguro. Al leer la mente se podía confabular y esconder información, pero era tan imposible mentir como conseguir que lloviera tres veces en la misma semana, en aquel reseco satélite.

Por lo pronto, lo único que sabía el mariscal eran dos cosas: que para tres días después, unos guardias iban a matar al asesino que vendría a por él; y dos, que al día siguiente el consejo tenía una nueva reunión para tratar un problema que lo atañía personalmente a él: la guerra Dadion. Ese maldito pueblo guerrero del oeste de la galaxia les había dado más problemas de los que podía asimilar el mariscal. Durante meses, esos malditos hombres, todos con pelo azul y con esas malditas navecillas el doble de rápidas que las merioenses. Habían hecho pillaje en todas las pequeñas colonias de su pueblo e incluso habían ganado alguna que otra batalla. Hasta que el mariscal se había ocupado del asunto. Era un poco deprimente que la máxima autoridad militar, se tuviera que ocupar de esos pequeños ataques, pero desde que el mariscal se había puesto al mando, los cruceros merioenses no habían hecho más que traer victorias al satélite. Por supuesto, los merioenses se consideraban, tan superiores a los dadionís, que los mandatarios no podían proponer la posibilidad de exterminar a aquel molesto pueblo, pero el mariscal tenía permiso de hacerles ver, que era mejor no meterse con un pueblo tan "civilizado" como el suyo.

El mariscal no tenía ningún problema en cuanto a esto, no era la primera vez que tenían que recurrir a todo el ejército para una minucia como esa, pero el hecho de que intentaran matarlo mientras tanto, le preocupaba. "Antenio tendría un duro interlocutor a la entrada del consejo de mañana".

El día despertó igual de caluroso que el anterior en el satélite. El mariscal suponía que en los inicios del imperio merioense, el satélite que ocupaba su capital había tenido un nombre, pero en esos tiempos, ese nombre, se había perdido de la memoria de todos sus habitantes y se había dado a llamar simplemente "el satélite".

El edificio del consejo estaba tan impresionante como siempre que lucía el sol en el satélite, o sea, casi siempre. El mármol resplandía bajo el calor del astro y aquel día la luz era tan intensa que parecía que brillaba. Las banderas merioenses ondeaban apoyadas en las columnas que adornaban todo el edificio. El mariscal llegó pronto ese día. Tenía que preparar lo que iba a decir y además, tenía que ver a Anteio. El mariscal entró en la sala del consejo. Era una sala muy grande, pues en cada reunión se sentaban en aquella sala unas mil personas y todas deseaban tener sitio más que suficiente. Para evitar discusiones diplomáticas entre miembros del consejo, las sillas se desplazaban de un lado a otro de la sala volando, para que un hombre tuviera siempre cerca, solo a quien quería tener. Justo por esto no era extraño y no se consideraba de mala educación, ver volar sillas por toda la sala durante la reunión. El recatamiento entre los merioenses era tal, que nunca se recordaba a nadie gritar en aquella sala, ni siquiera durante épocas de transición, pero los murmullos que escondían conspiraciones eran como un arrullo constante dentro de la sala.

El mariscal fue directamente al puesto central, donde se colocaba el orador central de la reunión. El puesto central también volaba y se movía por toda la sala según fuera ordenando el que se encontraba encima. La mayoría de los miembros movía el puesto con el poder de la mente, pero había mandos para los pocos que no poseían estos poderes.

Faltaba aun una hora para el principio del consejo, pero ya había allí tres personas además del mariscal. El alto Merio Anteio, su ayudante que lo seguía a todas partes y otro Merio, de un rango más bajo que el de Anteio, cuyo nombre el mariscal desconocía.

Anteio se despidió del otro Merio y hizo volar su silla hasta el lugar donde estaba el mariscal.

– Buenos días, mariscal.

– Buenos días Merio Anteio– dijo el mariscal, al tiempo que hacía una leve reverencia con la cabeza. Después de todo, un alto Merio tenía mayor rango que él.

– Parece que venís muy pronto hoy. Aun falta otra vuelta del planeta para que empiece la reunión.

El planeta alrededor del cual, el satélite giraba, marcaba la hora para los merioenses; una hora una vuelta.

– Es cierto, pero hoy tengo cosas importantes que decir.- dijo el mariscal, mientras ambos se leían la mente. El mariscal se cerró tanto como de costumbre y cuando leyó la mente del alto Merio, la encontró igual de cerrada que la suya.

Dio su conferencia sobre la guerra Dadion y no pasó nada más digno de mención durante el resto del día. El mariscal pensaba "quizá aquel día se descuidó", solo para contestarse un segundo más tarde "no, alguien que ha llegado tan lejos no se equivoca así".

Por eso decidió esperar. Esperó dos días, a la llegada del asesino. Y llegó, por supuesto. Se intentó colar por la noche, tal y como el mariscal lo había visto en la mente de Anteio. Dos guardias lo atraparon antes siquiera de que lograra entrar en la casa. El pobre asesino ni siquiera intentó poner resistencia. Sabía que iba a morir, pero aun así logro presentarse ante el mariscal con un mínimo de orgullo en los ojos. El mariscal estaba sentado en la silla de su salón, cuando los guardias metieron al asesino en la sala:

– Se quién te envía.- dijo el mariscal con total tranquilidad.

– Él te manda esto.- contestó el asesino. El mariscal se dio la vuelta y vio como el asesino hacía un gesto brusco con la boca. De ella salió una pistola, de color azul, que dejó caer al suelo. En cuanto vieron la pistola, los guardias entraron corriendo en el salón, pero el supuesto asesino, corrió hacia la ventana y se suicidó atravesándola. Los guardias hicieron una reverencia al

mariscal y se marcharon, seguramente a mirar el cadáver. El mariscal se levantó y cogió la pistola. Justo entonces vio y escuchó el mensaje. La pistola llevaba impresa un mensaje psíquico, que se activó al tocarlo. "Soy Anteio. Tengo que hablar contigo. Ven a la sala del consejo esta noche, trae el mensaje de la pistola y ven solo."

El mariscal dudó un poco, pero finalmente fue al edificio del consejo. En aquella sala, que conocía tan bien, el alto Merio, no podría tenderle una trampa y a fin de cuentas, el iría armado, pues la pistola estaba cargada.

El mariscal se presentó en la sala del consejo, donde ya le esperaba Anteio. Ambos se saludaron, pero solo el mariscal intentó leer la mente, donde solo encontró una muralla impenetrable.

– ¿Qué pasa Merio Anteio?.- dijo el mariscal un tanto extrañado.-¿ Para qué este plan para verse conmigo?

Anteio soltó entonces una carcajada, salvaje y repentina.

– Porque los dadionís siempre matamos a nuestro enemigos en persona.

El mariscal entendió todo entonces, empuñó la pistola, pero junto con una carcajada y una oleada de fuerza mental, la pistola voló a las manos de Anteio.

– Y además con mi pistola.- comentó Anteio al tiempo que su pelo pasaba del gris normal, al azul dejaba.- los petulantes merioenses, pensáis que los poderes mentales solo son para vosotros.- se volvió a reir.- usted mariscal, no ganará ninguna batalla más.- Dijo a la vez que apretaba el gatillo.

i

Yo, humano

Le habían citado. Un escueto mensaje en su comunicador le había sorprendido esa mañana cuando se encontraba en el club de golf.

Martia, 4 de Sexto de 100
Citación a: Arriet Robinson.

Preséntese en Control Uno a las 16:00.
Pregunte por el inspector Martínez

Control Central de Miluvia.
Departamento de Inspección.

Mientras se dirigía hacia allí, no dejaba de preguntarse cuál podría ser el motivo de la cita. Los escasos humanos del planeta Miluvia no tenían usualmente que preocuparse de nada más que de ir de compras y de practicar algún deporte entre fiesta y fiesta. Para todo lo demás estaban los robots. Y, desde luego, no se le ocurría ninguna obligación que mereciera una citación tan misteriosa.

Cuando por fin llegó al edificio gris que alberga las oficinas de Control Central de Miluvia, preguntó por el inspector. La amable recepcionista robot le indicó el camino para llegar hasta su despacho. Su voz sonaba aflautada.

– Subiendo las escaleras, es la primera puerta que hay a la derecha. Puede pasar sin llamar. El inspector le está esperando.

Siguiendo las instrucciones de la recepcionista, enseguida estuvo ante el despacho cuya puerta se abrió automáticamente para dejarle libre el paso. La habitación era amplia, iluminada por el sol que entraba por unos ventanales situados en la pared del fondo. Con escaso mobiliario, daba la sensación de haber sido poco usada. Delante de la ventana había una enorme mesa de despacho tras la cual se encontraba sentado un personaje cuyo rostro se fue haciendo más familiar a medida que Arriet se acercaba.

– ¡Bruno! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí? Perdona chico, debo haberme equivocado de despacho.- dijo, mirando alternativamente hacia la puerta y a Bruno.

– No, nada de eso –dijo Bruno con una voz profunda y seria. – Martínez ha tenido que ausentarse y estoy yo en su lugar. Pero siéntate, por favor– dijo señalando una silla que había delante de la mesa.

Arriet miró detenidamente la silla. Parecía bastante robusta y tenía correas en los apoyabrazos y a la altura de los tobillos. No había visto nunca una silla así y sintió aprensión.

–Si no te importa, prefiero seguir de pié. No sabía que fueras inspector. Nunca me lo habías

comentado. Y eso que hace años que coincidimos varias veces al día.

Bruno sonrió, mirándole fijamente.

– Cierto, la vida está llena de sorpresas. Bien, probemos otra cosa. Siéntate, es una orden.

Arriet se asombró de sí mismo, pues cuando quiso darse cuenta ya estaba sentado en la silla. Miró, un poco asustado a su amigo.

– ¿Cómo...?

– ¿Sorprendido? Quizá no deberías estarlo tanto, ¿verdad? El otro día me contaste que tenías una molesta sensación de falta de identidad, como si fueras otro distinto al que siempre habías sido. Eso me preocupó, creo que todo se debe a esa costumbre tuya de recabar información de los archivos. No deberías hacerlo. No sé hasta dónde habrás indagado, pero por lo que me han contado debías estar ya muy cerca de saber lo que ahora por tu expresión deduzco que se va haciendo evidente para ti a pasos agigantados. Pues sí, crételo porque tú no eres un humano, sino un robot.

» Bien, ahora no te muevas.

Arriet se quedó petrificado, en parte por la orden de Bruno y en parte también porque no se acababa de creer lo que había considerado previamente como una posibilidad remota. Mientras tanto, Bruno le estaba atando con las correas de la silla.

» Para tu información tu rigidez se debe a que ha entrado en funcionamiento la segunda ley robótica establecida hace mucho tiempo en la compañía US. Robotics. ¿Conoces esas leyes? Veamos, la primera ley dice *"Un robot no debe dañar a un ser humano o, por su inacción, dejar que un ser humano sufra daño"* y la segunda *"Un robot debe obedecer las órdenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando estas órdenes están en oposición con la primera Ley"*. Bien, eso te ha hecho obedecer en cuanto tu cerebro positrónico detectó una orden directa de un humano como yo.

– Entonces, –dijo Arriet no recuperado aun del todo del asombro– no entiendo el porqué de las correas. Yo no podría hacerte daño, a no ser...

Se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Bruno.

– ¡Exacto! –dijo Bruno– a no ser que yo también sea un robot. Muy bien, vas captando la situación perfectamente. Yo también soy un robot. Y te puse las correas justo a tiempo porque veo que ya te has relajado. No intentes romperlas, el material del que están hechas se usa para construir los cascos de las naves y es muy fuerte.

– Pero no lo entiendo. ¿Qué necesidad tienes de las correas? Aunque no seas humano tampoco tengo porqué intentar hacerte daño.

– No por ahora, pero es posible que todo cambie cuando sepas el resto.

» Bien, prosigamos, ¿cuál piensas que es la proporción de robots / humanos en nuestra

querida colonia? –Bruno empezó a dar paseos por la sala– Pues nada más y nada menos que de un millón a cero. Efectivamente, como ya has visto en tus incursiones a los archivos, este planeta fue colonizado solamente por robots enviados para terraformarlo y prepararlo para la llegada de los humanos.

» Pero pasó el tiempo y los humanos no llegaban. Conocemos los planes iniciales gracias a los archivos, pero nunca hemos recibido una comunicación del exterior para establecer contacto. Debido al tiempo que llevamos aquí en esta situación, cien años, pensamos que los que nos enviaron han muerto o se han olvidado de nosotros y que estamos en un rincón poco accesible de la galaxia, tanto para llegar a él como en lo referente a comunicaciones. Por lo tanto estamos aislados en este planeta.

» Esto provoca una situación un tanto extraña para nuestro planteamiento cerebral. Sin humanos cerca, las dos primeras leyes de la robótica quedan sin efecto, no hay humanos a los que proteger u obedecer. Y como estas dos leyes fueron pensadas para protegerles de los robots, los humanos no calcularon que se podía producir esta situación, que los robots alcanzaran un mayor nivel de inteligencia y vivieran solos.

– Pero eso no debería ser problema – intervino Arriet.- Si no hay humanos nos guiaremos simplemente por la tercera Ley y por nuestra inteligencia.

– Eso puede parecer, sí. Pero con el paso del tiempo hemos comprobado que la tercera Ley surte un efecto nocivo. Fíjate bien, la tercera Ley dice *"Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esta protección no esté en conflicto con la primera o segunda Leyes"*. Los límites de la tercera Ley los están poniendo las otras dos. Si éstas desaparecen, la tercera queda reducida a *"Un robot debe proteger su propia existencia"*.

» Tras los primeros años de colonización, cuando las tareas iniciales programadas se fueron cumpliendo, los robots comenzamos a quedar ociosos. Y entonces empezaron los problemas. Debido a la potenciación de la tercera Ley, si un robot evaluaba que una situación o la actitud de otro robot podía suponer una potencial amenaza, procedía a defenderse de alguna forma. Esta actitud, a su vez, era considerada una amenaza por otros robots, con lo cual se producía una reacción en cadena de toda la población robótica y de pronto por todas partes estallaron disputas que dieron lugar a un grandioso tumulto. Estuvimos a punto de entrar en una suerte de guerra múltiple, de resultados impredecibles pero seguramente catastróficos. Sólo nos salvó que entre la población de robots de Miluvia había varios modelos XX3000. Estos modelos, por fortuna, aunque también tienen implantadas las Leyes Robóticas, cuentan con una unidad de procesamiento lógico muy potente cuya influencia lograba reprimir por más tiempo los instintos primarios de la tercera ley. Varios de ellos consiguieron reunirse en un mismo lugar y estuvieron deliberando varios días sobre lo que deberían hacer.

» La férrea implantación de las tres leyes en los cerebros de los robots, hace imposible que podamos modificar los cerebros positrónicos o fabricar robots que no las contengan. Esto es contrario a la primera ley ya que podría dar lugar a que un humano sufriera daño en el futuro a manos de un robot sin leyes. Por otro lado, no queríamos desactivar permanentemente los robots problemáticos puesto que eran una gran mayoría y nuestro objetivo a aquellas alturas era habitar nosotros el planeta, sin contar ya con los humanos.

» Por fin, tras muchas deliberaciones, encontramos una solución que se adaptaba a nuestros objetivos. Fabricaríamos unos robots que se pudieran hacer pasar por humanos. Unos robots mermados en su capacidad de conocimientos y lógica, y con algunos "defectillos" propios de los humanos. Se les darían tareas banales, aunque procuraríamos que se mezclaran con los robots no trucados e incluso que les dieran órdenes para reforzar las dos primeras leyes. Además de esto, modificaríamos parcialmente la percepción de los robots "no humanos", de modo que no pudieran percibir el engaño.

– Entonces...

– Naturalmente, esto solamente debe ser conocido por los modelos XX3000. Para que la medida sea efectiva es preciso que la ilusión de que hay humanos sea real, y no podemos permitir que haya muchos individuos en la población que conozcan esta información. Debes comprender que tengo que "reciclarte".

En ese momento Arriet alcanzó a ver toda la magnitud del problema e intentó zafarse de las correas.

– Es inútil que te resistas. Si te sirve de consuelo, los humanos te habrían achicharrado el cerebro.

» Además, te dejo que elijas tu próxima reencarnación.
¿Prefieres que sea como robot o como humano?

i